

SINOPSIS DE LOS LIBROS DE LA BIBLIA

— EL EVANGELIO SEGÚN LUCAS —

por J.N. Darby

INTRODUCCIÓN

El Evangelio de Lucas nos presenta al Señor en el carácter de Hijo del Hombre, revelando a Dios en gracia liberadora entre los hombres. Por ello la operación actual de gracia y su efecto están más referidas, aun el tiempo profético presente, no a la sustitución de otras dispensaciones como en Mateo, sino a la salvífica gracia celestial. En primer lugar, sin duda —y precisamente porque Él tiene que ser revelado como hombre, y en gracia a los hombres—, le hallamos preliminarmente en la exquisita descripción del remanente fiel, presentado a Israel, a quienes había sido prometido, y éstos en relación con Aquel que vino a este mundo. Pero después este Evangelio presenta los principios morales que se aplican al hombre, quienquiera que sea, al tiempo que manifiesta a Cristo momentáneamente en medio de ese pueblo. Este poder de Dios en gracia, se manifiesta de varias maneras en su aplicación a las necesidades del hombre. Tras la transfiguración, la cual es explicada en la narración de Lucas mucho antes que en los otros Evangelios, hallamos el juicio de aquellos que rechazaron al Señor, y el carácter celestial de la gracia que, a causa de ser celestial, se dirige a las naciones, a los pecadores, sin hacer mención especial de los judíos, omitiendo los principios legales de acuerdo a lo que estos últimos pretendían ser, y en cuanto a su posición exterior, fueron llamados desde el principio a estar en el Sinaí en relación con Dios. Las promesas incondicionales a Abraham y la profética confirmación a ellos acerca de éstas, era otro asunto. Estas promesas serán consumadas en gracia, y eran para que cualquiera se aferrara a ellas por la fe. Después de esto, vemos aquello que debía suceder a los judíos conforme al justo gobierno de Dios, y, al final, el relato de la muerte y resurrección del Señor, consumando la obra de la redención. Hay que observar que el Evangelio de Lucas —el cual pone moralmente aparte el sistema judío e introduce al Hijo del Hombre como Aquel que está lleno de toda la plenitud de Dios que habita en Él corporalmente, como el hombre delante de Dios, según Su mismo corazón, y centro de un sistema moral mucho más extenso que el del Mesías entre los judíos—, ocupado con estas nuevas relaciones —antiguas, de hecho, con respecto a los consejos de Dios— Lucas nos ofrece los hechos concernientes a la relación del Señor con los judíos, reconocidos en el remanente fiel de ese pueblo, con mucha más evidencia que los otros evangelistas, así como también las pruebas de Su misión a ese pueblo al venir al mundo. Estas pruebas deberían haber atraído su atención para fijarla sobre el Niño que nació entre ellos.

En Lucas, como digo, aquello que caracteriza a la narrativa y le otorga su peculiar interés a este Evangelio, es la presentación ante nosotros de aquello que Cristo es en Sí mismo. No es su gloria oficial, una posición relativa que Él asumió; ni es la revelación de Su naturaleza divina como tal; ni tampoco Su misión como el gran Profeta. Es Él mismo, como lo fue bajo Hombre sobre la Tierra —la Persona que yo debería haber hallado cada día si hubiera vivido en Judea en aquella época, o en Galilea.

Capítulo 1

Me gustaría señalar que el estilo de Lucas, el cual puede hacer más fácil el estudio de este Evangelio al lector, presenta un conjunto de hechos en una afirmación por lo general corta, y luego se expone en algún hecho aislado en donde son manifestados principios morales y la gracia

Muchos han intentado dar una explicación a aquello recibido a través del hilo histórico entre los cristianos, tal como fue relatado a ellos por los compañeros de Jesús. Lucas bien lo sabía —habiendo seguido estas cosas desde el principio y obtenido un conocimiento preciso respecto a ellos— para escribir metódicamente a Teófilo, a fin de que pudiera tener la certeza de aquellas cosas en las que Lucas había sido instruido. Es así que Dios ha provisto para la enseñanza de toda la Iglesia en la doctrina contenida en la figura de la vida del Señor, adornada por este hombre de Dios, quien, personalmente motivado por principios cristianos fue guiado e inspirado por el Espíritu Santo para el bien de todos los creyentes².

En el versículo 5, el evangelista comienza con las primeras revelaciones del Espíritu de Dios respecto a estos acontecimientos, de los que dependían totalmente la condición del pueblo de Dios y la del mundo, y en los cuales Dios iba a glorificarse para toda la eternidad.

Pero de pronto nos hallamos en la atmósfera de los sucesos judíos. Las ordenanzas judías del Antiguo Testamento, y los pensamientos y esperanzas que conllevaban, forman el marco en que este solemne acontecimiento tiene lugar. Herodes, rey de Judea, provee la fecha. Y es un sacerdote, justo y sin culpa, perteneciente a una de las veinticuatro clases, el que encontramos en los primeros pasos de nuestro camino. Su esposa era de las hijas de Aarón; y estas dos personas rectas caminaban en los mandamientos y ordenanzas del Señor (Jehová) sin mancha. Todo era correcto delante de Dios, conforme a Su ley en el sentido judío. Pero no gozaban de la bendición que cada judío deseaba: carecían de hijos. No obstante, ello era conforme, podemos decir, a los habituales propósitos de Dios en el gobierno de Su pueblo para consumir Su bendición al tiempo que manifestase la debilidad del instrumento —una debilidad que se llevaba toda esperanza según los principios humanos. Tal fue la historia de todas las Saras, las Rebecas, las Anas y muchas más, de quienes la Palabra nos da a conocer para nuestra enseñanza en los caminos de Dios.

Esta bendición era con frecuencia puesta en oración por parte del fiel sacerdote; pero hasta ahora la respuesta se había demorado. Sin embargo, en el momento en que ejercitaba su ministerio como de costumbre, Zacarías se acercó para quemar incienso, el cual, según la ley, había de subir como olor grato delante de Dios —un tipo de la intercesión del Señor—, y mientras el pueblo pedía fuera del lugar santo, el ángel del Señor se aparece al sacerdote a la derecha del altar del incienso. A la vista de este glorioso personaje, Zacarías queda atónito, pero el ángel le anima declarándole que él iba a ser el portador de buenas nuevas. Le anunció que sus oraciones, tanto tiempo dirigidas en balde a Dios, fueron concedidas. Elisabet concebiría a un hijo, y el nombre que llevaría sería «el favor de Jehová», una fuente de gozo y alegría para Zacarías. Su nacimiento sería ocasión para la acción de gracias de la mayoría. Pero esta concesión no fue meramente la del hijo de Zacarías. El niño fue la dádiva de Dios, y debería ser grande delante de Él. Debería ser nazareo, lleno del Espíritu Santo, desde el vientre de su madre: y a muchos de los hijos de Israel haría volver al Señor su Dios. Debería preceder al Señor en el espíritu de Elías, y con el mismo poder para restablecer el orden moral en Israel desde sus mismas raíces, para hacer volver a los desobedientes a la sabiduría de los justos y preparar a un pueblo para el Señor.

El espíritu de Elías fue un firme y ardiente celo para la gloria de Jehová, para el establecimiento o el restablecimiento de las relaciones entre Israel y Jehová. Su corazón estaba unido a este vínculo entre el pueblo y su Dios, conforme a la fortaleza y a la gloria de la misma unión, pero en el sentido de su condición caída y según los derechos de Dios en referencia a estas relaciones. El espíritu de Elías –aunque fuera la gracia de Dios hacia Su pueblo la que le envió–, era en cierto sentido un espíritu legal. Afirmaba los derechos de Jehová en juicio. Era la gracia abriendo la puerta al arrepentimiento, pero no a la gracia soberana de la salvación, pese a ser la vía preparada al respecto. Es en la fuerza moral de este llamamiento a arrepentirse que Juan es aquí comparado con Elías, al hacer regresar a Israel a Jehová. Y de hecho Jesús era Jehová.

Pero la fe de Zacarías en Dios y en Su bondad, no estuvo a la altura de su ruego –ay, qué caso más común–, y cuando éste es concedido en un momento que se requería la intervención de Dios para cumplirse su deseo, no es capaz de caminar en los pasos de un Abraham o una Ana, y pregunta cómo tendría lugar esta cosa.

Dios, en Su bondad, muda la falta de fe de Su siervo en un instructivo castigo para él mismo, y en una prueba para el pueblo acerca de que Zacarías había sido visitado de lo alto. Se queda mudo hasta que la Palabra del Señor sea cumplida; y las señales que muestra al pueblo, maravillado de que permaneciera tanto tiempo en el santuario, les da la explicación de esta razón.

La Palabra de Dios se cumple en bendición para él. Elisabet, reconociendo la buena mano de Dios sobre ella con un tacto propio de su piedad, se dirige a su retiro. La gracia que la bendijo no la volvió insensible para con lo que constituía una vergüenza en Israel, y para con lo que, aunque fuesen quitadas en cuanto al hombre, dejó sus marcas en las circunstancias sobrehumanas por las cuales fue cumplida. Existía una rectitud de mente en todo ello, la cual convenía a una mujer santa. Pero aquello que es justamente ocultado del hombre, conserva todo su valor a los ojos de Dios, y Elisabet es visitada en su confinamiento por la madre del Señor. Aquí cambia la escena para presentar al mismo Señor en esta maravillosa historia que se abre ante nuestros ojos.

Dios, quien había preparado todo de antemano, manda anunciar ahora el nacimiento del Salvador a María. En el último lugar que el hombre hubiera escogido para el propósito de Dios –un lugar cuyo nombre a los ojos del mundo bastaba para condenar a aquellos que procedían de él– una doncella, desconocida para todos los que eran afamados en el mundo, estaba desposada con un pobre carpintero. Se llamaba María. Todo era confusión en Israel: el carpintero era de la casa de David. Las promesas de Dios –el cual no olvida nunca, ni descuida a aquellos que tiene por objeto– hallaron aquí la esfera para su cumplimiento. Aquí el poder y los afectos de Dios son guiados, conforme a su energía divina. Tanto si Nazaret era grande como pequeña, no tenía importancia, excepto para mostrar que Dios no espera nada del hombre, sino que es el hombre quien espera de Dios. Gabriel es enviado a Nazaret a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David.

La dádiva de Juan a Zacarías fue una respuesta a sus oraciones –Dios fiel en Su bondad hacia Su pueblo, que esperaba en Él.

Pero ésta es una visitación de soberana gracia. María, un vaso escogido para este propósito, halló gracia a los ojos de Dios. Fue favorecida por la gracia soberana –bendita entre las mujeres. Podía concebir y dar luz a un Hijo, al cual llamaría Jesús. Éste había de ser grande, y llamado el Hijo del Altísimo. Dios le daría el trono de Su padre David y reinaría sobre la casa de Jacob para siempre, y Su reinado no tendría fin.

Se observará aquí que, el objeto que el Espíritu Santo presenta ante nosotros es el nacimiento del Niño, como iba a serlo en este mundo, dado a luz por María –Aquel que había de nacer.

La enseñanza dada por el Espíritu Santo sobre este punto se divide en dos partes: primero, aquello que había de ser el nacimiento del Niño; y segundo, la manera de Su concepción y la gloria que seguiría como resultado. No es simplemente la naturaleza divina de Jesús la que es presentada, el Verbo que era Dios, el Verbo hecho carne; sino lo que fue nacido de María y el modo en que había de tener lugar. Sabemos bien que se trata del mismo precioso y divino Salvador de quien habla Juan, el cual tenemos aquí delante. Pero Él aquí nos es presentado bajo otro aspecto, de un interés más infinito para nosotros. Debemos considerarle tal como le presenta el Espíritu Santo, nacido de la virgen María en este mundo de lamentos.

Fue un niño concebido realmente en el vientre de María, quien le dio a luz en el momento que Dios había asignado para la naturaleza humana. Transcurrió el tiempo de costumbre antes del nacimiento. Hasta entonces, ello no nos habla de la manera. Es el hecho mismo el que tiene una importancia inconmensurable y nada extrema. Él era realmente y verdaderamente Hombre, nacido de una mujer como lo fuimos nosotros –no en cuanto al origen y al modo de Su concepción, que no estamos tratando aún, sino en cuanto a la realidad de Su existencia como Hombre. Él era realmente y verdaderamente un ser humano. Pero había otras cosas relacionadas con la Persona de Aquel que había de nacer, las cuales también nos son presentadas. Sería llamado Jesús, es decir, Jehová el Salvador. Debería manifestarse en este carácter y con este poder. Así era Él.

Esto no está aquí relacionado con el hecho «pues él salvará a su pueblo de sus pecados», como en Mateo, donde se trataba de la manifestación a Israel del poder de Jehová, de su Dios, en la consumación de las promesas hechas a este pueblo. Aquí vemos que Él tiene un derecho a este nombre; pero este título divino permanece oculto bajo la forma de un nombre persona, pues es el Hijo del Hombre quien es presentado en este Evangelio, cualquiera que sea Su poder divino. Aquí se nos dice «Él» –Aquel que había de nacer– «había de ser grande» y –nacido en este mundo– «había de ser llamado el Hijo del Altísimo». Él había sido el Hijo del Padre antes de que el mundo fuese; pero este Niño, nacido sobre la Tierra, debía llamarse –tal como lo fue aquí abajo– el Hijo del Altísimo: un título a cuyo derecho apelarían Sus actos, y todo lo que manifestase qué era Él. Un precioso pensamiento para nosotros, lleno de gloria, un hijo nacido de una mujer, llevando legítimamente este nombre: «Hijo del Altísimo» –supremamente glorioso para Uno que está en la posición de un hombre, y realmente fue así en presencia de Dios.

Pero aún había más relacionado con Aquel que había de nacer. Dios le daría el trono de Su padre David. Aquí nuevamente vemos que Él es considerado ya nacido, y hombre en este mundo. El trono de Su padre David le pertenece. Dios se lo dará. Por derecho natal, Él es el heredero de las promesas terrenales que, como el reino, pertenecen a la familia de David; pero todo sería en conformidad a los consejos y al poder de Dios. Él reinaría sobre la casa de Jacob –no solamente sobre Judá, y en la debilidad de un poder transitorio y una vida efímera, sino por todos los siglos. Y de su reinado no habría fin. Como Daniel ha predicho efectivamente, nunca sería este reino tomado por otro, ni se transferiría a otra persona. Sería establecido según los consejos de Dios que son inmutables, y de acuerdo a Su poder, el cual nunca falla. Hasta que Él entregara el reino a Dios el Padre, había de ejercer una realeza que nadie disputase, que el pudiera entregar –siendo todas las cosas cumplidas– a Dios, pero cuya gloria moral nunca declinara en Sus manos.

Tal había de ser el Hijo nacido –verdadera, aunque milagrosamente, nacido como Hombre. Para aquellos que pudieran comprender Su nombre, era Jehová el Salvador.

Había de ser el Rey sobre la casa de Jacob conforme a un poder que nunca menguaría ni fallaría, hasta que como Dios se viera mezclado con el poder eterno de Dios.

El gran sujeto de la revelación es que el Hijo debía ser concebido y nacer; el resto es la gloria que le pertenecería después de nacido.

Pero es la concepción la que María no comprende. Dios le permite que pregunte al ángel de qué modo ocurriría. Su pregunta fue según Dios se propuso. No creo que se tratara de ninguna falta de fe aquí. Zacarías había estado orando constantemente por un hijo –era sólo cuestión de la bondad y del poder de Dios para adjudicar esta petición– y fue concedida por la positiva declaración de Dios hasta el punto en que él sólo debería permanecer confiado. No confió en la promesa de Dios. Fue sólo el ejercicio del portentoso poder de Dios en el orden natural de las cosas. María pregunta, con santa confianza, puesto que Dios la había favorecido, cómo se cumpliría todo fuera del orden natural. De su cumplimiento ella no dudaba (véase el vers. 45: «Bienaventurada», dice Elisabet, «es la que cree»). Ella pregunta cómo se realizará, pues se haría fuera del orden de la naturaleza. El ángel procede con su comisión, dándole a conocer la respuesta de Dios a su pregunta también. En los propósitos de Dios, esta pregunta permitió que se revelara la concepción milagrosa por la respuesta recibida.

El nacimiento de Aquel que ha caminado sobre esta Tierra era la cuestión, Su nacimiento de la virgen María. Él era Dios, devino Hombre. Pero aquí es la manera de Su concepción en devenir un Hombre sobre la tierra. No se afirma lo que Él era, sino la concepción milagrosa de Aquel que nació, tal como fue en el mundo. El Espíritu Santo vendría sobre ella –actuaría en poder sobre este vaso de barro, sin su voluntad o la voluntad de ningún hombre. Dios es la fuente de la vida del Hijo prometido a María, nacido en este mundo y por Su poder. Él nace de María, de esta mujer escogida por Dios. El poder del Altísimo la cubriría, y aquello que nacería de ella sería llamado el Hijo de Dios. Santo en Su nacimiento, concebido por la intervención del poder de Dios actuando sobre María –un poder que fue la fuente divina de Su existencia sobre la Tierra, como hombre–, aquello que de este modo recibió su ser de María, el fruto de su vientre, aunque en este sentido recibiera el título de Hijo de Dios. La Cosa Santa que nacería de María sería llamada el Hijo de Dios. No se trata aquí de la doctrina de las relaciones eternas del Hijo con el Padre. El evangelio de Juan, la epístola a los Hebreos, a los Colosenses, establecen esta verdad preciosa, demostrando su importancia. Pero aquí es aquello que nació en virtud de la concepción milagrosa, lo que es llamado sobre ese terreno el Hijo de Dios.

El ángel le anuncia la bendición otorgada a Elisabet a través del poder omnipotente de Dios; y María se inclina ante la voluntad de su Dios –el sumiso objeto de Su propósito, y en su piedad reconoce una altura y grandeza en estos propósitos que sólo le dejaron, instrumento pasivo de ella, su lugar de sujeción a la voluntad de Dios. Ésta fue su gloria, mediante el favor de su Dios. Era propio de ello que siguieran maravillas que dieran un testimonio justo de esta maravillosa intervención de Dios. La comunicación al ángel no fue infructuosa en el corazón de María; y con su visita a Elisabet, ella reconoce los maravillosos tratos de Dios. La piedad de la virgen se manifiesta aquí emotivamente. La extraordinaria intervención de Dios la hizo sentirse humilde, y no la elevó. Ella vio a Dios en lo que había acontecido, y no a sí misma. Por el contrario, las grandezas de estas maravillas llevaron a Dios tan cerca de ella como para que quedara oculta de sí misma. Se entregó a Su santa voluntad, y Dios tenía lugares suficientemente amplios en sus pensamientos sobre este asunto para no dar ninguna satisfacción al yo.

La visita de la madre de su Señor a Elisabet fue algo natural en ella, pues el Señor visitó ya a la mujer de Zacarías. El ángel se lo había contado. Ella se preocupa por estas cosas de Dios, pues Dios estaba cerca de su corazón por la gracia que le había visitado. Llevada por el Espíritu Santo, de corazón y afecto, la gloria perteneciente a María en virtud de la gracia de Dios que la había elegido para ser madre de su Señor, es reconocida por Elisabet hablando por el Espíritu Santo. También reconoce la piadosa fe de María, y le anuncia el cumplimiento de la promesa que recibió –todo lo cual tuvo lugar, siendo un testimonio como señal dada a Aquel que había de nacer en Israel y entre los hombres.

El corazón de María se derrama entonces en gratitud. Reconoce a Dios su Salvador en la gracia que la ha llenado de gozo, y su indigno lugar –una figura de la condición del remanente de Israel–; aquello propició la intervención de la grandeza de Dios con un total testimonio de que todo era de Él. Cualquiera que sea la piedad apta para el instrumento que Él utilizó, y que se hallaba realmente en María, fue en proporción a la manera en que ella escondiera el hecho de que fuera grande entre las mujeres; pues entonces Dios era todo, siendo a través de ella que Él intervino para la manifestación de Sus maravillosos caminos. Ella perdía su lugar si intentaba algo por sí misma, pero en realidad no lo hizo. La gracia de Dios la guardó, a fin de que Su gloria pudiera manifestarse plenamente en este suceso divino. Ella reconoce Su gracia, pero reconoce también que todo es gracia hacia ella.

Se observará aquí que, en el carácter y la aplicación de los pensamientos que llenan su corazón, todo tiene un matiz judío. Podemos comparar el cántico de Ana, que proféticamente celebraba esta misma intervención. Véanse también los versículos 54 y 55. Retrocede a las promesas hechas a los padres, no a Moisés, e incluye a todo Israel. Es el poder de Dios que obra en medio de la debilidad, cuando no hay recursos y todo es contrario a ella. Tal es el momento que favorece a Dios, y, para el mismo fin, a los nulos instrumentos, para que Dios pueda serlo todo.

Es extraordinario que no se nos diga que María era llena del Espíritu Santo. Según me parece, esto es una distinción honorable para ella. El Espíritu Santo visitó a Elisabet y Zacarías de un modo excepcional. Pero aunque no dudamos de que María estaba bajo la influencia del Espíritu de Dios, era un efecto más interior y más relacionado con su propia fe, con su piedad, con las relaciones más habituales de su corazón con Dios –que fueron formadas por esta fe y por esta piedad– y que se expresaba consecuentemente más que sus propios sentimientos. Es la gratitud por la gracia y el favor conferidos a ella, la humilde, y ello en relación con las esperanzas y bendiciones de Israel. En todo esto me consta una armonía muy sorprendente en relación con el fabuloso favor otorgado a ella. Repito, María es tanto más grande cuando no lo es; pero es agraciada por Dios de manera sin igual, y todas las generaciones la llamarán bienaventurada.

Pero su piedad, y su expresión en este cántico, siendo más personal, una respuesta a Dios antes que una revelación de Su parte, está claramente limitado a aquello que era necesariamente para ella la esfera de esta piedad –a las esperanzas y promesas dadas a Israel. Esta piedad retrocede, como hemos visto, al punto más alejado de las relaciones de Dios con Israel –y éstas fueron en gracia y en promesa, no ley– pero sin salirse de ellas.

María mora tres meses con la mujer a quien Dios había bendecido, la madre de aquel que había de ser la voz de Dios en el desierto; y regresa para seguir humilde su propio camino, a fin de que los propósitos de Dios pudieran realizarse.

Nada más hermoso en su clase que la escena de la relación entre estas dos fieles mujeres, desconocidas para el mundo, pero instrumentos de la gracia de Dios para el cumplimiento de Su propósito, glorioso e infinito en sus resultados. Ellas se ocultan moviéndose en una escena en la que nada entra, salvo la piedad y la gracia. Pero Dios está ahí, tan poco conocidas por el mundo como lo eran estas pobres, preparando y realizando aquello en lo cual los ángeles anhelan sondear en sus profundidades. Esto tiene lugar en el país montañoso, donde vivían estas fieles parientes. Ellas se ocultaron, pero sus corazones, visitados por Dios y tocados por Su gracia, respon-

dieron por su piedad mutua a estas admirables visitas de lo alto. La gracia de Dios se reflejaba verdaderamente en la quietud de un corazón que aceptaba Su mano y Su grandeza, confiando en Su bondad y sometándose a Su voluntad. Somos favorecidos al ser admitidos en esta escena, de la cual el mundo está excluido por su incredulidad y apartamiento de Dios, y en la que Dios así actuó.

Pero aquello que la piedad reconoció en secreto, a través de la fe en las visitaciones de Dios, debe finalmente hacerse público y ser consumado a los ojos de los hombres. El hijo de Zacarías y Elisabet nace, y Zacarías –obediente a la palabra del ángel, cesa de ser mudo–, anuncia la venida del Vástago de David, el cuerno de la salvación de Israel, en la casa del Rey elegido de Dios, para cumplir todas las promesas hechas a los padres y todas las profecías por las que Dios vaticinó las bendiciones futuras de Su pueblo. El hijo que Dios dio a Zacarías y a Elisabet, debería ir delante del rostro del Jehová para preparar Sus caminos; pues el Hijo de David era Jehová, el cual vino conforme a las promesas y a la Palabra con la que Dios había proclamado la manifestación de Su gloria.

La visitación de Israel por parte de Jehová, celebrada por boca de Zacarías, incluye toda la bendición del milenio. Esto está relacionado con la presencia de Jesús, quien introduce en Su propia Persona toda esta bendición. Todas las promesas son Sí y Amén en Él. Todas ellas le circunscriben con la gloria para ser cumplida entonces, y le hacen la fuente de la que todo tiene su origen. Abraham se gozó de ver los tiempos gloriosos de Cristo.

El Espíritu Santo siempre lo hace así, cuando Su sujeto es la consumación de la promesa en poder. Sigue así hasta el pleno efecto que Dios llevará a cabo a su final. La diferencia aquí es que no se trata ya de la proclamación de los gozos en un futuro distante, cuando un Cristo naciera y fuera presentado para introducir sus alegrías en días aún velados por la distancia desde la cual eran vistos. El Cristo estaba ahora a la puerta, y es el efecto de Su presencia el que se celebra aquí. Sabemos que, habiendo sido rechazado, y estando ahora ausente, el cumplimiento de estas cosas queda forzosamente aplazado hasta que Él regrese; pero Su presencia producirá su cumplimiento, y ello es anunciado como teniendo que ver con esta presencia.

Podemos resaltar aquí que este capítulo queda circunscrito a las estrechas promesas hechas a Israel, es decir, a los padres. Tenemos los sacerdotes, al Mesías, Su precursor, las promesas hechas a Abraham, el pacto de la promesa, el juramento de Dios. No es la ley, sino la esperanza de Israel viendo su cumplimiento en el nacimiento de Jesús –fundado en la promesa, el pacto, el juramento de Dios, y confirmado por los profetas. No se trata, y lo vuelvo a repetir, de la ley. Es Israel bajo bendición, no cumplida aún, pero Israel en la relación de fe con Dios, el cual iba a cumplirla. Solamente son Dios e Israel los que se tienen en vista, y lo que había sucedido en gracia entre Él y Su solo pueblo.

Capítulo 2

En este próximo capítulo cambia la escena. En lugar de las relaciones de Dios con Israel conforme a la gracia, vemos primero al emperador pagano del mundo –la cabeza del último imperio en Daniel– ejerciendo su poder en tierra de Emanuel, y sobre todo el pueblo de Dios, como si Dios los hubiera olvidado. No obstante, continuamos en presencia del nacimiento del Hijo de David, de Emanuel mismo. Aparentemente, Él prevalece bajo el poder de la cabeza de la bestia, bajo un imperio pagano. ¡Qué extraño estado de cosas ha producido el pecado! Prestemos atención a que todavía tenemos la gracia aquí: es la intervención de Dios lo que hace que todo sea manifestado. En relación con ello, existen otras circunstancias en que haremos bien en fijarnos. Cuando los intereses y la gloria de Jesús están en juego, todo este poder –el cual gobierna sin el temor de Dios, y reina en el lugar de Cristo buscando su propia gloria– toda la gloria imperial no es sino un instrumento en las manos de Dios para el cumplimiento de Sus consejos. En cuanto al hecho público, vemos al emperador romano ejercer autoridad despótica y pagana en el lugar donde el trono de Dios debería estar, si el pecado del pueblo no lo hubiera impedido.

El emperador quiere tener a todo el mundo censado, y cada uno se dirige a su ciudad. El poder del mundo se pone en movimiento por un acto que demuestra su superioridad sobre aquellos que, como pueblo de Dios, deberían haberse visto libres de todo excepto del inmediato gobierno de su Dios, el cual era su gloria –un hecho que prueba la degradación total y el servilismo del pueblo. Eran esclavos, en sus cuerpos y en sus posesiones, de los paganos, a causa de sus pecados⁴. Pero este acto sólo hace que cumplir el maravilloso propósito de Dios, haciendo que el Salvador-Rey nazca en el pueblo donde, según el testimonio de Dios, tenía que tener lugar este acontecimiento. Y aún más, la Persona divina que tenía que estimular el gozo y las alabanzas del cielo, nace entre los hombres, como Hijo en este mundo.

El estado de cosas en Israel y en el mundo, es la supremacía de los gentiles y la ausencia del trono de Dios. El Hijo del Hombre, el Salvador, Dios manifestado en la carne, viene a tomar Su lugar –un lugar que la sola gracia podía hallar o tomar en un mundo que no le conoció.

El censo es tanto más extraordinario en que tan pronto como el propósito de Dios fue cumplido, no se llevó más a cabo, sino hasta más tarde, bajo el gobierno de Cirenio⁵.

El Hijo de Dios nace en este mundo, pero en él no encuentra lugar. El mundo vive a sus anchas, o al menos por sus propios recursos halla fácilmente un lugar, en la posada, la cual deviene una especie de medida para el lugar del hombre en, y de recepción por, el mundo. El Hijo de Dios no halla ninguno, excepto en el pesebre. ¿Es en vano que el Espíritu Santo registre aquí esta circunstancia? No. No hay sitio para Dios y para lo que es de Él, en este mundo. Tanto más perfecto entonces es el amor que le hizo descender a esta Tierra. Pero comenzó en un pesebre y terminó en la cruz, y en su cruzar por este mundo no tuvo dónde recostar Su cabeza.

El Hijo de Dios –un Hijo participando de todas las debilidades y circunstancias de la vida humana, así manifestadas– aparece en el mundo⁶.

Pero si Dios viene a este mundo, y un pesebre es su cobijo, en la naturaleza que Él ha tomado en gracia, los ángeles se ocupan del suceso del cual depende el destino de todo el universo, y el cumplimiento de todos los consejos de Dios; pues Él ha escogido las cosas débiles para confundir las que son fuertes. Este pobre infante es el Objeto de todos los consejos de Dios, el Sustentador y Heredero de toda la creación, el Salvador de todos los que heredarán la gloria y la vida eterna.

Unos pobres hombres, quienes fielmente realizaban sus arduas tareas lejos de la actividad incesante de un mundo ambicioso y pecador, son los que reciben las primeras noticias de la presencia del Señor sobre la Tierra. El Dios de Israel no buscaba a los grandes de entre Su pueblo, sino que mostró respeto por los menesterosos del rebaño. Dos cosas destacan aquí por sí solas: el ángel que acude a los pastores de Judea para anunciarles la consumación de las promesas de Dios a Israel, y el coro de ángeles celebran en coro de alabanza celestial toda la verdadera sustancia de este fabuloso suceso.

«Os ha nacido hoy», les dice el mensajero celestial a los pobres pastores visitados «en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor». Esto fue la proclamación a ellos de las buenas nuevas, y a todo el pueblo.

Pero en el nacimiento del Hijo del Hombre, Dios manifestado en la carne, el cumplimiento de la encarnación tenía una importancia

más destacada que todo aquello. El hecho de que este pobre infante estuviera allí, desposeído y abandonado –humanamente hablando– a su suerte por el mundo, era –como lo entendían las inteligencias celestiales, la multitud de las huestes celestes cuyas alabanzas resonaban en el mensaje del ángel a los pastores– «gloria a Dios en lo más alto, y sobre la tierra paz; buena voluntad para con los hombres». Estas pocas palabras incluyen tales elevados pensamientos que es difícil hablar debidamente de ellos en una obra como ésta, pero son necesarias algunas consideraciones. Primeramente, es profundamente bendito ver que el pensamiento de Jesús excluye todo lo que pudiera oprimir el corazón en la escena que rodeaba Su presencia sobre la Tierra. ¡Ay!, el pecado estaba allí. Fue manifestado por la posición en la cual este magnífico infante fue hallado. Pero si el pecado le había situado allí, la gracia también. La gracia sobreabunda, y al pensar en Él, la bendición, la gracia, la mente de Dios respecto al pecado, aquello que Dios es, tal como lo manifiesta la presencia de Cristo, absorben la mente y se hacen con el corazón, y son el verdadero alivio del corazón en un mundo como éste. Vemos la sola gracia, y el pecado no engrandece sino la plenitud, la soberanía, la perfección de esta gracia. Dios, en Sus tratos gloriosos, borra el pecado con respecto a Su actuación, el cual Él exhibe con toda su deformidad. Existe aquello que «es mucho más abundante». Jesús, venido en gracia, llena el corazón. Es lo mismo en todos los detalles de la vida cristiana. Es la verdadera fuente del poder moral, de la santificación, y del gozo.

A continuación vemos que hay tres cosas manifestadas por la presencia de Jesús nacido como un Hijo sobre la Tierra. En primer lugar, gloria a Dios en lo más alto. El amor de Dios –Su sabiduría– Su poder (no al crear un universo de la nada, sino al sobreponerse al mal, y convirtiendo el efecto del poder del enemigo en una ocasión para demostrar que este poder fue sólo impotente y necio en presencia de aquello que podemos llamar «lo débil de Dios»)– el cumplimiento de Sus consejos eternos –la perfección de Sus caminos donde el mal se había introducido– la manifestación de Sí mismo en medio del mal de tal modo que se glorificaba delante de los ángeles: en una palabra, Dios se ha manifestado tanto por el nacimiento de Jesús que las huestes celestiales, conocedoras largo tiempo de Su poder, podían elevar sus voces corales: «¡Gloria a Dios en lo más alto!» ¡Qué pensamiento más divino el que Dios deviniera Hombre! ¡Qué supremacía del bien sobre el mal! ¡Qué sabiduría al acercarse al corazón del hombre y traerle de vuelta a Él! ¡Qué capacidad para dirigirse al hombre! ¡Qué fuerza manteniendo la santidad de Dios! ¡Qué proximidad al corazón humano y qué interés en sus necesidades y experiencias de su condición! ¡Pero sobre todo, Dios por encima del mal en gracia, y en esa gracia visitando este mundo mancillado para darse a conocer como nunca antes Él se había dado a conocer!

El segundo efecto de la presencia de Aquel que reveló a Dios sobre la Tierra es que la paz debía estar allí. Rechazado, Su nombre debía ser un motivo de lucha, pero el coro celestial se ocupa del hecho de Su presencia, con el resultado, cuando es totalmente producido por las consecuencias, envuelto en la Persona de Aquel que estaba allí –contempladas en sus mismos frutos–, y ellos celebrándolas. El mal manifiesto debía desaparecer. Su norma santa debía desvanecer toda enemistad y violencia. Jesús, fuerte en amor, debía reinar y transmitir el carácter en el cual Él había venido a toda la escena que debería rodearle en el mundo al cual acudió, para que fuera conforme a Su corazón que Él se deleitó en aquél (Prov. 8:31)⁷. Véase, en menor escala, el Salmo 85:10,11.

El medio de esto –la redención, la destrucción del poder de Satanás, la reconciliación del hombre por la fe, y de todas las cosas en el cielo y en la Tierra con Dios– no son aquí señaladas. Todo dependía de la Persona y presencia de Aquel que nació. Todo estaba envuelto en Él. El estado de bendición nació en el nacimiento de ese Hijo.

Presentado a la responsabilidad del hombre, éste es incapaz de beneficiarse de ello, y fracasa. Su posición a consecuencia de ello deviene en lo peor.

Pero estando la gracia y la bendición unidas a la Persona de Aquel que acababa de nacer, se ven fluir todas sus consecuencias. Después de todo, fue la intervención de Dios cumpliendo el consejo de Su amor, el propósito firme de Su beneplácito. Y Jesús, una vez allí, las consecuencias no podían ser otras: cualquier interrupción que pudiera haber a su cumplimiento, Jesús era su seguridad. Él había venido al mundo. Las contenía en Su Persona, y era la expresión de todas estas consecuencias. La presencia del Hijo de Dios en medio de los pecadores decía a toda inteligencia espiritual: «Paz en la tierra».

La tercera cosa era la buena voluntad⁸ –el afecto de Dios– en los hombres. Nada más sencillo, desde que Jesús fue un Hombre. Él nunca fue como los ángeles.

Fue un testimonio glorioso que el efecto, la buena voluntad de Dios estuvieran fijados en esta pobre raza, ahora alejada de Él, pero en la cual Él tuvo complacencia para llevar a cabo todos Sus gloriosos consejos. Así en Juan 1, la vida era la luz de los hombres.

En una palabra, fue el poder de Dios presente en gracia en la Persona del Hijo de Dios participando de la naturaleza, e interesándose en la suerte de un ser que se había alejado de Él, deviniendo la esfera del cumplimiento de todos Sus consejos y de la manifestación de Su gracia y Su naturaleza a todas Sus criaturas. ¡Qué posición para el hombre! Porque es precisamente en el Hombre que todo esto es cumplido. El universo entero tenía que aprender en el hombre, y en lo que Dios tenía dentro de él para el hombre, aquello que Dios mismo era, el fruto de todos Sus gloriosos consejos, así como su completo descanso en Su presencia, conforme a la naturaleza de amor. Todo esto estaba implícito en el nacimiento de Cristo, a quien el mundo no prestó atención. ¡Maravilloso y natural sujeto de alabanza para los santos habitantes del cielo, a quienes Dios les había dado a conocer! Era la gloria a Dios en lo alto.

La fe estaba ejercitándose en aquellos sencillos israelitas, a quienes fue enviado el ángel del Señor. Y ellos se gozaron de la bendición consumada ante sus ojos, y la cual verificaba la gracia que Dios había mostrado al anunciársela a ellos. La palabra «como les fue dicho», añade su testimonio de gracia a todo lo que disfrutamos a través de la misericordia de Dios.

El Hijo recibe el nombre de Jesús el día en que es circuncidado, de acuerdo a la costumbre hebrea (véase cap. 1:59), pero conforme a los conejos y revelaciones de Dios, comunicado por los ángeles de Su poder. Además, todo era realizado conforme a la ley, pues históricamente nos hallamos aún en relación con Israel. Aquel que nacía de una mujer, nacía bajo la ley.

La condición de pobreza en la que Jesús nació, también es mostrada por el sacrificio ofrecido para la purificación de Su madre.

Otro punto es resaltado aquí por el Espíritu Santo, aunque pueda parecer insignificante Aquel que lo dio comienzo.

Jesús es reconocido por el remanente fiel de Israel, mientras dura la acción del Espíritu Santo en ellos. Deviene una piedra de toque para cada alma en Israel. La condición del reino enseñada por el Espíritu Santo –es decir, de aquellos que habían tomado la posición del remanente– era ésta: ellos eran conscientes de la miseria y ruina de Israel, pero esperaban en el Dios de Israel confiando en Su fidelidad inmutable para el consuelo de Su pueblo. Decían: ¿Hasta cuándo? Y Dios estaba con este remanente. Él había dado a conocer a aquellos que confiaban en Su misericordia la venida del Prometido, quien había de ser la consumación de esta misericordia hacia Israel.

Así, en presencia de la opresión de los gentiles, y de la iniquidad de un pueblo que estaba madurando, o que ya era maduro para el mal, el remanente que confiaba en Dios no perdió aquello que, como vimos en el capítulo precedente, pertenecía a Israel. En medio de la miseria de Israel, ellos tenían para consuelo suyo lo que la promesa y la profecía habían declarado para la gloria de Israel.

El Espíritu Santo había revelado a Simeón que no debería morir hasta que no hubiera visto al Señor Jesucristo. Éste fue el consue-

lo, y no pequeño. Estaba contenido en la Persona de Jesús el Salvador, sin entrar mucho en detalles de la manera o el momento del cumplimiento de la liberación de Israel.

Simeón amaba a Israel; podía marcharse en paz, puesto que Dios le había bendecido conforme a los deseos de la fe. El gozo de la fe habita siempre sobre el Señor y sobre Su pueblo, pero ve, en la relación que existe entre ellos, el alcance de aquello que provoca este gozo. La salvación y la liberación de Dios, vinieron en Cristo. Fue para la revelación de los gentiles, hasta entonces oculta en las tinieblas de la ignorancia sin serles revelado nada; y para la gloria de Israel, el pueblo de Dios. Éste es en realidad el fruto del gobierno de Dios en Cristo, es decir, el milenio. Pero si el Espíritu reveló a este fiel y bondadoso siervo del Dios de Israel el futuro que dependía de la presencia del Hijo de Dios, también le reveló que sostenía en sus brazos al Salvador mismo, dándole en el momento paz y un sentido del favor de Dios, de modo que la muerte perdió sus terrores. No fue un conocimiento de la obra de Jesús actuando sobre una conciencia iluminada y persuadida, sino el cumplimiento de las promesas a Israel, la posesión del Salvador y la prueba del favor de Dios, así que la paz que brotaba de allí llenaba su alma. Había las tres cosas: la profecía que anunció la venida de Cristo, la posesión de Cristo, y el efecto de Su presencia en todo el mundo. Estamos aquí en relación con el remanente de Israel, y consecuentemente no hallamos nada de la Iglesia y de las cosas puramente celestiales. El rechazo ocurre después. Aquí se trata de todo lo concerniente al remanente, a modo de bendición, mediante la presencia de Jesús. Su obra no es el asunto que estamos viendo.

¡Qué hermosa figura y qué testimonio rendido a este Hijo, por la manera en que a través del poder del Espíritu Santo Él llenó el corazón de este hombre santo al término de su carrera terrenal! Observemos también qué comunicaciones se le hace a este endeble remanente, desconocido en medio de las tinieblas que cubrían al pueblo. ¡Cuán dulce es pensar cuántas de esas almas, llenas de gracia y de la comunión con el Señor, han prosperado a la sombra de los hombres, desconocidas para ellos pero bien conocidas y amadas por Dios; unas almas que, cuando salgan de su recogimiento, conforme a Su voluntad, en testimonio hacia Cristo, llevarán el tan bendito testimonio de una obra de Dios que sigue realizándose a pesar de todo lo que el hombre hace, tras la escena dolorosa y amarga que está sucediéndose sobre la Tierra! Pero el testimonio de este hombre santo de Dios fue más que la expresión de los pensamientos sumamente interesantes que llenaron su corazón en comunión entre él y Dios. Este conocimiento de Cristo y de los pensamientos de Dios respecto a Él, que se está realizando en secreto entre Dios y el alma, da conocimiento del efecto producido por la manifestación al mundo de Aquel que es su objeto. El Espíritu habla de ello por boca de Simeón. En sus anteriores palabras, recibimos la declaración del firme cumplimiento de los consejos de Dios en el Mesías, el gozo de su propio corazón. Ahora es el efecto de la presentación de Jesús como Mesías a Israel sobre la Tierra, lo que es descrito. Cualquiera que haya sido el poder de Dios en Cristo para bendecir, Él sometió el corazón del hombre a prueba. Así debía ser Él, al revelar los pensamientos de muchos corazones –pues Él era luz– y tanto más cuando Él era humilde en medio de un mundo orgulloso, una ocasión de tropiezo para muchos, y el medio de levantar de su condición caída y degradada a otros tantos. María misma, aunque era la madre del Mesías, debía de tener su propia alma atravesada por una espada, pues su hijo iba a ser rechazado, la relación natural del Mesías con el pueblo iba a romperse también y a ser refutada. Esta contradicción de pecadores contra el Señor, dejaron descubiertos todos los corazones en cuanto a sus deseos, sus esperanzas y sus ambiciones, fueran cuales fuesen las formas de piedad que habían asumido.

Tal era el testimonio rendido en Israel del Mesías, conforme a la acción del Espíritu de Dios sobre el remanente, en medio de la esclavitud y de la miseria de ese pueblo. La plena consumación de los consejos de Dios hacia Israel, y hacia el mundo a través de Israel, para el gozo del corazón de los fieles que habían confiado en estas promesas, pero también para prueba en ese momento en cada corazón, por medio de un Mesías cuya señal se criticaba. Los consejos de Dios y el corazón del hombre fueron revelados en Él.

Malaquías dijo que aquellos que temiesen al Señor en los tiempos de impiedad, cuando los orgullosos prosperasen felices, habrían de hablar con frecuencia. Este tiempo había llegado en Israel. Desde Malaquías hasta el nacimiento de Jesús, sólo hubo la transición de Israel de su miseria a su orgullo –un orgullo además que amanecía incluso en tiempos del profeta. Aquello que él dijo del remanente, también se estaba cumpliendo. Ellos «hablaban juntos». Vemos que se conocían el uno al otro, en este hermoso cuadro del pueblo oculto de Dios: «Ella habló de Aquel a todos los que esperaban la redención en Israel». Ana, una viuda santa, la cual no se alejaba del templo y que sentía profundamente la miseria de Israel, se ocupó con corazón entregado del trono de Dios para un pueblo del cual Dios no era ya más un esposo, y el cual era formalmente viudo como ella; ésta da a conocer ahora a todos los que sopesaban estas cosas juntos, que el Señor había visitado su templo. Habían estado esperando la redención en Jerusalén, y ahora el Redentor –desconocido para los hombres– estaba allí. ¡Qué sujeto de gozo para este pobre remanente! ¡Qué respuesta para su fe!

Pero después de todo, Jerusalén no era el lugar donde Dios visitó al remanente de Su pueblo, sino el asiento del orgullo de aquellos que decían «el templo del Señor». Y José y María, habiendo llevado a cabo todo lo que la ley les exigía, regresaron con el Hijo Jesús para tomar su lugar juntamente con Él en el despreciado lugar que debía darle su nombre, y en aquellas regiones donde el desdeñado remanente, los menesterosos del rebaño, tenían su morada, donde el testimonio de Dios había anunciado que aparecería la luz.

Allí transcurrieron Sus primeros años, creciendo física y mentalmente en la verdadera humanidad que Él había asumido. ¡Simple y precioso testimonio! Pero no era menos consciente de que llegaría el momento cuando debía hablar a los hombres de Su verdadera relación con Su Padre. Las dos cosas están unidas en lo que se dice al final de este capítulo. En el transcurso de Su humanidad, se manifiesta el Hijo de Dios sobre la Tierra. José y María, quienes –al tiempo que se maravillaban de todo lo que le había sucedido– no acababan de conocer por la fe Su gloria, y culpan al Niño de acuerdo a la posición en la que formalmente permanecía ante ellos. Pero esto propicia la ocasión para que se manifieste en Jesús otro carácter de perfección. Si Él era el Hijo de Dios y tenía plena conciencia de ello, también era el Hijo obediente, esencialmente y siempre perfecto, sin pecado –un Niño obediente, pese al sentido que tuviera de otra relación, desunida ella misma de un sometimiento a unos padres humanos. La conciencia de lo uno, no perjudicaba Su perfección en lo otro. Al ser Él el Hijo de Dios, afirmaba Su perfección como Hombre e Hijo sobre la Tierra.

Hay otra cosa importante a remarcar aquí: esta posición no tenía nada que ver con que Él fuese ungido con el Espíritu Santo. Él cumplió, no hay duda, el ministerio público que más tarde emprendió conforme al poder y a la perfección de esa unción; pero Su relación con Su Padre pertenecía a Su misma Persona. El lazo existía entre Él y Su Padre, era plenamente consciente de ello, cualesquiera fueran los medios o las formas de su manifestación pública, y también lo era del poder de Su ministerio. Él era todo lo que debía ser un niño, pero era el Hijo de Dios quien era así. Su relación con Su Padre le era tan conocida como Su obediencia a José y a Su madre era algo hermoso, lícito y perfecto.

Concluimos aquí esta emocionante y divina historia del nacimiento y primeros años del Salvador divino, el Hijo del Hombre. Es imposible tener nada más de profundo interés. A partir de ahora, es en Su ministerio, en Su vida pública, que le hallaremos como el rechazado por los hombres, pero cumpliendo los consejos y la obra de Dios; separado de todos a fin de acometer todo ello en el poder del Espíritu Santo, que le fue dado sin medida, para cumplir esa trayectoria con la cual nada puede compararse, con referencia a lo

cual degradaría la verdad si lo llamáramos interesante. Es el centro y el medio, incluyendo Su muerte, Su ofrecimiento sin mancha a Dios –y los únicos medios posibles– de toda relación entre nuestras almas y Dios; la perfección de la manifestación de Su gracia, y el fundamento de toda relación entre cualquier criatura y Él.

Capítulo 3

En este capítulo hallamos el ejercicio del ministerio de la Palabra hacia Israel, y ello para la presentación del Señor a este mundo. No son las promesas a Israel y los privilegios asegurados a ellos por Dios, ni el nacimiento de ese Niño, quien era el Heredero de todas las promesas. El imperio, un testimonio mismo de la cautividad de Israel, era un instrumento para el cumplimiento de la Palabra con respecto al Señor. Los años son aquí calculados conforme al reinado de los gentiles. Judea es una provincia en manos del imperio gentil, y las otras partes de Canaán están divididas bajo diferentes cabezas subordinadas al imperio.

El sistema judío continúa no obstante. Los sumos sacerdotes estaban allí para ver pasar los años de su sometimiento a los gentiles por sus nombres, y al mismo tiempo para asegurar el orden, la doctrina y las ceremonias de los judíos tanto como les era posible en sus circunstancias de ese período.

La Palabra de Dios es siempre segura, y es cuando las relaciones de Dios con Su pueblo fracasan por falta de fidelidad en ellos que Dios mantiene en soberanía Su relación mediante las comunicaciones de un profeta. Su Palabra soberana lo asegura cuando no existen otros medios.

Pero en este caso, el mensaje de Jehová a Su pueblo tenía un carácter peculiar, pues Israel estaba ya arruinado, habiendo abandonado al Señor. La bondad de Dios había permitido dejar a Su pueblo en la tierra, pero el trono del mundo fue transferido a los gentiles. Israel era ahora llamado al arrepentimiento, a ser perdonado, y a tomar un nuevo lugar por medio de la venida del Mesías.

El testimonio de Dios no está por lo tanto relacionado con Sus ordenanzas en Jerusalén, aunque los justos se sometieran a ellas. Ni el profeta los pondera a que regresen a su antigua fidelidad sobre la base de lo que ellos eran. Es su voz en el desierto, enderezando sus caminos, a fin de que pudiera venir, desde fuera, a aquellos que se arrepintieran y se preparasen para Su venida. Como era Jehová mismo quien venía, Su glorias no se limitarían solamente a Israel, sino que toda carne vería la salvación efectuada por Dios. La condición de la nación era aquella fuera de la cual Dios los llamaba, hacia Él por el arrepentimiento, proclamando la ira que estaba a punto de caer sobre un pueblo rebelde. Además, si Dios venía, Él quería realidades, los verdaderos frutos de justicia, y no el mero nombre de un pueblo. Él vino en Su poder soberano, el cual era capaz de hacer salir de la nada aquello que el deseaba para Sí. Dios viene, y Él va a querer justicia impartida por la responsabilidad del hombre, porque Él es justo. Podía levantar simiente a Abraham por Su divino poder de las mismas piedras, si lo creía conveniente. Es la presencia, la venida de Dios mismo, lo que caracteriza a todo aquí.

Ahora bien, el hacha estaba ya a la raíz de los árboles, y cada cual debía ser juzgado según sus frutos. Era de balde alegar que ellos eran judíos; si gozaban de este privilegio ¿dónde estaban los frutos? Pero Dios no aceptaría ninguno que proviniese de la valoración hecha por el hombre, acerca de la justicia y el privilegio, ni del hinchado juicio que los autocomplacientes se formaran de los demás. Él se dirigió a la conciencia de todo el mundo.

Por consiguiente, los publicanos, objetos del odio de los judíos como instrumentos de la opresión fiscal de los gentiles, y los soldados, los cuales ejecutaban arbitrariamente las órdenes de los reyes, que eran impuestas sobre el pueblo por voluntad de Roma, o tratándose de los gobernantes paganos, eran exhortados a que actuasen en conformidad con aquello que producía el verdadero temor de Dios, en contraste con la iniquidad que se practicaba de costumbre siguiendo la voluntad humana. La multitud era exhortada a que practicase la caridad, mientras que el pueblo, considerado como tal, era tratado como una generación de víboras y sobre quienes venía la ira de Dios. La gracia trató con ellos avisándolos del juicio, pero este juicio era ya inminente.

Así, desde los versículos 3-14, tenemos estas dos cosas: en los 3-6, la posición de Juan respecto al pueblo como tal, en la idea de que Dios mismo pronto aparecería; en los 6-14 su apelación a la conciencia de cada uno; versículos 7,8,9 les enseñaban que los privilegios formales del pueblo no proveerían ningún refugio en presencia del Dios santo y justo, y que el ampararse en el privilegio nacional solamente provocaría la cólera sobre ellos –pues la nación estaba bajo el juicio, y expuesta a la ira de Dios. En el versículo 10 entramos en detalles. En los versículos 15-17, queda solventada la pregunta acerca del Mesías.

El gran asunto no obstante de este pasaje –la gran verdad que el testimonio de Juan manifestó ante los ojos del pueblo– era que Dios mismo iba a venir. El hombre tenía que arrepentirse. Los privilegios, aunque se concedieron como medio de bendición, no podían alegarse frente a la naturaleza y justicia de Aquel que venía, ni podían destruir el poder por el cual Él podía formar un pueblo según Su propio corazón. Sin embargo, la puerta del arrepentimiento estaba abierta de acuerdo a Su fidelidad hacia un pueblo que Él amaba.

Había una obra especial para el Mesías según los consejos, la sabiduría y la gracia de Dios. Él bautizaba con el Espíritu Santo y con fuego. Es decir, introdujo el poder y el juicio que expulsaba el mal, fuese en santidad o en bendición, o también en destrucción.

Él bautiza con el Espíritu Santo. Esto no significa meramente una renovación de deseos, sino poder, en gracia, en medio del mal.

Él bautiza con fuego. Éste es el juicio que consume el mal.

Este juicio también se aplicaba a Israel, Su suelo trillado. Él recogería Su trigo y lo aseguraría en otro lugar, y la paja podía ser quemada en el juicio.

Pero finalmente, Juan es arrojado en prisión por los cabezas legales del pueblo. No significa que este suceso ocurriera históricamente entonces, sino que el Espíritu de Dios presentaría moralmente el fin de su testimonio para que comenzara la vida de Jesús, el Hijo del Hombre, pero nacido Hijo de Dios en este mundo.

Es con el versículo 21 que esta historia comienza, y de un modo maravilloso, a la vez que lleno de gracia. Dios, por medio de Juan el Bautista, llamó a Su pueblo a arrepentirse, y aquellos en quienes Su palabra produjo este resultado acudieron para ser bautizados por Juan. Era la primera señal de vida y de obediencia. Jesús, perfecto en vida y en obediencia, descendido en gracia para el remanente de Su pueblo, marcha allá, tomando Su lugar con ellos, y se bautiza con el bautismo de Juan como ellos. ¡Maravilloso y emocionante testimonio! Él no ama desde una distancia, ni se contenta con ofrecer el perdón; Él viene por gracia al mismo lugar donde el pecado de Su pueblo los había llevado, de acuerdo al sentido del pecado que había producido en ellos el poder vivificante de su Dios. Él conduce a Su pueblo allí por gracia, pero los acompaña cuando ellos van. Toma Su lugar con ellos en las dificultades del camino, y no los deja ante los obstáculos que se les presentan; y verdaderamente, identificándose con el pobre remanente, con aquellos excelentes de la Tierra en quienes Él se contentaba, llamando a Jehová Su Señor; desprovoyéndose de toda fama, sin mencionar que Su bondad se extendía a Dios, ni tomando Su eterno lugar con Él, sino el lugar de la humillación; y por esta misma razón, de la perfección en una posición a la que se había rebajado, posición tal que reconocía la existencia del pecado, porque de hecho existía. Era incumbencia del remanente que fuera sensible ante esto cuando volviera a Dios. Ser sensible de tal cosa era el comienzo del bien. A partir

de aquí, Él podía ir con ellos. Pero en Cristo, por muy humilde que sea la gracia, el tomar Él este camino con ellos fue la gracia que obró en justicia, pues en Él todo era amor y obediencia, y el camino en que glorificaba a Su Padre. Él entró por la puerta.

Por tanto, al tomar Jesús este lugar humilde, el cual exigía el estado del pueblo amado, y al cual le llevó la gracia, se halló en el lugar del cumplimiento de la justicia y de toda la buena voluntad del Padre, de la cual Él devino el objeto, en este lugar.

El Padre podía reconocerle como Aquel que satisfacía Su corazón en el lugar donde el pecado, y al mismo tiempo, los objetos de Su gracia, se hallaban, para poder dar libre curso a Su gracia. La cruz era la total consumación de esto. Diremos algunas palabras sobre la diferencia cuando hablemos de la tentación del Señor; pero es el mismo principio en lo que la amada voluntad del Señor y obediencia se refiere. Cristo estaba aquí con el remanente, en vez de ser el sustituto de ellos situado en su lugar para expiar el pecado. El objeto del deleite del Padre había tomado, en gracia, Su lugar con el pueblo, visto confesando sus pecados⁹ ante la presencia de Dios, saliendo de su interior el hacerlo moralmente, con corazón renovado para confesarlos, sin lo cual Aquel interesado en este pueblo no podría haber estado con él si no era como testigo para predicar proféticamente la gracia.

Jesús, habiendo tomado esta posición, y orando –apareciendo como el Hombre fiel, dependiente de Dios y elevando Su corazón a Dios, también así la expresión de la perfección en esa posición–, el cielo es abierto a Él. Por el bautismo, tomó el lugar con el remanente cuando oró –estando allí exhibió la perfección en Su propia relación con Dios. La dependencia y el corazón que sube a Dios, como lo primero y como la expresión, digamos, de su existencia, es la perfección del hombre visto aquí abajo; en este caso, del hombre en tales circunstancias como éstas. Aquí los cielos pueden abrirse. Y observemos que no eran los cielos abriéndose para buscar a alguien alejado de Dios, ni la gracia descubriendo el corazón ante un sentimiento determinado, sino que era la gracia y la perfección de Jesús que hicieron que los cielos se abrieran. Como está escrito: «Así me ama mi Padre, porque yo pongo mi vida». Así también es la perfección positiva de Jesús¹⁰ la cual motivó que los cielos se abriesen. Tengamos en cuenta también aquí que, una vez es presentado este principio de la reconciliación, los cielos y la Tierra no están tan lejos el uno del otro. Es cierto que, hasta después de la muerte de Cristo, esta proximidad había de centrarse en la Persona de Jesús y efectuada por Él mismo, pero conteniendo todo lo demás. Esta proximidad fue establecida, aunque el grano de trigo tenía que quedar solo hasta que «cayese en tierra y fructificara». No obstante, los ángeles, como hemos visto, podían decir: «Paz en la tierra, buena voluntad [de Dios] para los hombres». Y vemos a los ángeles con los pastores, y a la hueste celestial a la vista y oídos de la Tierra que alaba a Dios por lo que había tenido lugar; y aquí, el cielo abierto sobre el Hombre y el Espíritu Santo descendiendo visiblemente sobre Él.

Examinemos la sustancia de este último caso. Cristo ha tomado Su lugar con el remanente en su condición humilde y flaca, pero siempre cumpliendo justicia. Todo el favor del Padre reposa sobre Él, y el Espíritu Santo desciende para sellarle y ungrle con Su presencia y Su poder. Hijo de Dios, Hombre sobre la Tierra, el cielo es abierto a Él, y sobre Él se asocian los suyos¹¹. El primer paso que hacen estas almas humildes en la senda de la gracia y de la vida, halla a Jesús con ellos allí, y al estar Él allí, el favor y el deleite del Padre, así como la presencia del Espíritu Santo. Recordemos siempre que es sobre Él como Hombre, al tiempo que como Hijo de Dios.

Tal es la posición del hombre aceptado delante de Dios. Jesús es la medida, la expresión. Tiene estas dos cosas –el deleite del Padre, y el poder y el sello del Espíritu Santo; y ello en este mundo, conocido por aquel que lo disfruta. Hay ahora esta diferencia que ya vimos, que miramos por el Espíritu al cielo donde Jesús está, pero tomamos Su lugar aquí abajo.

Contemplemos pues así al hombre en Cristo –los cielos abiertos– el poder del Espíritu Santo sobre Él, y en Él, el testimonio del Padre y la relación del Hijo con el Padre.

Se verá que la genealogía de Cristo es recordada aquí, no hasta Abraham y David, para que Él fuera el heredero de las promesas según la carne, sino hasta Adán, a fin de mostrar al verdadero Hijo de Dios como Hombre sobre la Tierra, donde el primer Adán perdió su título, tal como sucedió. El último Adán, el Hijo de Dios, estaba allí, aceptado por el Padre, y preparándose a hacerse Suyas las dificultades a las cuales la caída del primer Adán había llevado a aquellos de su raza que se acercaban a Dios bajo la influencia de Su gracia.

El enemigo, a través del pecado, estaba en posesión del primer Adán; y Jesús debía obtener la victoria sobre Satanás si quería liberar a los que estaban bajo su poder. Debía atar al hombre fuerte. Conquistarle es prácticamente la segunda parte de la vida cristiana. El gozo en Dios, el conflicto con el enemigo, forman la vida del redimido, sellado con el Espíritu Santo y caminando en Su poder. En ambas cosas el creyente está con Jesús, y Jesús está con él.

Capítulo 4

El ignorado Hijo de Dios sobre la Tierra, Jesús, es conducido al desierto por el Espíritu Santo, con el cual había sido sellado, para padecer la tentación del enemigo bajo la cual Adán cayó. Pero Jesús resistió esta tentación en las circunstancias en que nosotros estamos, no aquellas en las que Adán estaba, es decir, que la sintió en todas las dificultades de la vida de fe, tentado en todos los puntos como lo somos nosotros, sin excepción. Tengamos en cuenta aquí que no se trata de la esclavitud del pecado, sino del conflicto. Cuando se trata de servidumbre, tiene que ver con una liberación, no con un conflicto. Fue en Canaán donde Israel peleó. Ellos fueron liberados de Egipto, pero allí no pelearon.

En Lucas, las tentaciones van ordenadas según un orden moral: primero, aquellas que precisaban las necesidades corporales, segundo, el mundo; tercero, la sutileza espiritual. En cada una, el Señor mantiene la posición de obediencia y de dependencia, dando a Dios y Sus comunicaciones con el hombre –Su Palabra– su verdadero lugar. Simple principio que nos ampara de cada ataque, pero el cual también, por su misma sencillez, ¡es la perfección! Sin embargo, recordemos que éste ha de ser el caso, pues si nos eleváramos a alturas portentosas no sería lo que se requeriría de nosotros, sino el ir en pos de lo que aplicamos a nuestra condición humana como regla para su guía. Es la obediencia, la dependencia –no haciendo nada excepto como Dios lo quiere, y fiándonos de Él. Este caminar incluye a la Palabra. Pero la Palabra es la expresión de Su voluntad, la bondad y la autoridad de Dios, aplicables a todas las circunstancias del hombre tal como es él. Ello demuestra que Dios se interesa en todo lo que le concierne: ¿por qué entonces debería actuar por sí mismo sin mirar a Dios ni a Su Palabra? ¡Ay!, hablando de los hombres en general, son muy voluntariosos. Someterse y ser dependientes, es precisamente aquello que no querrán hacer. Tienen demasiada enemistad con Dios para confiar en Él. Fue esto, por lo tanto, lo que distinguió al Señor. El poder para efectuar un milagro podía otorgarlo Dios sobre quien Él quisiera, pero un hombre obediente que no tenía ningún signo de voluntad con respecto a lo que la voluntad de Dios no declaraba, un hombre que vivía por la Palabra y en completa dependencia de Dios con confianza perfecta, la cual no necesitaba más pruebas de la fidelidad de Dios que Su Palabra ni ningún medio más certero de que Él intervendría que Su promesa de hacerlo, quien esperaba la intervención en el camino de Su voluntad, tenía algo más que poder. Ésta fue la perfección del hombre en el lugar donde éste estaba –no simplemente la inocencia, pues ésta no necesita confiar en Dios en medio de las dificultades y de las penas, ni las dudas originadas por el pecado, ni del conocimiento del

bien y del mal—, sino una perfección que refugiaba a uno que la poseyera de cada ataque que Satanás pudiera lanzarle. Pues ¿qué podía hacer contra uno que no traspasaba nunca la voluntad de Dios, y para quien esta voluntad era solamente el motivo para la acción? Además, el poder del Espíritu de Dios estaba allí. Por consiguiente, vemos que la obediencia sencilla guiada por la Palabra es la única arma empleada por Jesús. Esta obediencia requiere dependencia de Dios, confianza en Él para llevarla a cabo.

Él vive por la Palabra: esto es dependencia. No intentará, esto es, poner a prueba a Dios, para ver si Él era fiel: esto es confianza.

Actúa cuando Dios lo quiere, porque lo quiere, y hace aquello que Dios quiere. Deja todo lo demás en manos de Dios. Esto es obediencia; y, observemos aquí la obediencia no como señal de sumisión a la voluntad de Dios, donde se hallaba una de contraria, sino donde la voluntad de Dios era el único motivo para la acción. Somos santificados por la obediencia a Cristo.

Satanás es vencido y carece de poder ante este último Adán, el cual actúa conforme al poder del Espíritu en el lugar donde se halla el hombre, por los medios que Dios ha dado al hombre, y en las circunstancias en que Satanás ejerce su poder. Pecado no había ninguno, pues entonces hubiera significado rendirse ante él, y no conquistarlo. El pecado fue dejado fuera por la obediencia. Satanás es vencido en las circunstancias tentadoras en las que es hallado el hombre. La necesidad corporal, que habría devenido codicia si hubiera surgido la propia voluntad, en lugar de dependencia de la voluntad divina; el mundo y toda su gloria, el cual, en lo que concierne a la codicia del hombre, aquél es su objeto, y de hecho el reino de Satanás —y fue a este terreno que Satanás intentó llevar a Jesús, poniéndose en evidencia al hacer así—; y por último, la propia exaltación efectuada religiosamente a través de las cosas que Dios nos ha dado —éstos fueron los puntos de ataque del enemigo. Pero nunca hubo en Jesús la búsqueda de Su exaltación.

Hemos hallado, en estas cosas que hemos visto, a un Hombre lleno del Espíritu Santo y nacido de Él sobre la Tierra, perfectamente complaciente a Dios y el objeto de Su deleite, Su Hijo amado, en la posición de dependencia. Un Hombre, el conquistador de Satanás en medio de aquellas tentaciones por las cuales éste normalmente gana ventaja sobre el hombre —conquistador en el poder del Espíritu, y utilizando la Palabra en dependencia, obediente y confiando en Dios en las circunstancias ordinarias del hombre. En la primera posición, Jesús permaneció con el remanente; en la segunda, estuvo solo —como en Gethsemaní y en la cruz. No obstante, fue para nosotros; y aceptados como Jesús, tenemos en cierto sentido al enemigo para vencerle. Es un enemigo conquistado al que resistimos en la fuerza del Espíritu Santo, la cual nos es dada en virtud de la redención. Si le resistimos, él huirá, pues se ha topado con su conquistador. La carne no le resiste. Él halla a Cristo en nosotros. La resistencia en la carne no conduce a la victoria.

Jesús conquistó al hombre fuerte y luego despojó sus bienes; pero fue en tentación, obediencia, careciendo de voluntad excepto de la de Dios, dependencia, el uso de la Palabra, viviendo en sujeción a Dios, que Jesús obtuvo la victoria sobre él. En todo esto falló el primer Adán. Después de la victoria de Cristo, nosotros también como siervos de Cristo obtenemos victorias reales, o más bien los frutos de la victoria ya ganados en la presencia de Dios.

El Señor ha tomado ahora Su lugar, por así decirlo, para la obra del último Adán —el Hombre en quien está el Espíritu sin medida, el Hijo de Dios en este mundo por Su nacimiento, que ha adquirido el lugar en forma de la simiente de la mujer —concebido no obstante por el Espíritu Santo. Él lo ha tomado como el Hijo de Dios, perfectamente satisfaciente para Dios en Su Persona como Hombre aquí abajo; y también como el Conquistador de Satanás. Reconocido el Hijo de Dios, y sellado por el Espíritu Santo por el Padre, siendo abierto a Él el cielo como Hombre, Su genealogía es, sin embargo, reseguída hasta Adán; y, el descendiente de Adán, sin pecado, lleno del Espíritu Santo, conquista a Satanás —como el hombre obediente, careciendo de otros motivos que la voluntad de Dios—, y resuelve acometer la obra que Dios Su Padre le encomendó en este mundo, como Hombre, por el poder del Espíritu Santo.

Él regresa en el poder del Espíritu a Galilea¹², y su fama se expande por toda la región alrededor.

Él se presenta en este carácter: «El Espíritu de Jehová está sobre mí, porque él me ha ungido para predicar el evangelio a los pobres, me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón... a predicar el año aceptable de Jehová». Aquí se detiene. Lo que sigue diciendo el profeta, respecto a la liberación de Israel por el juicio que los resarce de sus enemigos, es omitido por el Señor.

Ahora Jesús no anuncia las promesas, sino su consumación en gracia por Su propia presencia. El Espíritu está sobre este Hombre, lleno de gracia; y el Dios de gracia en Él manifiesta Su bondad. El tiempo de la liberación ha llegado. El objeto de Su favor a Israel está allí en medio de ellos.

El examen de la profecía hace que este testimonio sea mucho más notable en que el Espíritu, habiendo declarado el pecado del pueblo y su juicio en los capítulos que preceden estas palabras, habla —al presentar al Cristo, al Ungido— solamente de la gracia y la bendición a Israel: si esto es la venganza, debería ser ejecutada sobre sus enemigos para la liberación de Israel.

Pero aquí es la gracia en Su Persona, este Hombre, el Hijo de Dios, lleno del Espíritu Santo a fin de proclamar la misericordia de Dios, quien es fiel a Sus promesas, y confortar y levantar a los decaídos y pobres de espíritu. La bendición estaba allí, presentándose delante de ellos. No podían ignorarla, pero no reconocen al Hijo de Dios. «¿No es éste el hijo de José?» Tenemos aquí toda la historia de Cristo —la manifestación perfecta de la gracia en medio de Israel, Su tierra y Su pueblo; y ellos no le conocieron. Ningún profeta es aceptado en su propio país.

Pero este rechazo abrió las puertas para una gracia que traspasaba los límites que un pueblo rebelde establecería. La mujer de Sarepta, y Naamán, fueron testimonios de esta gracia.

La cólera llena los corazones de aquellos que rechazan la gracia. Descreídos, e incapaces de discernir la bendición que los visitaba, no iban a dejar que publicara sus efectos. La soberbia que los hacía incapaces de apreciar la gracia no escucharía sus comunicaciones para los demás.

Intentan destruir a Jesús, pero Él sigue en Su camino. Aquí es toda la historia de Jesús entre el pueblo, reseguída de antemano.

Él siguió Su camino, y el Espíritu nos reserva los actos y las curaciones que caracterizan a Su ministerio bajo la mirada de la gracia eficaz, y de la inclusión de otros aparte de Israel.

El poder estaba en Él, cuya gracia fue rechazada. Reconocido por los demonios, si no por Israel, Él los expulsa con una palabra. Sana a los enfermos. Todo el poder del enemigo, todos los tristes resultados exteriores del pecado desaparecen ante Él. Cura, echa fuera; y cuando le suplican que se quede —el efecto de Sus palabras que le procuraron ese honor del pueblo que Él no buscaba— se marcha para continuar la labor en otra parte con el testimonio que le fue encomendado. Él procuraba cumplir esta obra, y no buscaba honores.

Predica en todas partes en medio del pueblo. Echa fuera al enemigo, quita el sufrimiento y anuncia la bondad de Dios a los pobres.

Capítulo 5

Siendo Hombre, vino para los hombres. Se asociará con otros en este capítulo en esta obra gloriosa. Tenía derecho a hacerlo. Si Él era en gracia un Siervo, también lo era conforme al pleno poder del Espíritu Santo. Efectuó un milagro que tocaría a aquellos que Él

llamaría, y que les hacía sentir que todo se hallaba a Su disposición, que todo dependía de Él, que donde el hombre no podía hacer nada Él podía hacerlo todo. Pedro, tocado en la conciencia por la presencia del Señor, confiesa su inferioridad, pero atraído por la gracia se dirige a Cristo. La gracia le levanta, y le establece como el portavoz de este acontecimiento a los demás —el ser pescador de hombres. Ya no se trataba de un predicador de justicia entre el pueblo de Dios, sino de uno que capturó con Su red a aquellos que estaban apartados. Él atraía para Sí, como resultado de la manifestación sobre la Tierra del poder y el carácter de Dios. Era la gracia que obraba allí.

Él estaba allí con la voluntad y el poder para curar aquello que era figura del pecado, incurable a menos que Dios interviniera. Pero Dios intervino; y en gracia puede Él decir, y de hecho lo dice, a uno que reconoció Su poder pero dudaba de Su voluntad: «Quiero, sé limpio¹³». Él se sometió a las ordenanzas judías como alguien obediente a la ley. Jesús oró, como Hombre dependiente de Dios. Ésta era Su perfección como Hombre nacido bajo la ley. Además, necesitaba reconocer estas ordenanzas de Dios, todavía no abrogadas por Su rechazo. Esta obediencia como Hombre devino un testimonio, pues el poder de Jehová podía curar la lepra y la curó, y los sacerdotes tuvieron que reconocer aquello que se había hecho.

Él trae perdón así como purificación, dando prueba de ello quitando toda enfermedad y transmitiendo fortaleza a los que no tenían ninguna. Esta prueba no era la doctrina de que Dios sabía perdonar. Ellos lo creyeron, pero Dios intervino y el perdón estaba presente. Ya no tendrían que esperar largo tiempo el último día, ni el día del juicio, para conocer su condición. No era necesario que se presentara un Natán que anunciase este perdón de parte de un Dios que estaba en el cielo, mientras Su pueblo estaba sobre la Tierra. El perdón había venido en la Persona del Hijo del Hombre hasta la Tierra. En todo esto, Jesús dio pruebas del poder y de los derechos de Jehová. En este ejemplo, fue el cumplimiento del Salmo 103:3; pero, a la vez, Él da estas pruebas por cumplidas de parte del poder del Espíritu Santo, sin medida en el hombre, en Su propia Persona de Hijo de Dios. El Hijo del Hombre tiene poder sobre la Tierra para perdonar los pecados: de hecho, Jehová había venido Hombre sobre la Tierra. El Hijo del Hombre estaba allí ante sus ojos, en gracia, para ejercer este poder —una prueba de que Dios los había visitado.

En ambos ejemplos¹⁴, el Señor, mientras manifestaba un poder apto para extenderse, y de hecho lo hizo, hasta cruzar esta esfera, lo muestra en relación con Israel. La purificación era una prueba del poder de Jehová en medio del pueblo, y el perdón estaba relacionado con Su gobierno en Israel. Por lo tanto, esto quedó demostrado a través de la curación perfecta del hombre enfermo, conforme al Salmo ya citado¹⁵. Sin lugar a dudas, estos derechos no sólo estaban limitados a Israel, sino que en ese momento eran ejercidos en relación con esta nación. Él lavó, en gracia, aquello que Jehová sólo podía lavar. Perdonó aquello que Jehová sólo podía perdonar, llevándose todas las consecuencias de su pecado. Era, en este sentido, un perdón gubernamental; el poder de Jehová presente, para restaurar totalmente y restablecer a Israel —dondequiera que la fe obtuviera beneficio de ello. Más tarde, veremos el perdón para la paz en el alma.

El llamamiento de Leví, y aquello que vino después, demuestra que este poder no sólo había de extenderse fuera de Israel, sino que los odres viejos no eran capaces de contenerlo. Debía formarse de ello mismo un vaso nuevo.

Podemos destacar aquí también, por otro lado, que la fe está caracterizada por la perseverancia. Conociendo el mal, un mal imposible de remediar, y sabiendo que hay Uno allí que puede curarlo, la fe no se deja enfervorizar —no abandona el alivio de su necesidad. Ahora bien, el poder de Dios estaba allí para satisfacer esta necesidad.

Esto termina esa parte de la narración que revela, de manera positiva, el poder divino que visita la Tierra en gracia, en la Persona del Hijo de Dios, y ejercido en Israel en la condición en que fueron hallados por ella.

Lo que viene a continuación caracteriza al ejercicio de la misma, en contraposición al judaísmo. Pero aquello que ya hemos estudiado se divide en dos partes, conteniendo distintos caracteres dignos de mención. En primer lugar, partiendo del capítulo 4:31-41, es el poder del Señor manifestándose de Su parte, triunfante sobre el poder del enemigo —sin ninguna relación especial con la mente del individuo—, ya sea en enfermedad o en posesión. El poder del enemigo se halla allí: Jesús le echa fuera, y sana a aquellos que lo padecían. Pero seguidamente, Su ocupación pasa a ser la de predicar. Y el reino no era solamente la manifestación de un poder que echaba fuera todo lo del enemigo, sino un poder que llevaba a las almas también en relación con Dios. Vemos esto en el capítulo 5:1-26. Aquí, su condición delante de Dios, el pecado, y la fe son contemplados —en una palabra, todo lo concerniente a la relación de ellos con Dios.

Consecuentemente, vemos la autoridad de la Palabra de Cristo sobre el corazón, la manifestación de Su gloria —es reconocido como Señor—, la convicción del pecado, el justo celo por Su gloria, en el sentido de Su santidad, la cual debía ser guardada inviolada; el alma que se pone del lado de Dios contra sí misma, a razón del amor por la santidad y del respeto por la gloria de Dios aun cuando siente la atracción de Su gracia. De modo que, debido a ello, todo es olvidado —los peces, la red, el bote y el peligro: «una cosa» es algo que el alma ya posee. La respuesta del Señor que difumina todo temor, asociándose Él con el alma liberada en la gracia que había ejercido para con ella, y en la obra que efectuó a causa de los hombres. Fue ya moralmente liberada de todo lo que le rodeaba; ahora, en el gozo pleno de la gracia, el alma es puesta en libertad por el poder de esta gracia, dándose totalmente a Jesús. El Señor —la manifestación perfecta de Dios al crear nuevos afectos por su revelación de Dios, separa el corazón de todo lo que le ata a este mundo y al orden del viejo hombre, a fin de ponerlo aparte para Sí mismo —para Dios. Él se rodea de todo lo que es liberado, deviniendo su centro; y, verdaderamente, también da libertad en este sentido.

Él, pues, lava al leproso, algo que nadie excepto Jehová podía hacer. Pero no obstante, Él no se sale de Su posición bajo la ley; y por muy grande que sea Su fama, mantiene Su lugar de perfecta dependencia como hombre ante Dios. El leproso, el inmundo, puede volver a Dios.

Seguidamente, Él perdona. Los culpables ya no lo son en presencia de Dios: son perdonados. A la vez, reciben fortaleza. Es el Hijo del Hombre, el cual, pese a todo, está allí. En ambos casos, la fe busca al Señor, presentando su necesidad ante Él.

El Señor ahora exhibe el carácter de esta gracia en relación con sus objetos. Siendo superior, siendo de Dios, esta gracia actúa en virtud de sus derechos. Las circunstancias humanas no son obstáculo, pues se adapta por su misma naturaleza a la necesidad humana, y no a los privilegios del hombre. No está sujeta a ordenanzas¹⁶ y no se atiene a ellas. El poder de Dios por el Espíritu estaba allí, y actuaba por sí mismo, produciendo sus propios efectos y separando aquello que era antiguo —aquello a lo que el hombre estaba ligado¹⁷ y en lo que el poder del Espíritu no podía quedar preso.

Los escribas y los fariseos no querían que el Señor se asociara con los impíos e irreputados. Dios busca a aquellos que le necesitan —a los pecadores— en gracia.

Cuando le preguntan por qué Sus discípulos no observan las costumbres y las ordenanzas de Juan y los fariseos, por las cuales ellos dirigían la piedad legal de sus discípulos, se debía a que la cosa nueva no podía someterse a las formas propias de lo antiguo, las cua-

les no podían sostener la fuerza y la energía de aquello que venía de Dios. Lo antiguo eran las formas del hombre según la carne; lo nuevo, la energía de Dios, según el Espíritu Santo. Además, no era momento de mostrar una piedad añadida, que se mortificaba a sí misma. ¿Qué más podía hacer el hombre? El Esposo estaba allí.

Sin embargo, el hombre prefería lo antiguo, porque era del hombre, y no la energía de Dios.

Capítulo 6

Las circunstancias explicadas en el capítulo 6:1-10 hacen referencia a la misma verdad, y a un aspecto importante de la misma. El sábado era la señal del pacto entre Israel y Dios –el descanso después de las obras acabadas. Los fariseos culpan a los discípulos de Cristo porque frotaban las semillas de trigo en sus manos. Ahora bien, un David rechazado se sobrepuso a la barrera de la ley cuando más lo necesitó. Pues cuando el Ungido de Jehová fue rechazado y expulsado, todo pasó a ser de una común manera. El Hijo del Hombre –Hijo de David, rechazado como el hijo de Isaí, el rey escogido y ungido– era Señor del sábado; Dios, quien dispuso esta ordenanza, estaba por encima de todas ellas, y presente en gracia, la obligación del hombre cedió a la soberanía de Dios; el Hijo del Hombre estaba allí con los derechos y el poder de Dios. ¡Maravilloso hecho! Además, el poder de Dios presente en gracia no permitió que existiera miseria, porque era el día de gracia. Esto era poner de lado al judaísmo. Ésa fue la obligación del hombre para con Dios, y Cristo era la manifestación de Dios en gracia para con los hombres¹⁸. Valiéndose de los derechos que le autorizaban afirmarlos como tales, Él cura, estando la sinagoga llena, al hombre de la mano seca. Todos se llenan de asombro ante esta manifestación de poder, la cual inunda y se lleva por delante los diques de su orgullo y autojusticia. Podemos observar que todas estas circunstancias están reunidas bajo un orden y relación mutuos que son perfectos¹⁹.

El Señor ha mostrado que esta gracia –que visitó a Israel según todo lo que podía esperarse del Dios Todopoderoso, fiel a Sus promesas– no podía, no obstante, quedar limitada a las estrechas ligazones de ese pueblo, ni adaptarse a las ordenanzas de la ley; que los hombres desearan las cosas viejas, pero que el poder de Dios actuara de acuerdo a su propia naturaleza. Había mostrado que cualquier señal del viejo pacto, la más sagrada siquiera u obligatoria, debía doblegarse a Su título que era superior a toda ordenanza, y dar lugar a los derechos de Su amor divino, el cual estaba en acción. Pero las cosas viejas fueron de este modo juzgadas, y pasaron. Él se declaró en todo –en el llamamiento de Pedro– ser el nuevo centro en torno al cual todos los que buscan a Dios, y las bendiciones, deben reunirse. Él era la manifestación viva de Dios y de la bendición en los hombres. Así fue Dios manifestado, el viejo orden de cosas estaba obsoleto y era incapaz de contener esta gracia, y el remanente fue separado –en torno al Señor– de un mundo que no vio ninguna belleza en Él, para que pudieran desearle. Él actuaba ahora sobre esta base; y si la fe le buscaba en Israel, el poder de la gracia se manifestaba de un modo nuevo. Dios se rodea de los hombres como el centro de bendición en Cristo como hombre. Pero Él es amor, y en la actividad de este amor Él busca a los perdidos. Nadie excepto Uno, y Uno que era Dios y que le reveló, podía rodearse de Sus seguidores. Ningún profeta jamás lo hizo (véase Juan 1). Ninguno podía avanzar con la autoridad y el poder de un mensaje divino, sino Dios. Cristo había sido enviado; y ahora Él es quien envía. El nombre de «apóstol» (enviado), pues así los llama Él, contiene esta profunda y maravillosa verdad –Dios está actuando en gracia. Él se rodea de los benditos. Busca a miserables pecadores. Si Cristo, el verdadero centro de la gracia y la felicidad, se rodea de seguidores, no obstante envía también a Sus escogidos para dar testimonio del amor que Él vino a manifestar. Dios se manifestó en el Hombre. En este Hombre, Él busca a los pecadores. El Hombre participa de la manifestación más inmediata de la naturaleza divina en ambas maneras. Él está con Cristo como hombre; y es enviado por Cristo. Cristo mismo hace esto como Hombre; es el Hombre lleno del Espíritu Santo. Así, le vemos nuevamente manifestándose en dependencia de Su Padre antes de escoger a los discípulos. Se retira a orar, y pasa toda la noche en oración.

Ahora va más allá de Su propia manifestación, lleno en Su Persona del Espíritu Santo, para introducir el conocimiento de Dios entre los hombres. Él deviene el centro, alrededor del cual deben venir todos los que le buscan, y una fuente de misión para la consumación de Su amor –el centro de la manifestación del poder divino en gracia. Y, por lo tanto, Él llamó en torno Suyo al remanente que había de ser salvo. Su posición, en cada sentido, es resumida en aquello que es dicho después de que descendiera del monte. Desciende con los discípulos de Su comunión con Dios. En la llanura²⁰ se rodea de la compañía de Sus discípulos, y después por una gran multitud atraída por Su Palabra y obras. Había la atracción de la Palabra de Dios, y Él curó las enfermedades de los hombres y anuló el poder de Satanás. Este poder habitaba en Su Persona; la virtud que salía de Él dio estos testimonios exteriores del poder de Dios presente en gracia. La atención del pueblo estaba puesta en Él por estos medios. No obstante, hemos visto que las cosas viejas, a las que era afín la multitud, pasaban. Él se rodeaba de corazones fieles a Dios, de los llamados por gracia. Aquí por tanto, no anuncia estrictamente, como en Mateo, el carácter del reino para mostrar aquello de la dispensación que estaba cerca, al decir: «Bienaventurados los pobres en el espíritu», etc., sino que, distinguiendo al remanente, por su apego a Él, declara a los discípulos que le seguían que ellos eran los bienaventurados. Ellos iban a poseer el reino. Esto es importante porque separa el remanente, situándolo en relación con Él para recibir la bendición. Él describe, de manera notoria, el carácter de aquellos que fueron de este modo bendecidos por Dios.

El discurso del Señor se divide en diversas ramas:

Versículos 20-26. El contraste entre el remanente, manifestado como Sus discípulos, y la multitud que estaba satisfecha con el mundo, añadiendo el aviso a aquellos que permanecían en el lugar de discípulos y en el que se ganaban el favor del mundo. ¡Ay de estos! Observemos asimismo que no se trata de una cuestión de ser perseguidos por causa de la justicia, como en Mateo, sino solamente por causa de Su nombre. Todo estaba matizado por el apego a Su Persona.

Versículos 27-36: El carácter de Dios su Padre en la manifestación de gracia en Cristo, el cual ellos debían imitar. Revela, fijémoslos, el nombre del Padre y los coloca en el lugar de hijos.

Versículos 37, 38: Este carácter se desarrolló especialmente en la posición de Cristo, mientras Él estaba sobre la Tierra en ese tiempo, cumpliendo Cristo Su servicio sobre la Tierra. Ello implicaba gobierno y recompensa de parte de Dios, como fue el caso con respecto a Cristo mismo.

Versículo 39: La condición de los líderes de Israel, y la relación entre ellos y la multitud.

Versículo 40: La condición de los discípulos en relación a Cristo.

Versículo 41, 42: El modo de llegar a ella, y de ver claramente en medio del mal, es quitando el mal de uno mismo.

Después, en general, su propio fruto caracterizó a cada árbol. Acercándose a Cristo para escucharle no era la cuestión, sino que Él fuera apreciado de manera tal en sus corazones para que franqueasen todo obstáculo y le obedecieran en la práctica.

Resumamos estas cosas que hemos estado considerando. Él actúa en un poder que expulsa el mal, porque lo halla allí, y Él es bueno; y Dios sólo es bueno. Él llega a la conciencia y llama para Sí a las almas. Procede en relación con la esperanza de Israel y el poder de Dios para lavar, el perdón para darles fortaleza. Pero es una gracia que todos necesitamos; y la bondad de Dios, la energía de Su amor,

no se limitaba a ese pueblo. Su ejercicio no aprobaba las formas en que vivían los judíos –o más bien en las que no podían vivir–; y el vino nuevo debía meterse en odres nuevos. El asunto del sábado solventó la cuestión acerca de la introducción de este poder, la señal del pacto que dio paso a ello: Aquel que lo ejercía era el Señor del sábado. La misericordia del Dios del sábado no era estática, como si tuviera las manos atadas por lo que Él había establecido en relación con el pacto. Jesús congrega entonces los vasos de Su gracia y poder de acuerdo a la voluntad de Dios, en torno Suyo. Ellos eran los bienaventurados, los herederos del reino. El Señor describe el carácter de los tales. No eran la indiferencia ni el orgullo los que surgieron de una ignorancia de Dios, alienado justamente de Israel, el cual había pecado contra Él y menospreció la manifestación gloriosa de Su gracia en Cristo. Ellos comparten la angustia y el dolor que una condición tal del pueblo de Dios debía causar en aquellos que poseían la mente de Dios. Odiados, proscritos, avergonzados por causa del Hijo del Hombre, que había venido para llevar sus sufrimientos, fue su gloria. Ellos debía compartir Su gloria cuando la naturaleza de Dios era glorificada al hacerse todas las cosas según era Su voluntad. No serían avergonzados en el cielo, sino que recibirían allí su galardón, no en Israel. «De la misma manera hacían sus padres con los profetas». ¡Ay de aquellos que vivían tranquilos en Sión durante la condición pecaminosa de Israel, y su rechazo y maltrato de su Mesías! Es la diferencia entre el carácter del verdadero remanente y el de los orgullosos de entre el pueblo.

Entonces hallamos la conducta adecuada para los primeros –una conducta que, para expresarlo así, comprende los elementos esenciales, el carácter de Dios en gracia, manifestado en Jesús sobre la Tierra. Pero Jesús tenía Su propio carácter de servicio como Hijo del Hombre; la aplicación de esto a sus circunstancias personales viene dado en los versículos 37 y 38. En el 39, los líderes de Israel son presentados a nosotros, y en el versículo 40 la porción de los discípulos. Rechazados como Él mismo, deberían tener Su misma parte, pero asumiendo que le siguiesen a la perfección, la obtendrían en bendición, en gracia, en carácter y también en posición. ¡Qué favor!²¹ Además, el juicio del yo, y no el de un hermano, era el medio de obtener una visión moral clara. Si el árbol era bueno, el fruto también. El propio juicio se aplica a los árboles. Esto es siempre cierto. En el juicio de uno mismo, no es solamente el fruto lo que es correcto; es uno mismo. Y el árbol es conocido por su fruto –no sólo por el fruto bueno, sino por el propio. El cristiano lleva el fruto de la naturaleza de Cristo. También es el corazón mismo, y la verdadera obediencia práctica, los que son contemplados.

Aquí, entonces, los grandes principios de la nueva vida, en su plena manifestación práctica en Cristo, son presentados a nosotros. Es la cosa nueva moralmente, el sabor y el carácter del vino nuevo –el remanente hecho semejante a Cristo, a quien seguían, a Cristo el nuevo centro del movimiento del Espíritu de Dios, y del llamamiento de Su gracia. Cristo ha salido del recinto amurallado del judaísmo en el poder de una nueva vida, y por la autoridad del Altísimo, el cual había introducido la bendición en este ámbito, el cual era incapaz de apreciar. Había salido de él, conforme a los principios de la vida misma que Él anunciaba; históricamente, estaba todavía en él.

Capítulo 7

A partir de aquí, hallamos al Espíritu actuando en el corazón de un gentil. El corazón manifestó más fe que cualquier otro de entre los hijos de Israel. De corazón humilde, y amando al pueblo de Dios como tal, por causa de Dios, porque eran Su pueblo, y elevándose así en sus afectos sobre el verdadero estado caído de ellos, él puede ver en Jesús a Uno que tenía autoridad sobre todo, como la que él tenía sobre sus soldados y sirvientes. No sabía nada acerca del Mesías, pero reconoció en Jesús²² el poder de Dios. Esto no era una mera idea. Era fe. Y una fe como ésta no existía en Israel.

El Señor entonces actúa con un poder que había de ser la fuente de aquello que es nuevo para el hombre. Él resucita a los muertos. Esto escapaba realmente de lo prescrito en las ordenanzas de la ley. Mostró compasión por la aflicción y la miseria humanas. La muerte era para el hombre una carga: Jesús le libra de ella. No se trataba solamente de lavar a un israelita leproso, ni de perdonar y curar a los que creían entre Su pueblo; Él restaura la vida a uno que la había perdido. Israel, claro está, se beneficiará de ello, pero el poder necesario para el cumplimiento de esta obra es aquel que hace todas las cosas nuevas dondequiera que se encuentra.

El cambio del cual estamos hablando, y que ilustra tan pictóricamente estos dos ejemplos, es presentado al considerar la relación entre Cristo y Juan el Bautista, el cual manda a indagar acerca del Señor y a aprender de Sus labios acerca de Su identidad. Juan había oído de Sus milagros, y manda a sus discípulos a que indagasen sobre el que los hacía. Naturalmente, el Mesías, en el ejercicio de Su poder, le habría librado de la prisión. ¿Era Él el Mesías? ¿O tenía Juan que esperar a otro? Tenía fe sobrada para depender de esta respuesta dada por Aquel que hacía estos milagros; pero encerrado en prisión, su mente deseaba algo más positivo. Esta circunstancia, ocasionada por Dios, da lugar a que se detalle una explicación respecto a la posición de dependencia de Juan y de Jesús. El Señor no recibe aquí testimonio de Juan. Éste tenía que recibir a Cristo sobre el testimonio que Él daba de Sí mismo; y ello habiendo tomado una posición que ofendería a aquellos que juzgaban según ideas carnales judías –una posición que requería fe en un testimonio divino, y consecuentemente, rodeada de aquellos en los cuales un cambio moral les capacitaba para apreciar este testimonio. El Señor, en respuesta a los mensajeros de Juan, realiza milagros que demuestran el poder de Dios presente en gracia, y el servicio rendido a los pobres, declarando cuán bienaventurado es aquel que no se avergüenza ante la humilde posición que Él había tomado a fin de poder cumplirlos. Pero Él da testimonio a Juan aunque no vaya a recibir ninguno de él. Juan había atraído la atención del pueblo, y con razón. Él era más que un profeta –había preparado el camino del mismo Señor. No obstante, si él preparó el camino, el completo e inmenso cambio que sería hecho no había sido aún cumplido. El ministerio de Juan, por su misma naturaleza, le situó fuera del resultado de este cambio. Lo precedió para anunciar a Aquel que iba a cumplirlo, cuya presencia introduciría su poder sobre la Tierra. El último, por tanto, en el reino era mayor que él.

El pueblo, el cual había recibido con humildad la palabra enviada por Juan el Bautista, testificó en sus corazones de los caminos y sabiduría de Dios. Aquellos que confiaron en sí mismos, rechazaron los consejos de Dios consumados en Cristo. El Señor, como consecuencia, declara llanamente cuál era su condición. Rechazaron por igual las advertencias y la gracia de Dios. Los hijos de la sabiduría –aquellos en los que obraba la sabiduría de Dios– las reconocieron y dieron gloria a ello. Ésta es la historia del recibimiento, tanto de Juan como de Jesús. La ciencia del hombre denunciaba los caminos de Dios. La calibrada severidad de Su testimonio contra el mal, y contra la condición de Su pueblo, mostró a los ojos del hombre la influencia de un demonio. La perfección de Su gracia, condescendiendo para con los pobres pecadores, y que se presentaba a ellos donde estuvieran, fue la intromisión en el pecado y el darse a conocer por sus adeptos. La justicia autoexcluyente no podía soportar ninguno de los dos. La sabiduría de Dios sería reconocida de aquellos que eran enseñados por ella, y solamente aquellos.

Acerca de estos caminos de Dios hacia el más abyecto de los pecadores, y su resultado, en contraste con este espíritu farisaico, queda demostrado en la historia de la mujer pecadora en la casa del fariseo. Es revelado un perdón que no hace referencia al gobierno de Dios en la Tierra de parte de Su pueblo –un gobierno con el cual estaba relacionada la curación de un israelita bajo la disciplina de Dios–,

sino un perdón absoluto, que conlleva paz para el alma, es ofrecido al más despreciable pecador. No se trata aquí meramente de si era profeta. La justicia propia del fariseo no podía siquiera discernir esto.

Tenemos a un alma que ama a Dios, y mucho, porque Dios es amor –un alma que ha aprendido a amar con respecto a, y por medio de, sus propios pecados, aunque no conociese todavía el perdón, cuando vio a Jesús. Esto es la gracia. Nada más emotivo que la manera en que Jesús muestra la presencia de aquellas cualidades que hicieron a esta mujer mucho más dichosa sin duda –unas cualidades relacionadas con el discernimiento de Su Persona por fe. En esta mujer se hallaba un entendimiento divino de la Persona de Cristo, no razonado mediante doctrina, sino sentido en su resultado dentro de su corazón, con un profundo pesar de su pecado, humildad y amor por aquello que era bueno, devoción por Aquel quien era bueno. Todo ello reveló un corazón donde reinaban sentimientos propios de una relación con Dios –que manaban de Su presencia revelada en el corazón, porque Él se le había dado a conocer. Éste, sin embargo, no es lugar para detenerse en ellos, ya que es importante remarcar aquello que tiene un valor moral mayor, cuando hay que manifestar lo que es realmente el perdón gratuito, que el ejercicio de la gracia de parte de Dios produce –cuando se recibe en el corazón– sentimientos correspondientes a ello mismo, y que nada más puede producir; y que estos sentimientos van vinculados con esa gracia y con el sentido del pecado que ésta produce. Despierta una plena conciencia del pecado, pero siempre en relación con el sentido de la bondad de Dios, creciendo los dos sentimientos proporcionalmente. La cosa nueva, la gracia soberana, sólo puede producir estas cualidades, las cuales responden a la naturaleza misma de Dios, cuyo carácter ha aprendido a conocer el corazón, y con quien está en comunión; y todo ello mientras juzga el pecado como conviene en la presencia de un Dios así.

Se verá que ello está relacionado con el conocimiento mismo de Cristo, quien es la manifestación de este carácter; la verdadera fuente por gracia del sentimiento de este corazón quebrantado; y también que el conocimiento de su perdón viene después²³. Es la gracia –es Jesús mismo, Su Persona– la que atrae a esta mujer y produce el efecto moral. Ella se marcha en paz al comprender el significado de la gracia en el perdón que Él pronunció. Y el perdón mismo fortaleció su mente en que Jesús era todo para ella. Si Él la perdonó, ella estuvo satisfecha. Sin que ella lo tomase como medida justificadora, fue Dios quien se reveló a su corazón. No fue la aprobación ni el juicio que otros podrían formarse acerca del cambio producido en ella. La gracia había tomado esta posesión de su corazón –la gracia personificada en Jesús–, Dios fue manifestado a ella, de manera que Su beneplácito en gracia, Su perdón, conllevaban todo. Si Él estaba satisfecho, ella también. Ella lo tenía todo al atribuir esta importancia a Cristo. La gracia se satisface en bendecir, y el alma que concede la suficiente importancia a Cristo se conforma con la bendición que es otorgada. ¡Qué sorprendente es la solidez con la que la gracia se reafirma, sin amedrentarse frente al juicio humano que la rehuye! Toma sin vacilar la parte del pobre pecador a quien ha tocado. El juicio del hombre sólo demuestra que ni conoce ni aprecia a Dios en la más perfecta manifestación de Su naturaleza. Para el hombre, con toda su ciencia, no es más que un pobre platicador que se engaña al hacerse pasar por un profeta, y por quien no merece la pena derrochar un vaso de agua para sus pies. Para el creyente, es el amor perfecto y divino, una paz perfecta si es que tiene fe en Cristo. Sus frutos no están todavía ante el hombre, sino ante Dios, si es que Cristo es apreciado. Y aquel que le aprecia no piensa en sí mismo ni en sus frutos –excepto en los malos–, sino en Aquel que fue el testimonio de la gracia a su corazón cuando no era más que un pecador.

Ésta es la cosa nueva –la gracia, y sus frutos en su perfección: el corazón de Dios manifestado en gracia y el corazón del hombre pecador respondiendo a ello por gracia, habiendo asimilado, o mejor dicho, habiendo sido asimilado por la perfecta manifestación de aquella gracia en Cristo.

Capítulo 8

El Señor define la sustancia y el efecto de Su ministerio; y especialmente, no lo dudo, su efecto entre los judíos.

Grande como fuese la incredulidad, Jesús continuaba Su obra hasta el final, y aparecían los frutos de la misma. Predicaba las buenas nuevas del reino. Sus discípulos –el fruto, y los testigos por gracia, en su medida, de igual modo que Él mismo, de Su poderosa Palabra– le acompañaban; y otros frutos de esta misma Palabra, testigos también por su propia liberación del poder del enemigo, y por el afecto y devoción que fluían de ahí por gracia –una gracia que actuó también en ellos, conforme al amor y dedicación vinculados a Jesús. Aquí las mujeres tienen un buen lugar. La obra prosperó y se consolidó, la cual es caracterizada por sus resultados.

El Señor explica su verdadera naturaleza. No tomó posesión del reino, no buscó ningún fruto, sino que sembró el testimonio de Dios a fin de producir fruto. Esto, de manera sorprendente, es aquella cosa completamente nueva. La Palabra fue su semilla. Además, fueron solamente los discípulos –quienes seguían y se vinculaban a Su Persona, por gracia y en virtud de la manifestación del poder y la gracia de Dios en Su Persona– a quienes les fue dado comprender los misterios, los pensamientos de Dios, revelados en Cristo, de este reino que no se establecía manifestamente por poder. Aquí el remanente está claramente diferenciado de la nación. A los «otros», era en parábolas, para que no pudieran entender. Para lo contrario, el Señor debía ser recibido moralmente. Esta parábola aquí no va acompañada de otras. Ella sola marca la posición. La advertencia, la cual ya consideramos en Marcos, es añadida. Finalmente, la luz de Dios no se manifestó, a fin de quedarse oculta. Asimismo, todo debería ser manifiesto. Entonces, ellos tenían que mirar cómo escuchaban, puesto que si poseían aquello que escuchaban, recibirían más: de otro modo, incluso lo que tenían les iba a ser quitado.

El Señor pone un sello sobre este testimonio, esto es, que la cosa en cuestión era la Palabra, la cual atraía a Él y a Dios a aquellos que tenían que disfrutar la bendición; y que la Palabra era la base de toda relación con Él mismo, declarando, cuando le hablaban de Su madre y hermanos sobre con quienes estaba emparentado en Israel según la carne, que no reconocía a otros sino a aquellos que oían y obedecían la Palabra de Dios.

Además del evidente poder manifestado en Sus milagros, los relatos que vienen a continuación –hasta el final del capítulo 8– presentan diferentes aspectos de la obra de Cristo, y de Su recibimiento, así como de sus consecuencias.

Primeramente, el Señor –aunque parece ser que no se da por aludido– está asociado con Sus discípulos en las dificultades y tormentas que les rodean, pues se hallan embarcados a Su servicio. Vimos que Él reunió a los discípulos alrededor Suyo; y ellos están dedicados a Su servicio. Por lo que hace al poder humano que intentaba denigrarlo, estaban ante peligros inminentes. Las olas parecían prestas a engullirlos. Jesús, a los ojos de ellos, no se inmuta en lo más mínimo, pues Dios había permitido ese ejercicio para la fe. Se hallaban allí por causa de Cristo, y con Él. Cristo está con ellos, y Su poder, por causa del cual también están ellos en la tormenta, está allí para protegerlos. Están unidos a Él en la misma embarcación. Si el perecer dependía de ellos, estaban asociados en los consejos de Dios con Jesús, y Su presencia era su salvaguarda. Él permitió la tormenta, pero estaba en Persona dentro de la barca. Cuando se despertara y se manifestase a ellos, todo sería solaz.

En la curación del demoníaco, en la región de los gadarenos, tenemos una escena animada de lo que sucedía.

En cuanto a Israel, el remanente –pese al poder del enemigo– es liberado. El mundo suplicó a Jesús que se fuera, deseando la tran-

quilidad, el cual estaba más en desazón en presencia del poder de Dios que ante una legión de demonios. El hombre que fue curado –el remanente– estuvo dispuesto a quedarse con Él, pero el Señor le manda marcharse –al mundo del que había salido Él mismo–, para testificar de la gracia y del poder de que había sido objeto.

El ható de cerdos, sin lugar a dudas, nos presenta la carrera de Israel hacia su destrucción, tras el rechazo del Señor. El mundo se acostumbra al poder de Satanás –por doloroso que sea verlo actuar en ciertos casos–, pero nunca al poder de Dios.

Las dos historias siguientes presentan el resultado de la fe, y la necesidad real con la que tiene que ver la gracia al suplirla. La fe del remanente busca a Jesús para conservar la vida de aquello que estaba presto a morir. El Señor le responde presentándose Él mismo para tal fin. En el camino –era allí donde Él estaba, y, para la liberación final, todavía continuaría allí–, en medio de la muchedumbre que le rodeaba, la fe le toca. La pobre mujer tenía una enfermedad que ningún medio humano a su disposición podía sanar. Pero el poder se halla en el Hombre, Cristo, saliendo de Él para la curación del hombre allí donde existía la fe, mientras esperaba el cumplimiento final de Su misión sobre la Tierra. Tras ser curada, confiesa a Cristo su condición y todo lo que le había sucedido: y de esta manera, mediante el resultado de la fe, se rinde un testimonio de Cristo. Es manifestado el remanente, la fe los distingue de la multitud, pues su condición era el fruto del poder divino en Cristo.

Este principio se aplica a la curación de cada creyente, y, consecuentemente, a la de los gentiles, como arguye el apóstol. El poder curativo está en la Persona de Cristo; la fe –por gracia y por la atracción de Cristo– se beneficia de ella. No depende de la relación del judío, aunque, en cuanto a ella, él fue el primero en beneficiarse. Era una cuestión de lo que había en la Persona de Cristo, y de la fe en el individuo. Si hay fe en el individuo, este poder actúa; se marcha en paz, curado por el poder de Dios mismo.

Pero de hecho, si consideramos de pleno la condición humana, no era la enfermedad solamente el problema, sino la muerte. Cristo, antes de la plena manifestación del estado del hombre, suplió ambas, por así decirlo, en el camino. Pero, como en el caso de Lázaro, esta manifestación fue consentida; y para la fe, tuvo lugar en la muerte de Jesús. Así, aquí se permite que la hija de Jairo muera antes de la llegada del Cristo; pero la gracia vino para resucitarla de los muertos con el poder divino que podía sólo hacer así; y Jesús, al consolar al pobre padre, le ordena no temer, sino sólo creer, para que su hija se restableciera. Es la fe en Su Persona, en el poder divino que está en Él, en la gracia que viene a ejercerlo, y la cual obtiene gozo y libertad. Jesús no busca a la multitud; la revelación de este poder es sólo para el consuelo de aquellos que sienten la necesidad del mismo, y para la fe de los que están verdaderamente vinculados a Él. La multitud sabe, como es natural, que la chica está muerta; la lloran, y no comprenden el poder de Dios que puede resucitarla. Jesús devuelve a sus padres a la niña cuya vida restableció. De la misma manera sucederá con los judíos al final, en medio de la incredulidad de la mayoría. Entretanto, por la fe podemos adelantarnos a este gozo, convencidos de que es nuestro estado por gracia; nosotros vivimos, de modo que para nosotros solamente es en relación con Cristo en el cielo, las primicias de una nueva creación.

Con respecto a Su ministerio, Jesús permanece callado. Debía ser recibido conforme al testimonio que Él dio a la conciencia y al corazón. Aquí abajo, este testimonio no se había terminado totalmente. Veremos Sus últimos esfuerzos con el corazón incrédulo del hombre en la sucesivos capítulos.

Capítulo 9

El Señor encomienda a los discípulos la misma misión en Israel que Él cumplió. Predican el reino, sanan a los enfermos y echan fuera a los demonios. Pero esto es dicho de más para que su obra tome el carácter de una misión final, no que el Señor hubiera cesado de obrar, pues Él también envió a los setenta, sino final en el sentido en que devenía un testimonio definido contra el pueblo si éste lo rechazaba. Los doce tenían que sacudirse el polvo de su calzado tras dejar las ciudades que los rechazarían. Esto es obvio en el punto que hemos llegado en el Evangelio. Se repite, con una fuerza aún mayor, en el caso de los setenta. Hablaremos de ello en el capítulo donde se narra su cometido. La misión de ellos viene después de la manifestación de Su gloria a los tres discípulos. Pero mientras el Señor estuviera allí, continuaba Su ejercicio de poder en misericordia, pues fue lo que personalmente Él era aquí, y una bondad soberana en Él que estaba por encima de todo el mal con que se hallaba.

Siguiendo con nuestro capítulo, lo que viene a continuación del versículo 7 muestra que la reputación de Sus maravillosas obras había llegado a oídos del rey. Israel se quedaba sin excusa. La conciencia, por pequeña que fuera, sintió el efecto de Su poder. El pueblo también le siguió. Apartado con los discípulos, quienes habían regresado de su misión, pronto se ve rodeado por la multitud; de nuevo su siervo en gracia en medio de su acusada incredulidad, les predica y cura a todo el que lo necesitaba.

Pero les iba a dar una prueba palpable del poder divino y de la presencia que se hallaba entre ellos. Se dijo que en el tiempo de la bendición de Israel de parte del Señor, cuando hicieran florecer el cuerno de David, Él satisfaría a los pobres con pan. Jesús lo hace ahora. Pero aún hay más que eso aquí. Hemos visto en todo este Evangelio que Él ejerce este poder en Su humanidad, por la inconmensurable energía del Espíritu Santo. De ello se desprende una bendición maravillosa para nosotros, otorgada conforme a los consejos soberanos de Dios mediante la perfecta sabiduría de Jesús al escoger Sus instrumentos. Aquí tenemos a los discípulos como instrumentos. No obstante el poder que lo realiza, todo es de Él. Los discípulos no ven más allá de lo que sus ojos saben apreciar. Pero si Aquel que los alimenta es Jehová, siempre toma el lugar en dependencia de la naturaleza que ha asumido. Se retira con Sus discípulos, y allí, apartado del mundo, ora. Igual que en los dos extraordinarios casos²⁴ del descenso del Espíritu Santo, y la selección de los doce, aquí también Su oración es la ocasión de que se manifestara Su gloria –una gloria que era propiamente de Él, pero que el Padre le dio como Hombre, en relación con los sufrimientos y la humillación, la cual, en Su amor, padeció voluntariamente.

La atención del pueblo estaba exacerbada, pero no tanto como para sobreponerse a las humanas especulaciones formadas en la mente con respecto al Salvador. La fe de los discípulos reconoció sin vacilar al Cristo en Jesús. Pronto dejaría de ser proclamado como tal, pues el Hijo del Hombre tenía que sufrir. Había consejos más importantes y una gloria más excelente que la del Mesías, y que se habían de cumplir, pero no sin el sufrimiento que a través de las pruebas humanas tenían que compartir con Él los discípulos. Si perdían su vida por Él, la ganarían, pues el seguir a Jesús comportaba la salvación eterna del alma, y no meramente el reino. Además, Aquel que ahora era rechazado volvería en Su propia gloria, esto es, como Hijo del Hombre –el carácter que Él toma en este Evangelio– en la gloria del Padre, pues Él era el Hijo de Dios, y en la de los ángeles como Jehová el Salvador, tomando el lugar sobre ellos, pero como Hombre. Era digno de todo esto, porque Él los creó. La salvación del alma, la gloria de Jesús reconocida conforme a Sus derechos, todo era para advertencia de que le confesaran mientras era rechazado y menospreciado. Ahora bien, para fortalecer la fe de aquellos a quienes Él haría columnas, y a través de ellos la fe de todos, Él anunció que algunos, antes de gustar la muerte –no tendrían que esperar la muerte, en la que se iba a sentir el valor de la vida eterna, ni el regreso de Cristo–, verían el reino de Dios.

En consecuencia a esta declaración, ocho días después tomó a los tres que más tarde fueron columnas, y subió a una montaña para orar. Allí se transfiguró, apareciendo en gloria y viéndolo los discípulos. Moisés y Elías participaron con Él de esta gloria. Los santos

del Antiguo Testamento tienen parte con Él en la gloria del reino fundamentado sobre Su muerte. Hablan con Él de Su fallecimiento, pues hasta aquí sólo les había hablado de otras cosas. Habían visto establecerse la ley e intentado hacer volver al pueblo hacia ella, para introducir bendición; pero ahora que se trata de esta nueva gloria, todo depende de la muerte de Cristo, y sólo ella. Todo lo demás se desvanece. La gloria celestial del reino y de la muerte están próximas en relación. Pedro ve solamente la introducción de Cristo en una gloria igual a la de ellos, relacionando mentalmente esta última con la que sostenían ellos respecto a un judío, y asociando a Jesús con ella. Es entonces que los dos profetas desaparecen completamente, quedándose Jesús solo. Era Él a quien tenían que oír nada más. La relación de Moisés y Elías con Jesús en la gloria dependía del rechazo de su testimonio por parte del pueblo, al cual ellos se dirigieron.

Pero esto no es todo. La Iglesia, propiamente dicha, no es contemplada aquí. No obstante, la señal de la gloria excelente y de la presencia de Dios se muestran –la nube en la que Jehová habitaba en Israel. Jesús atrae hacia ella a los discípulos como testigos. Moisés y Elías se van, y habiéndoles Jesús acercado más a la gloria, el Dios de Israel se revela como el Padre, reconociendo a Jesús como el Hijo en quien tenía complacencia. Los discípulos le conocen así por el testimonio del Padre, y son asociados con Él, y, por decirlo así, llevados a la relación con la gloria en la cual están el Padre y el Hijo. Jehová se da a conocer como Padre revelando al Hijo. Los discípulos se hallan asociados sobre la Tierra con la morada de gloria, desde la cual, en todo momento, Jehová mismo había guardado a Israel. Jesús estaba allí con ellos, y era el Hijo de Dios. ¡Qué posición! ¡Qué cambio para ellos! Es, de hecho, un cambio de lo excelentísimo del judaísmo hacia la relación con la gloria celestial, obrado en ese momento a fin de hacer nuevas todas las cosas²⁵.

El provecho personal de este pasaje es grande en cuanto que nos revela, de manera extraordinaria, el estado celestial y de gloria. Los santos están en la misma gloria que Jesús, están con Él, conversan familiarmente con Él, de lo que es más querido a Su corazón –de Sus sufrimientos y muerte. Hablan con el sentimiento que emana de las circunstancias que afectan al corazón. Él tenía que morir en la Jerusalén amada, en lugar de recibir el reino. Ellos hablan como si entendieran los consejos de Dios; pues aquella cosa no había tenido aún lugar. Tales son las relaciones de los santos con Jesús en el reino, pues hasta este momento se trata de la manifestación de la gloria como el mundo la verá, con el añadido de que habrá la comunión entre los glorificados y Jesús. Los tres estuvieron en la montaña. Pero los tres discípulos van más lejos, al ser enseñados por el Padre. Les son dados a conocer Sus propios afectos por Su Hijo. Moisés y Elías han dado testimonio de Cristo, y serán glorificados con Él, pero Jesús permanece ahora solo para la Iglesia. Esto es más que el reino, es la comunión con el Padre y con Su Hijo Jesús –no comprendida, seguramente, en ese momento, pero lo es ahora por el poder del Espíritu Santo. Es maravillosa esta entrada de los santos en la gloria excelente, en la Shekinah, la morada de Dios, y a estas revelaciones de parte de Dios por el afecto mostrado a Su Hijo. Esto es más que la gloria. Jesús, sin embargo, es siempre el objeto que llena la escena por nosotros. Observemos asimismo nuestra posición aquí abajo, donde el Señor habla íntimamente de Su muerte a los discípulos, tanto como con Moisés y Elías. Éstos no son más queridos por Él que lo eran Pedro, Santiago y Juan. ¡Dulce y preciosa verdad! Notemos también qué delgado velo existe entre nosotros y lo que es celestial²⁶.

Lo que viene a continuación, es la aplicación de esta revelación al estado de cosas abajo. Los discípulos son incapaces de beneficiarse del poder de Jesús, que ya fue manifestado, para echar fuera a los demonios. Esto hacía justicia a Dios en aquello que se reveló en la montaña sobre Sus consejos, y conduce a la separación del sistema judío para presentar su cumplimiento. Pero esto no es impedimento para la acción de la gracia de Cristo al liberar a los hombres mientras permanecía con ellos, y hasta que el hombre le hubiera rechazado plenamente. Sin fijarse en el vano desconcierto del pueblo, insiste con Sus discípulos sobre Su rechazo y Su crucifixión, llevando este principio a la renunciación del yo y a la humildad que iba a ser depositaria de lo más poco.

El resto del capítulo, desde el versículo 46, el Evangelio nos ofrece los distintos matices de egoísmo y de la carne que están en contraste con la gracia y la devoción manifestadas en Cristo, y que tienden a que el creyente se desvíe de sus propios caminos y se guíe en los Suyos. Los versículos 46 al 48; 49, 50; 51 al 62, respectivamente, presentan ejemplos²⁷ de esto; y, desde el 57 al 62, el contraste entre la voluntad ilusoria del hombre y la eficaz llamada de la gracia; el descubrimiento de que la carne es detestable cuando hay una llamada real, y la negación absoluta de todas las cosas a fin de obedecerla, son las que se presentan a nosotros por el Espíritu de Dios²⁸.

El Señor –respondiendo al espíritu que procuraba engrandecerse con su propia compañía, olvidándose de la cruz–, expresa a los discípulos lo que no ocultaba de Sí mismo, la verdad de Dios, que todos estaban contra ellos, pero que si hallaban alguno que no manifestaba esa postura, estaba definitivamente de su parte. Así de analizadora era la presencia de Cristo para el corazón. La otra razón, presentada en otro lugar, no se repite aquí. El Espíritu, en esta relación, le oculta del punto de vista que estamos considerando. Así rechazado, el Señor no juzga a nadie. No busca venganza, había venido a salvar las vidas de los hombres. Se sometió a los insultos, y se fue a otro lugar. Había quienes desearon servirle aquí abajo, pero no tenía ningún hogar al que llevarlos. Entre tanto, por este mismo motivo, la predicación del reino era lo único en vista para su amor inagotable. Los muertos (para Dios) podían enterrar a sus muertos. Aquellos que eran llamados, los vivos, debían ocuparse con una cosa, con el reino, para dar testimonio de él, y sin mirar atrás, quitándole la urgencia de la tarea la consideración de otros pensamientos. Aquel que había puesto su mano en el arado no debía mirar atrás. El reino, en presencia de la enemistad –la ruina– del hombre, de todo lo que se le oponía, requería del alma que se imbuyera de sus intereses por el poder de Dios. La obra de Dios, en presencia del rechazo de Cristo, demandaba una completa consagración.

Capítulo 10

La misión de los setenta viene en seguida. Una misión importante en su carácter para la continuación de los caminos de Dios.

Este carácter es, de hecho, diferente en algunos aspectos de aquel del principio del capítulo 9. La misión se basa en la gloria de Cristo manifestada en el capítulo 9. Esto, forzosamente, zanja la cuestión de las relaciones de Dios con los judíos de manera más decisiva, pues Su gloria vino después y, en cuanto a Su posición humana, fue el resultado de Su rechazo por la nación.

Este rechazo no se cumplió todavía: esta gloria fue solamente revelada a tres de Sus discípulos, de modo que el Señor aún ejerció Su ministerio entre el pueblo. Pero vemos algunas alteraciones. Él insistía en lo que era moral y eterno, la posición a la cual llevaría a Sus discípulos, el verdadero efecto de Su testimonio en el mundo, y el juicio presto a derramarse sobre los judíos. No obstante, la siega era mucha. Porque el amor, no enfriado por el pecado, veía la necesidad a través de la oposición exterior, pero fueron pocos los que se dejaban tocar por este amor. El Señor de la cosecha solo podía enviar a los verdaderos obreros.

Les anuncia ya el Señor que ellos eran como corderos en medio de lobos. ¡Qué cambio desde la presentación del reino al pueblo de Dios! Tenían que confiar –como los doce– en el cuidado del Mesías presente sobre la Tierra, el que guiaba el corazón con poder divino. Habían de marchar como los obreros del Señor, confesando abiertamente su objeto, no sufriendo por lo que habían de comer, sino poseyendo de Su parte todos los derechos. Plenamente entregados a su obra, no debían saludar a nadie. El tiempo apremiaba. El jui-

cio se acercaba. El remanente se distinguiría por el efecto de su misión, no todavía en juicio, en el corazón. Pero la paz estaría con los hijos de paz. Estos mensajeros ejercían el poder obtenido por Jesús sobre el enemigo, y que Él así podía conferir (y esto era mucho más que un milagro). Tenían que declarar a aquellos a quienes visitaban que el reino de Dios se había acercado a ellos. ¡Importante testimonio! Cuando no se ejecutaba juicio, se precisaba fe para reconocerlo en un testimonio. Si no eran recibidos, debían denunciar a la ciudad, asegurándoles que, tanto si fueron recibidos como no, el reino de Dios se había acercado. ¡Qué testimonio más solemne ahora que Jesús iba a ser rechazado —un rechazo que llenaba la medida de la maldad del hombre! Sería más tolerable para la infame Sodoma en el día que el juicio se ejecutase, que para esa ciudad.

Esto manifiesta claramente el carácter del testimonio. El Señor denuncia²⁹ las ciudades en las que había obrado, y asegura a Sus discípulos que rechazarlos en su misión era lo mismo que rechazarle a Él, y que si le rechazaban a Él, el que le había enviado también era rechazado —el Dios de Israel— el Padre. A su regreso, anunciaron el poder que les había acompañado en su misión. Los demonios se sujetaron a su palabra. El Señor les contesta que, efectivamente, esas señales de poder habían hecho patente a Su mente el completo establecimiento del reino, Satanás lanzado fuera del cielo —un establecimiento del cual esos milagros eran sólo una muestra—; pero que había algo más excelente que ello, en lo que podían gozarse: sus nombres estaban escritos en el cielo. El poder manifestado era real, sus resultados seguros, en el establecimiento del reino; pero algo más empezaba a formarse —amanecía un pueblo celestial que tendría su parte con Él, y el cual la incredulidad de los judíos y del mundo conducía hasta el cielo.

Esto desvela muy claramente la posición que se tomó. Ofrecido el testimonio del reino en poder, dejando a Israel sin excusa, Jesús pasó a otra posición: la celestial. Éste fue el verdadero asunto de regocijo. Los discípulos, no obstante, todavía no lo comprendían. Pero la Persona y el poder de Aquel que tenía que introducirlos a la gloria celestial del reino, Sus derechos al reino glorioso de Dios, habían sido revelados a ellos por el Padre. La ceguera de la soberbia humana, y la gracia del Padre hacia los niños, fueron propicios a Aquel que cumplió los consejos de Su soberana gracia a través de la humillación de Jesús, y que estaban en conformidad con el corazón de quien vino a consumarlos. Además, todas las cosas fueron dadas a Jesús. El Hijo poseía demasiada gloria para ser conocido, salvo por el Padre, que era asimismo conocido sólo por la revelación del Hijo. A Él debían ir los hombres. La raíz de la dificultad al recibirle estribaba en la gloria de Su Persona, la cual era conocida sólo por el Padre, y esta gloria y acción del Padre necesitaban al Hijo mismo para ser reveladas. Todo esto se hallaba en Jesús aquí en la Tierra. Podía explicar a Sus discípulos en privado que, habiendo visto en Él al Mesías y Su gloria, habían visto aquello que los reyes y los profetas desearon en vano ver. El Padre les había sido anunciado, pero no entendieron sino poco. En la mente de Dios, era su porción, comprendida más tarde por la presencia del Espíritu Santo, el Espíritu de adopción.

Podemos destacar aquí el poder del reino otorgado a los discípulos; su gozo en ese momento —por la presencia del mismo Mesías, trayendo consigo el poder del reino que derrocó el del enemigo— de la vista de las cosas de las que hablaron los profetas. Al mismo tiempo, el rechazo de su testimonio y el juicio de Israel entre quienes era dado este testimonio; y, finalmente, la llamada del Señor —mientras se reconocía en la obra de ellos todo el poder que establecerá el reino— para regocijarse, no en el reino así establecido sobre la Tierra, sino en esa gracia soberana de Dios que, en Sus consejos eternos, les había garantizado un lugar y un nombre en el cielo, relacionado todo con el rechazo de ellos sobre la Tierra. La importancia de este capítulo es evidente en este punto de vista. Lucas introduce constantemente la mejor parte, e invisible, de un mundo celestial.

La extensión del dominio de Jesús en relación con este cambio, y la revelación de los consejos de Dios que lo acompañaban, nos son dados en el versículo 22, así como el descubrimiento de las relaciones y la gloria del Padre y del Hijo; y al mismo tiempo también la gracia mostrada a los humildes conforme al carácter y los derechos de Dios el Padre mismo. Más tarde hallamos la continuación del cambio en cuanto al carácter moral. El maestro de la ley deseaba saber las condiciones de la vida eterna. Esto no es el reino, ni el cielo, sino una parte de la manera judía de comprender acerca de las relaciones del hombre con Dios. La posesión de la vida fue propuesta por los judíos por medio de la ley. Se había descubierto, por progresos escriturales subsiguientes a la ley, que se trataba de la vida eterna, la cual ellos, al menos los fariseos, vinculaban a la observancia de la ley —una cosa que poseían los glorificados en el cielo, los bienaventurados en la Tierra durante el milenio, la cual nosotros poseemos ahora en vasijas de barro; la cual cosa la ley, interpretada por conclusiones extraídas de los libros proféticos, proponía como el resultado de la obediencia³⁰. «El hombre que haga estas cosas vivirá por ellas».

El intérprete pregunta, pues, lo que debía hacer. La respuesta era sencilla: la ley (con todas sus ordenanzas, ceremoniales, las condiciones todas del gobierno de Dios, y que el pueblo entero había quebrantado, cuya violación condujo al juicio anunciado por los profetas —y que los seguiría el establecimiento, de parte de Dios, del reino en gracia)— la ley, como digo, contenía el germen de la verdad en este sentido, expresando con distinción las condiciones de vida, si el hombre tenía que gozarla conforme a la justicia humana —justicia obrada por él, por la cual viviría. Estas condiciones se resumían en pocas palabras: amar a Dios perfectamente, y al prójimo como a uno mismo. Después de dar el intérprete este sumario, el Señor lo acepta y repite las palabras del Legislador: «Haz esto, y vivirás». Pero el hombre no lo hizo, y es consciente de ello. En cuanto a Dios, aquél está alejado, pues el hombre se aparta de Él con facilidad. Le rendirá unos cuantos servicios en apariencia, y se jactará de ellos. Pero acercándose el hombre, su egoísmo le hace comportarse conforme a la interpretación de esta norma, la cual, si se observara, haría su felicidad —convertir este mundo en una clase de paraíso. La desobediencia a ella se repite constantemente en las circunstancias de cada día, lo cual precipita este egoísmo. Todo lo que le rodea —sus vínculos sociales— hacen al hombre consciente de las violaciones de estos preceptos, aunque el alma misma no se sienta turbada por ello. Aquí el corazón del intérprete se delata a sí mismo. ¿Quién, pregunta, es mi prójimo?

La contestación del Señor exhibe el cambio moral que ha tenido lugar por la introducción de la gracia —mediante la manifestación de esta gracia en el hombre, en Su propia Persona. Nuestras relaciones los unos con los otros, son ahora medidas por la naturaleza divina en nosotros, y esta naturaleza es amor. El hombre bajo la ley se medía por la importancia que se daba a sí mismo, lo contrario siempre del amor. La carne se jactaba de una proximidad a Dios que no era real, que no pertenecía a Su naturaleza. El sacerdote y el levita pasan de largo por el otro lateral. El samaritano, pese a serlo, no preguntó quién era su prójimo. El amor que había en su corazón le decía que el prójimo eran todos los que tenían necesidad. Esto es lo que Dios mismo hizo en Cristo; pero después, las diferencias legales y carnales desaparecieron ante este principio. El amor que actuaba según sus propios impulsos halló la ocasión de ejercitarse frente a la necesidad presentada delante de él.

Aquí termina esta parte de los discursos del Señor. Un nuevo tema comienza en el versículo 38.

A partir de aquí, hasta el final del versículo 13 en el capítulo 11, el Señor desvela a Sus discípulos los dos grandes conductos de bendición: la Palabra y la oración. En relación con la Palabra, hallamos la energía que se sujeta al Señor a fin de recibirla de Él mismo, y que deja todo para escuchar Su Palabra, porque el alma queda prendada de las comunicaciones de Dios en gracia. Podemos señalar

que estas circunstancias están relacionadas con el cambio que se obró en aquel momento solemne. La recepción de la Palabra se apoyó de las atenciones debidas al Mesías, solicitadas por la presencia de un Mesías sobre la Tierra. Pero viendo la condición en que estaba el hombre –pues éste rechazó al Salvador– necesitaba la Palabra, y Jesús, en Su amor perfecto, no prefiere nada más. Para el hombre y para la gloria de Dios sólo era necesaria una cosa, y esta es la que Jesús desea. En cuanto a Él, se hubiera marchado sin ninguna de estas cosas. Pero Marta, aunque afectuosa con el Señor, sin duda correctamente, muestra no obstante cuánto individualismo hay inherente en esta clase de cuidados, pues no le gustaba tener que ocuparse de todo.

Capítulo 11

La oración que enseñó a Sus discípulos se refiere también a la posición en la que entraron antes del don del Espíritu Santo³¹. Jesús mismo oró como el Hombre obediente sobre la Tierra. Todavía no recibió la promesa del Padre a fin de derramarla sobre Sus discípulos, y no pudo hacerlo hasta ascender al cielo. Éstos, sin embargo, están en relación con Dios como Padre de ellos. La gloria de Su nombre, la venida de Su reino tenían que mantener ocupados sus primeros pensamientos. Dependían de Él para su pan diario. Necesitaban ser perdonados, y guardados de la tentación. La oración contenía el deseo de un corazón sincero ante Dios, la necesidad corporal depositada al cuidado de su Padre; la gracia requerida para su camino cuando pecasen, y a fin de que no se manifestase su carne y fueran salvados del poder del enemigo.

El Señor insiste luego sobre la perseverancia, sobre aquellas peticiones que no fuesen las de un corazón indiferente a los resultados. Les asegura que sus oraciones no serían en vano, y que su Padre celestial les daría el Espíritu Santo a aquellos que lo pidieran. Les sitúa en Su propia relación sobre la Tierra con Dios. Escuchándole, solicitándole como Padre, es el todo en la práctica de la vida cristiana.

Más tarde, las dos grandes armas de Su testimonio son puestas de manifiesto, esto es, la expulsión de los demonios y la autoridad de Su Palabra. Él manifestó el poder que echaba a los demonios, pero ellos lo atribuyeron al príncipe de los demonios. Sin embargo, Él ató al hombre fuerte y despojó sus bienes, probando con ello que el reino de Dios había evidentemente venido. En un caso como éste, habiendo venido Dios para liberar al hombre, todo tomaba su verdadero lugar: o bien todo era del diablo, o del Señor. Además, si el espíritu inundo saliese y Dios no estuviese allí, volvería con otros más impíos que él; y el postrer estado sería peor que el primero.

Estas cosas tenían lugar en aquel momento. Pero no así los milagros. Él proclamó la Palabra. Una mujer, sensiblemente gozosa de tener un hijo como Jesús, declara ante todos el valor de poseer tal relación de madre con Él en la carne. El Señor traslada esta bendición, como hizo en el caso de María, a aquellos que oían y guardaban Su palabra. Los ninivitas habían oído a Jonás, la reina de Saba a Salomón, sin siquiera haberse obrado un milagro, y uno mayor que Jonás estaba ahora entre ellos. Había dos cosas ahí –el testimonio llanamente exhibido (vers. 33) y los motivos que gobernaban a aquellos que lo escuchaban. Si fue presentada la verdad perfecta conforme a la ciencia de Dios, fue el corazón el que la rechazó. El ojo era malo. Las nociones y motivos de un corazón alejado de Dios sólo hacían que oscurecerlo. Uno que tuviera nada más un objeto, Dios y Su gloria, estaría lleno de luz. Además, la luz no se manifiesta sin más, sino que ilumina todo alrededor. Si la luz de Dios estuviera en el alma, estaría llena de ella y sin una sombra.

Versículos 37-52. Invitado a la casa del fariseo, juzga la condición de la nación y la hipocresía de su pretendida justicia, metiendo Su dedo en la paredes blanqueadas y en su codicia interior y egoísmo, en la opresividad de la ley causada sobre otros mientras olvidaban ellos cumplirla los primeros, anunciando la misión de los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento, el rechazo de los cuales comportaría el colmo de la medida de la iniquidad de Israel y pondría bajo prueba final a aquellos que hipócritamente construyeron las tumbas de los profetas cuyos padres habían matado. Y entonces toda la sangre, con respecto a la cual Dios ejercitaba Su paciencia enviando testimonios a iluminar al pueblo, vertida a causa de aquellos testimonios, sería demandada finalmente de manos de los rebeldes. Las palabras del Señor no hicieron más que despertar la malicia de los fariseos, quienes procuraban cogerle en lo que decía. En una palabra, tenemos por una parte la palabra del testimonio puesta de relieve, en lugar del Mesías cumpliendo las promesas; y por otra, el juicio de una nación que había rechazado ambas cosas, y que rechazaría también aquello que les sería enviado para hacerles regresar.

CAPÍTULO 12

El capítulo ubica a los discípulos en este lugar de testimonio por el poder del Espíritu Santo, y con el mundo en oposición a ellos, después de la partida del Señor. Se trata de la Palabra y del Espíritu Santo, en vez del Mesías sobre la Tierra. No habían de temer el enfrentamiento, ni habían de confiar en ellos mismos, sino en Dios para descansar en Su ayuda para que el Espíritu Santo les enseñara lo que decir. Todas las cosas serían desveladas. Dios llega al alma, el hombre sólo puede tocar el cuerpo. Aquí, todo lo que escapa a las promesas presentes, la relación del alma con Dios, es puesto en primer término. Se trata de la salida del judaísmo para estar ante Dios. Su llamamiento tenía que manifestar a Dios en el mundo a pesar de todo –manifestarle a la fe antes de que todas las cosas fuesen manifiestas. Podría costarles la vida delante de los hombres, pero Jesús los confesaría delante de los ángeles. Es la introducción de los discípulos en la luz como Dios está en ella, y el temor de Dios por la Palabra, y fe, cuando el poder del enemigo estuviese presente. Todo este mal, efectuado aun en secreto, sería traído a la luz.

No solamente esto. La blasfemia contra el testimonio dado sería, en su caso, peor que la blasfemia de Cristo. Esto podría ser perdonado –y lo ha sido y lo será al fin para los judíos como nación; pero quienquiera que hablara blasfemamente contra el testimonio de los discípulos, blasfemaba contra el Espíritu Santo. No sería perdonado. El Señor dirige el corazón de ellos así como con su conciencia. Les anima con tres cosas: la primera, con la protección de Aquel que contaba los cabellos de su cabeza, a costa de las pruebas por las que tuviera que pasar su fe; en segundo lugar, el hecho de que en el cielo y ante los ángeles, su fidelidad a Cristo en esta dolorida misión sería reconocida por Él; y en tercer lugar, la importancia de su misión, siendo el rechazo de ella mucho más condenable que el rechazo de Cristo mismo. Dios había dado un paso, uno final, en Su gracia y testimonio. Traer a la luz todas las cosas, el cuidado de Dios, confesados por Dios en el cielo, el poder del Espíritu Santo con ellos –éstos son los motivos y los ánimos dados aquí a los discípulos para su misión, después de la partida del Señor.

Lo que sigue después marca intensamente la posición en la que fueron situados los discípulos, conforme a los consejos de Dios, por el rechazo de Cristo (vers. 13). El Señor rehúsa formalmente ejecutar justicia en Israel. Éste no era Su lugar. Él trata con las almas, dirigiendo su atención a otra vida que sobrepasa la actual; y, en lugar de dividir la herencia entre los hermanos, advierte a la multitud que se guardara de la codicia, y los instrúa por la parábola del hombre rico, el cual fue repentinamente llamado de en medio de sus proyectos. ¿Y qué fue de su alma?

Habiendo establecido esta base general, vuelve con Sus discípulos y les enseña los grandes principios prácticos que tenían que dirigir su caminar. No debían pensar en el mañana, sino confiar en Dios; no podían dominar el mañana. Si buscaban el reino de Dios, todo lo demás les sería añadido. Ésta fue su posición en el mundo que le rechazó a Él. Pero a parte de eso, el corazón del Padre se interesaba por ellos: no habían de temer. Extranjeros y peregrinos, debían atesorar en el cielo, y así su corazón estaría también allí³². Asimismo, tenían que esperar al Señor. Tres cosas debían gobernar su alma: que el Padre les daría el reino, poner el tesoro del corazón en el cielo, y la esperanza del regreso del Señor. Hasta que Él viniera, se les pedía que velasen —que tuvieran sus lámparas encendidas, manifestando toda su posición el resultado de la constante espera del Señor—, todo lo cual expresaría esta esperanza. Tenían que comportarse como hombres que le esperaban a Él, con sus lomos ceñidos, y en ese caso, cuando todo fuera conforme al corazón del Señor, restablecido por Su poder, y ellos introducidos en la casa del Padre, Él les invitaría a sentarse y a Su vez se ceñiría para servirlos.

Es muy importante llamar la atención del lector sobre este punto, que lo que el Señor busca aquí no es el sostenimiento, aunque así debe ser, de la venida del Señor al fin del siglo, sino que el cristiano esté esperándole, profesando plenamente a Cristo, y su corazón en orden. A éstos el Señor hará que se sienten como convidados, pero para siempre, en la casa de Su Padre donde Él los ha llevado, y en amor les ministrará la bendición. Este amor hará las bendiciones diez mil veces más preciosas, recibidas todas ellas de Su mano. El amor se goza en servir, el egoísmo en ser servido. Pero Él no vino para ser servido. Ésta es la clase de amor a la que Él nunca renunciará. Nada puede ser más exquisito que la gracia expresada en estos versículos 35 y 37³³.

En la pregunta de Pedro, deseoso de saber a quiénes eran dirigidas estas instrucciones, el Señor le refiere la responsabilidad de aquellos a los que Él encomendó obligaciones durante Su ausencia. Así, tenemos las dos cosas que caracterizan a los discípulos tras el rechazo de Cristo —la esperanza de Su regreso, y el servicio. La espera, la vigilancia que aguarda con los lomos ceñidos para recibirle, halla su recompensa en el reposo y en la fiesta —la felicidad ministrada por Él—, en los que Jesús se ceñió para servirlos. La fidelidad en el servicio, poseyendo el dominio sobre todo lo que pertenece al Señor de gloria. Hemos visto, a parte de estas relaciones especiales entre el caminador de los discípulos y su posición en el mundo venidero, la verdad general de la negación del mundo en el cual el Salvador fue rechazado, y la posesión del reino por el don del Padre.

En lo que dice Él seguidamente acerca del servicio de aquellos que llevan Su nombre durante Su ausencia, el Señor también señala a aquellos que estarán en esta posición pero que serán infieles, caracterizando así a los que, mientras públicamente ejercían el ministerio en la Iglesia, tendrían su parte con los incrédulos. El secreto del mal que caracteriza su incredulidad se hallaría en que sus corazones tendrían por tardanza el retorno de Jesús, en lugar de desearlo y apresurarlo sus aspiraciones, y sirviendo con humildad con el deseo de ser hallados fieles. Éstos dirán que Él no viene inmediatamente, y en consecuencia harán su propia voluntad, acomodándose al espíritu del mundo y asumiendo la autoridad sobre sus consiervos. ¡Qué escena la que ha tenido lugar! Pero su Maestro —porque Él lo era, aunque ellos no le hayan servido de veras— vendría en el momento que no esperaban, y como un ladrón de noche. Y aunque hubieran profesado ser Sus siervos, tendrían su parte con los incrédulos. No obstante, habría una diferencia entre los dos; pues el siervo que conociera la voluntad de su Maestro, pero no se preparaba para Él como resultado de sus esperanzas, ni realizaba la voluntad del propio Maestro, sería severamente castigado. Mientras que aquel que no poseía el conocimiento de Su voluntad, sería castigado con menos rigor. He añadido la palabra «propio» junto a «Maestro», según el original, lo cual significa una relación reconocida con el Señor, y sus subsiguientes obligaciones. El otro ignoraba la voluntad explícita del Señor, pero cometió el mal que de ningún modo debiera haber hecho. Es la historia de los siervos verdaderos y falsos de Cristo, de la Iglesia profesante, y del mundo en general. Pero no puede existir un testimonio más solemne de lo que produjo infidelidad dentro de la Iglesia, y la condujo a su ruina y al juicio venidero, esto es, el abandono de la esperanza presente de la venida del Señor.

Si van a ser pedidas cuentas a las personas según hayan actuado con sus prerrogativas, ¿quién de ellas será tan culpable como aquellas que se llaman a sí mismas ministros del Señor, si no le sirven mientras esperan Su regreso?

El Señor, no obstante rechazado, había venido a traer conflicto y fuego sobre la tierra. Su presencia encendía este fuego incluso antes de Su rechazo, en el bautismo de muerte por el cual tenía que pasar Él; esto fue cumplido. No fue, sin embargo, hasta después de esto que Su amor tuvo completa libertad para mostrarse en poder. Así Su corazón, el cual todavía era amor conforme a la infinitud de la Deidad, fue constreñido hasta que la expiación dejó que actuara libremente, con la consumación de todos los propósitos de Dios, en la cual Su poder había de manifestarse conforme a ese amor, que requería absolutamente esa expiación como la base de la reconciliación de todas las cosas en el cielo y en la tierra³⁴.

Versículos 51-53. Él muestra detalladamente las divisiones que resultarían de Su misión. El mundo no soportaría la fe en el Salvador más de lo que Éste soportaba al mundo, quien era su objeto y el motivo de su confesión. Estará bien si nos fijamos aquí en cómo sacaba el mal la presencia del Salvador del corazón humano. El estado descrito aquí está en Miqueas, una descripción sobre el estado más horrendo del mal jamás concebido (Miqueas 7:1-7).

Luego se dirige Él al pueblo para prevenirlos sobre las señales propias de los tiempos en que vivían. Él basa este testimonio sobre un terreno doble: los signos evidentes que Dios daba, y las pruebas morales que, incluso sin las señales, la conciencia debía reconocer y que los obligaban así a recibir este testimonio.

Pero siempre ciegos, se hallaban de camino al juez. Y una vez entregados a él, no iban a salir hasta que el castigo de Dios se ejecutara plenamente sobre ellos³⁵ (comparar Isaías 40:2).

CAPÍTULO 13

En este momento, recordaron al Señor acerca de un juicio terrible que había caído sobre alguno de entre ellos. Él les declara que ni este caso, ni otro que Él remite a sus mentes, es excepcional, pues a menos que se arrepintieran lo mismo les sucedería a todos ellos. Y contribuye con una parábola a fin de hacerles comprender su posición. Israel era la higuera en la viña de Dios. Por tres años había estado amenazando con podar la higuera, pues no echaba sino a perder Su viña, contaminando y ocupando el suelo. Pero Jesús estaba intentando todo por última vez para hacer que llevara fruto; si ello no tenía éxito, era asunto de la gracia preparar el camino para el justo juicio del Maestro de la viña. ¿Por qué cultivar lo que sólo perjudicaba?

Sin embargo, Él procede en gracia y en poder para con la hija de Abraham, conforme a las promesas hechas a aquel pueblo, al cual le demuestra que su resistencia, con la que pretendían enfrentar la ley y la gracia, era solamente hipocresía.

El reino de Dios pasaría a asumir una forma inesperada en consecuencia de Su rechazo. Sembrado por la Palabra, y no introducido en poder, crecería sobre la Tierra hasta que deviniera un poder mundano; y, como profesión exterior y doctrina, penetraría la esfera entera preparada para el mismo en los soberanos consejos de Dios. Esto no fue el reino establecido en poder y actuando en justicia,

sino algo dejado a la responsabilidad del hombre aunque los consejos de Dios estuvieran llevándose a cabo.

Finalmente, el Señor retoma, de manera directa, la cuestión de la posición del remanente y de la suerte de Jerusalén (versículos 22-35).

Pasando por las ciudades y pueblos, cumpliendo la obra de gracia pese al menosprecio del pueblo, alguien le preguntó si el remanente, aquellos que escaparían del juicio de Israel, iban a ser muchos. Él no le contesta conforme al número, sino que penetra en la conciencia del formulador instándole a esforzarse para entrar por la puerta estrecha. No sólo no entraría la multitud, sino que la mayoría, despreciando esta puerta, desearía entrar en el reino y no podría. Además, una vez que el Maestro de la casa se hubiera levantado y cerrado la puerta, sería demasiado tarde. Les diría entonces: «No sé de dónde sois». Le alegrarían que Él había estado en sus ciudades. Pero les declararía que no conocía a aquellos hacedores de iniquidad. No había paz para los impíos. La puerta del reino era moral, real ante Dios –la conversión. La multitud de Israel no entraría por esta puerta, y fuera, llorando y angustiados, verían a los gentiles sentándose con los depositarios de las promesas; mientras ellos, los hijos del reino según la carne, iban a ser echados fuera, sintiéndose cuando menos miserables por haberse quedado cerca. Y aquellos que parecían ser los primeros, serán los postreros, y éstos los primeros.

Los fariseos, fingiéndose considerados hacia el Señor, le recomiendan marcharse. En esto, queda referida finalmente la voluntad de Dios en cuanto a la consumación de Su obra. No se trataba de que se cuestionase el poder del hombre sobre Él. Él cumpliría Su obra y después se marcharía, porque Jerusalén no conoció el tiempo de su visitación. El verdadero Señor, Jehová mismo, ¡cuánto hubiera querido agrupar bajo Sus alas a los hijos de esta rebelde ciudad, y no pudo! Este último intento en gracia fue efectuado, y su casa fue desolada hasta que ellos se arrepintieran, y, volviéndose al Señor, dijeran según el Salmo 118 «Bendito el que vienen en el nombre del Señor». Entonces Él se aparecería, y ellos le verían.

Nada hay de más natural que la relación y la fuerza de estas conversaciones. Para Israel fue el último mensaje, la última visitación de Dios. Ellos la rechazaron. Fueron abandonados por Dios –aunque amados– hasta que clamasen al que habían rechazado. En aquel entonces este mismo Jesús se les aparecería otra vez, e Israel le vería. Éste sería el día que el Señor ha hecho.

Su rechazo –aceptando el establecimiento del reino como un árbol y la levadura, durante su ausencia– produjo su fruto entre los judíos hasta el final; y el avivamiento entre esa nación en los últimos días, y el retorno de Jesús en base de su arrepentimiento, hará referencia a aquel gran hecho de pecado y rebelión. Esto nos da más instrucciones importantes con respecto al reino.

CAPÍTULO 14

Unos detalles morales son los que se desarrollan en este capítulo³⁶. El Señor, siendo invitado a comer con un fariseo, vindica Sus derechos de gracia sobre aquello que era el sello del viejo pacto, juzgando la hipocresía que de ninguna manera quebrantaba el sábado, cuando se trataba del interés de ellos. Entonces muestra Él el espíritu de humildad y mansedumbre que convenía al hombre en presencia de Dios, y la unión de este espíritu con amor cuando existía la posesión de privilegios mundanos. Pero un caminar como éste, el cual fue sin duda el Suyo, oponiéndose al espíritu del mundo, haría que el lugar de uno allí fuera confuso; las correspondencias de la sociedad no existirían. Un nuevo día amanecía a través de Su rechazo, y que de hecho fue su consecuencia necesaria –la resurrección de los justos. Arrojados por el mundo fuera de su seno, tendrían su lugar aparte en aquello que el poder de Dios efectuaría. Habría una resurrección de los justos. Luego obtendrían éstos el premio por todo lo que hicieran por amor al Señor y en nombre de Él. Vemos la fuerza con la que esta alusión es hecha a la posición del Señor en aquel momento, resuelto a recibir la muerte en este mundo.

¿Qué sería del reino? Con referencia a él entonces, el Señor da Su perspectiva en la parábola de la gran cena de la gracia (versículos 16-24). Despreciado por la principal parte de los judíos cuando Dios los invitó a entrar, Él se puso a buscar a los menesterosos del rebaño. Pero como había lugar en Su casa, manda a buscar a los gentiles para introducirlos en ella por Su llamamiento, el cual fue dado en poder eficaz cuando no le buscaban. Era la actividad de Su gracia. Los judíos, como tales, no tendrían parte en ella. Pero aquellos que entraran deberían calcular el coste (vers. 25-33). Habría que abandonar todo, y toda atadura que se tuviera con este mundo tendría que deshacerse. Lo que era más querido al corazón, lo más peligroso, debía ser tanto más aborrecido. No significa que los afectos sean malos en sí mismos, sino que al ser rechazado Cristo por este mundo, todo lo que nos une a la Tierra ha de ser sacrificado por Él. Cueste lo que cueste, hay que seguirle a Él, debiendo aprender uno mismo a detestar su propia vida e incluso a perderla, antes que desmayar siguiendo al Señor. Todo se perdería en esta vida natural. La salvación, el Salvador, la vida eterna, estaban en juego. Tomar uno mismo la cruz, por lo tanto, y seguirle a Él, era la única manera de ser Su discípulo. Sin esta fe, mejor es no empezar a edificar nada; y conscientes de que el enemigo es exteriormente más fuerte que nosotros, deberá comprobarse si, pase lo que pase, osaremos, firmes en nuestro propósito, salirle al encuentro con fe en Cristo. Todo lo relacionado con la misma carne es algo con lo que debemos romper.

Asimismo (vers. 34, 35), los discípulos fueron llamados a dar un testimonio peculiar, a testificar del carácter de Dios mismo, cuando Él era rechazado en Cristo, de lo cual la cruz fue la medida exacta. Si los discípulos no eran esto, carecían de todo valor. No eran discípulos en este mundo para un propósito distinto. ¿Ha mantenido la Iglesia este carácter? ¡Solemne pregunta para todos nosotros!

CAPÍTULO 15

Habiendo desarrollado la diferencia de carácter entre las dos dispensaciones, y las circunstancias de la transición de la una a la otra, el Señor vuelve sobre principios más elevados –las fuentes de aquel que fue introducido por la gracia.

Es verdaderamente una discordancia entre las dos, así como los capítulos que hemos examinado. Pero este contraste se eleva a su glorioso origen en la propia gracia de Dios, contrapuesto con la desdichada autojusticia del hombre.

Los publicanos y pecadores se acercan a Jesús. La gracia se dignó mostrarse a aquellos que la necesitaban. La autojusticia refutaba todo que no fuese despreciable como ésta lo era, y a Dios mismo en Su naturaleza de amor. Los fariseos y los escribas murmuraron contra Aquel que fue un testigo de esta gracia cuando la cumplió.

No puedo meditar en este capítulo, que ha sido el gozo de muchas almas, y el tema de tantos testimonios de la gracia, desde el momento en que el Señor lo pronunció, sin explayarme en la gracia perfecta en su aplicación al corazón. No obstante, debo limitarme aquí a grandes principios, dejando su aplicación a aquellos que predicán la Palabra. Esto representa una dificultad que se presenta en todo tiempo en esta porción de la Palabra.

En primer lugar, el gran principio que exhibe el Señor, y sobre el cual fundamenta la justificación de los tratos de Dios –¡triste estado del corazón que los necesita, y maravillosa la gracia y paciencia que los ofrecen!– el gran principio, repito, es que Dios halla Su propio disfrute al mostrarnos gracia. ¡Qué contestación al horrendo espíritu de los fariseos que objetaban contra ella!

Es el Pastor quien se regocija cuando la oveja es hallada, la mujer cuando la pieza de dinero está en su mano, el Padre cuando Su hijo está en Sus brazos. ¡Qué expresión de aquello que Dios es! ¡Qué fielmente queda expresado en Jesús la revelación de ella! Es sobre esto que todas las bendiciones del hombre pueden fundarse solamente. Es en esto que Dios es glorificado en Su gracia.

Pero hay dos partes distintas en esta gracia –el amor que busca, y el amor con que uno es recibido. Las dos primeras parábolas describen el primer carácter de esta gracia. El pastor busca a las ovejas, la mujer su pieza de dinero: la oveja y la pieza de plata son pasivos. El pastor busca –y la mujer también– hasta que encuentran, porque tienen un interés en el asunto. La oveja, agotada en sus descarríos, no tiene que tomarse la molestia de volver. El pastor se la pone sobre los hombros y la lleva a casa. Él se hace cargo de ella, feliz de haberla recuperado. Ésta es la mentalidad del cielo, cualquiera sea el estado del corazón humano sobre esta Tierra. La mujer nos presenta las molestias que debe tomarse Dios en Su amor, de modo que es más la obra del Espíritu la cual es representada en aquella de la mujer. Aparece luz –ella barre la casa hasta que halla la pieza de dinero que había perdido. Así actúa Dios en el mundo, buscando a los pecadores. El odioso y vindicativo celo de la autojusticia no halla ningún lugar en la mentalidad del cielo, donde habita Dios, y que produce en la felicidad que le rodea el reflejo de Sus mismas perfecciones.

Pero aunque ni la oveja ni la pieza de dinero hacen nada para ser recuperadas, existe una obra real en el corazón de alguien que es devuelto. Esta obra, necesaria para el hallazgo o la búsqueda de paz, no es aquella en que pueda basarse la paz. El retorno y el recibimiento del pecador son descritos en la tercera parábola. La obra de gracia, llevada a cabo por el solo poder de Dios, y completa en sus resultados, es presentada a nosotros en las dos primeras. Aquí el pecador regresa con unos sentimientos que vamos a estudiar –producidos por la gracia, pero que no alcanzan nunca la altura de la gracia manifestada en su recibimiento hasta que el pecador ha regresado.

Primeramente, es descrito su enajenamiento de Dios. Mientras que es culpable en el momento de cruzar el umbral paterno, al volver su espalda contra su padre, como cuando comía las algarrobas de los cerdos, el hombre, engañado por el pecado, es presentado aquí en su último estado de degradación al que le había llevado el pecado. Habiendo malgastado todo lo que vino a parar en sus manos de manera natural, la postración en que se halla más tarde –y más de un alma siente la hambruna a la que se ha conducido sola, el vacío flotante exento de deseos de Dios o de santidad, y a menudo lo más degenerativo del pecado–, no se inclina ante Dios, sino que ello le conduce a procurarse recursos que el país de Satanás (donde no es ofrecido nada) puede suplir; y viene a parar en medio de gorrios. Pero la gracia es operativa, y los pensamientos de felicidad de la casa de su padre, y de la bondad que bendecía todo en ella se despiertan en él. Donde obra el Espíritu de Dios, existen siempre dos cosas: convicción en la conciencia y un corazón atraído. Es realmente la revelación de Dios al alma, y Dios es luz y es amor. Como luz, se produce una convicción en el alma, pero como amor hay la atracción de la bondad que genera una confesión verdadera. No se trata meramente de que hayamos pecado, sino que tenemos que vérnoslas con Dios y lo deseamos, pero tememos por causa de lo que Él es. Sin embargo, somos dejados que vayamos a Él. Así ocurre con la mujer del capítulo 7, como con Pedro en la barca. Esto produce en nosotros la convicción de que vamos a perecer, y un débil, pero real, sentimiento de la bondad de Dios, así como de la felicidad que podemos hallar en Su presencia pese a que todavía no nos sintamos seguros de que vamos a ser recibidos. Así, no nos quedamos en el lugar donde hubiéramos perecido. Existe el sentimiento del pecado, de la humillación, de que hay bondad en Dios, pero no el sentimiento de lo que verdaderamente es la gracia de Dios. Esta gracia es atrayente –nos dirigimos a Dios, pero nos satisfaría el ser recibidos como siervos– una prueba de que, aunque el corazón es tocado por la gracia, no ha encontrado todavía a Dios. Este progreso, muy real por cierto, nunca nos dará paz. Hay un cierto alivio de corazón en nuestro retorno, pero no sabemos qué recibimiento esperar después de haber sido culpables de dejar a Dios. Cuanto más se aproximaba el hijo pródigo a la casa, tanto más palpitaba su corazón por el pensamiento de encontrarse con su padre. Pero éste se adelanta a su llegada sin mostrarse como lo hubiera merecido su hijo, sino conforme a su propio corazón de padre –la sola medida de los caminos de Dios para con nosotros. Se echa al cuello de su hijo cuando éste llevaba aún sus andrajos, antes de que pudiera decirle: «Hazme como a uno de tus jornaleros». Quería decirlo un corazón que se anticipaba a la manera en que iba a ser recibido, no el de uno que había encontrado a Dios. Un corazón que ha hallado a Dios sabe cómo ha sido recibido. El hijo pródigo se prepara para expresarse de aquel modo, como lo haría la gente que sostiene un humilde anhelo y un lugar indigno. Pero aunque la confesión queda hecha cuando el hijo llega a casa, no dice luego «Hazme un siervo asalariado». ¿Cómo iba a poder decirlo? El corazón del padre, a raíz de sus sentimientos y de su amor hacia él, decidiría la posición que ocupaba el hijo, y a raíz también del lugar que su corazón le había otorgado con respecto a su hijo. Esto era entre el padre y él, pero no fue todo. Él amaba a su hijo tal como era, pero no lo introdujo en su casa en aquella condición. El mismo amor que lo recibió como hijo haría que fuera introducido en la casa como tal, y como lo merecía el hijo de un padre. Los sirvientes reciben órdenes de traerle la mejor ropa y ponérsela. Así amados y recibidos por amor, en nuestra miseria somos vestidos con Cristo para entrar en la casa. Nosotros no llevamos la ropa, sino que Dios nos la provee. Es una cosa completamente nueva, y devenimos así la justicia de Dios en Él. Éste es el mejor vestido del cielo. El resto de aquella casa participa de la alegría reinante, excepto el hombre orgulloso, el verdadero judío. El gozo es el gozo del padre, pero toda la casa lo comparte. El hijo mayor no está en la casa; se halla cerca, sin querer entrar. No tenemos ninguna relación con la gracia que hace del hijo pródigo el sujeto del gozo de este amor. Sin embargo, la gracia actúa; el padre sale y le ruega que entre. Fue así como Dios actuó, en el Evangelio, para con el judío. Pero la justicia humana, la cual no es otra cosa que egoísmo y pecado, rechaza esta gracia. Pese a ello, Dios no abandonará Su gracia. Es propia de Él. Dios será Dios; y Dios es amor.

Esto es lo que toma el lugar de las pretensiones de los judíos, los cuales rechazaron al Señor, y la consumación de las promesas en Él.

Aquello que da paz, y lo cual caracteriza nuestra posición, no son los sentimientos obrados en nuestros corazones, ciertamente existentes, sino aquellos del mismo Dios.

CAPÍTULO 16

El resultado de la gracia sobre la conducta es presentado, y la diferencia que existe –siendo cambiada la dispensación– entre la conducta que el cristianismo precisa con respecto a las cosas del mundo, y la posición de los judíos en ese aspecto. Ahora bien, esta posición era solamente la expresión de aquello evidenciado por la ley en el hombre. La doctrina así personificada por la parábola, es confirmada en la parabólica historia del hombre rico y Lázaro, la cual quita el velo que ocultaba el más allá, donde se manifiestan los resultados de la conducta del hombre.

El hombre es el mayordomo de Dios –Dios ha encomendado Sus bienes al hombre. Israel es situado en esta posición.

Pero el hombre ha sido infiel; e Israel también lo fue. Dios ha retirado su mayordomía, pero el hombre se halla todavía en posesión de los bienes para administrarlos, cuando menos, de manera factual –como Israel lo estaba en aquel momento. Estos bienes son las

cosas de la Tierra, aquello que el hombre posee según la carne. Habiendo desaparecido su mayordomía a causa de su infidelidad, y estando aún en posesión de los bienes, los utiliza para ganar amigos de los deudores de su maestro haciéndoles bien. Esto es lo que los cristianos deberían hacer con las posesiones terrenales, emplearlas para los demás teniendo en vista el futuro. El criado puede apropiarse para sí el dinero ganado para su maestro, pero prefiere hacer amigos a costa de él –es decir, sacrificando el presente por las ventajas del futuro. Podemos convertir en medios para practicar el amor las miserables riquezas de este mundo. El espíritu de la gracia que llena nuestros corazones –nosotros mismos los objetos de gracia– se ejercita con referencia a las cosas temporales, las cuales utilizamos para otros. Para nosotros es en vista a las moradas eternas. «Para que ellos te reciban» equivale a decir «para que seas recibido» –una forma común de expresarse en Lucas para designar el hecho sin mencionar a las personas que lo realizan, aunque esté ahí la palabra ellos.

Tengamos en cuenta que las riquezas terrenales no son nuestras; las celestiales, en el caso de un verdadero cristiano, sí son tuyas.

Estas riquezas son injustas, en el sentido de que son pertenencias del hombre caído, y no del hombre celestial. No tenían razón de ser cuando Adán vivía en inocencia.

Cuando es alzado el telón para dejar ver el más allá, la verdad es manifestada completamente a la luz. Y el contraste entre la dispensación judía y el cristiano es mostrado con claridad, pues el cristianismo revela aquel mundo, y, en cuanto a sus principios, éstos pertenecen al cielo.

El judaísmo, conforme al gobierno de Dios sobre la Tierra, prometía a los justos bendiciones temporales; pero todo devino un desorden al ser rechazado el Mesías, la cabeza de este sistema. En una palabra, Israel, contemplado bajo responsabilidad para gozar de la bendición terrenal sobre la base de la obediencia, ha fracasado completamente. El hombre en este mundo, no podía de ninguna manera, sobre esa base, ser el canal para el testimonio de los caminos de Dios en gobierno. Vendrá un día de juicio terrenal, pero todavía no ha llegado. Mientras tanto, la posesión de las riquezas no significaba nada mejor que la demostración del favor de Dios. El egoísmo personal y, ¡ay!, la indiferencia hacia un hermano necesitado a su puerta, fue más bien lo que daba matiz a estas posesiones entre los judíos. La revelación nos abre la puerta al más allá, para poder observarlo. El hombre en este mundo está caído, es impío. Si ha recibido sus cosas buenas aquí, sigue teniendo la parte pecaminosa. Será atormentado, mientras que el otro al cual despreció hallará la felicidad en el otro mundo.

No es cuestión a tratar aquí de aquello que nos garantiza la entrada al cielo, sino del carácter y del contraste entre los principios de este mundo y del invisible. El judío escogió este mundo, pero lo perdió, así como el otro también. El pobre al que tanto había despreciado, es hallado ahora en el seno de Abraham. El fundamento de esta parábola es mostrar su relación con el asunto de las esperanzas de Israel, y la idea de que las riquezas eran prueba del favor de Dios –una idea la cual, aunque sea falsa en cada caso, es bastante comprensible si este mundo es la escena de bendición bajo el gobierno de Dios. El asunto de la parábola también es mostrado por lo que hallamos al final de ella. El rico miserable desea que sus hermanos fueran avisados por alguien que hubiera venido de ultratumba. Abraham le declara lo inútil de esta propuesta. Todo había terminado con Israel. Dios no vuelve a presentar a Su Hijo a la nación que le rechazó, la cual menospreciaba la ley y a los profetas. El testimonio de Su resurrección topaba con la misma incredulidad que le había rechazado cuando vivía, así como con los profetas antes de Él. No existe consuelo en el más allá si el testimonio de la palabra a la conciencia es rechazado en este mundo. El abismo no puede ser salvado. Un Señor que regresase no convencería aquellos que menospreciaron la Palabra. Todo está relacionado con el juicio de los judíos, el cual concluiría la dispensación. La parábola anterior demuestra que la conducta de los cristianos debería estar en línea con las cosas temporales. Todo fluye de la gracia, la cual, en amor de parte de Dios, llevó a cabo la salvación del hombre y puso aparte la dispensación legal y sus principios, introduciendo las cosas celestiales.

CAPÍTULO 17

La gracia es la fuente del caminar del cristiano, e imprime una guía para él. El cristiano no puede menospreciar al débil y quedar impune. No debe cansarle perdonar a su hermano. Si tuviera fe como un grano de mostaza, el poder de Dios estaría, por así decirlo, a disposición de él. No obstante, cuando haya hecho todo esto, no habrá hecho sino cumplir con su deber (vers. 5-10). El Señor muestra luego (vers. 13-37) la liberación del judaísmo, el cual Él aún reconocía, y, después de esto, el juicio de éste. Transitaba por Samaria y Galilea: diez leprosos vienen a Él, rogándole desde lejos que los curase. Les manda presentarse a los sacerdotes, lo cual significaba, de hecho, tanto como decir «Estáis limpios». No hubiera tenido sentido declararlos inmundos, y ellos lo sabían. Obedecen la palabra del Señor y se marchan con esta convicción, siendo inmediatamente sanados en el camino. Nueve de ellos, contentos de cosechar el beneficio de Su poder, prosiguen su camino hasta los sacerdotes, y continúan judíos, sin salir del antiguo redil. Jesús, en realidad, todavía reconocía este redil. Pero ellos tan solo le reconocieron para beneficiarse de Su presencia y quedarse donde estaban. No vieron nada de Su Persona, ni se fijaron en el poder de Dios en Él, para que los atrajera. Continuaron siendo judíos. Pero este pobre extranjero –el que hacía diez– reconoce la buena mano de Dios, cayendo a los pies de Jesús y dándole gloria. El Señor le ordena marcharse con la libertad de la fe: «Levántate y prosigue tu camino; tu fe te ha sanado». Ya no necesita ir hasta el sacerdote, pues había hallado a Dios y la fuente de la bendición en Cristo, y marchó liberado del yugo que pronto iba a ser roto judicialmente para todos.

El reino de Dios estaba entre ellos. Para aquellos que lo discernieran, el Rey estaba allí en medio de ellos. El reino no vino de forma que atraía la atención del mundo. Estaba allí para que los discípulos desearan ver uno de aquellos días que habían disfrutado durante el tiempo de la presencia del Señor sobre la Tierra, pero que no verían. Anuncia entonces aquí las pretensiones de los falsos Cristos, habiendo sido rechazado el verdadero Cristo, a fin de que el pueblo fuera presa de las argucias del enemigo. En relación con Jerusalén, iban a correr el riesgo de ser tentados, pero contaban con las enseñanzas del Señor como guía en medio de ellos.

El Hijo del Hombre, en Su día, sería como el relámpago. Pero antes de eso, debía sufrir muchas cosas de parte de los judíos incrédulos. El día sería como aquel de Lot y de Noé: los hombres, sintiéndose a sus anchas, seguirían sus carnales ocupaciones, como aquel mundo sorprendido por el diluvio, y Sodoma y Gomorra por el fuego del cielo. Será la revelación del Hijo del Hombre –Su revelación pública–, repentina y acelerada. Esto se refería a Jerusalén. Siendo así prevenidos, su preocupación era escapar del juicio del Hijo del Hombre, el cual, en el tiempo de Su venida, caería sobre la ciudad que le rechazó, pues este Hijo del Hombre, al cual habían deshonrado, volvería en Su gloria. No debían retroceder, porque significaría dejar el corazón en el lugar a ser juzgado. Mejor perderlo todo, aun el ser, que estar asociado con aquello que iba a ser juzgado. Si lograban escapar y salvar sus vidas a fuerza de ser infieles, el juicio sería el de Dios, y Él sabría cómo alcanzarlos en su lecho y distinguir entre dos que estuvieran durmiendo, y entre dos mujeres que molieran el maíz de la casa en el mismo molino.

Este carácter del juicio no muestra que sea la destrucción de Jerusalén por mano de Tito. Era el juicio de Dios que sabía discernir,

tomar y salvar. Ni es el juicio de los muertos, sino un juicio en la Tierra: ellos están en la cama, en el molino, en las azoteas y en los campos. Avisados por el Señor, debían abandonar todo y ocuparse solamente de Aquel que venía a juzgar. Si preguntaban dónde sucedería todo esto, sería donde yacieran los cuerpos muertos que vendría el juicio en forma de águila, el cual ellos no podían ver, pero del cual la presa no podía escapar.

CAPÍTULO 18

En presencia de todo el poder de sus enemigos y opresores –porque existirían los tales, como vimos, a fin de que pudieran ellos perder incluso sus vidas–, había un recurso para el remanente afligido. Ellos tenían que perseverar en la oración, recurso, además, para los fieles en todos los tiempos –del hombre, si éste lo comprendiera. Dios vengaría a Sus escogidos, si es que realmente, por el ejercicio de su fe, lo intentaba por cierto. Pero cuando Él viniera, ¿hallaría el Hijo del Hombre esta fe que esperaba Su intervención? Ésta era la solemne pregunta, y cuya respuesta queda en manos del hombre responsable –una pregunta que supone lo dificultoso de hallar esta fe, pese a que debería existir. No obstante, si había algo de fe que le fuera aceptable a Aquel que la buscaba, no sería confundida.

Se observará que el reino –y éste es el asunto– se presenta de dos maneras entre los judíos en aquel momento: en la Persona de Jesús a la sazón presente (cap. 17:21) y en la ejecución del juicio, en el cual los escogidos serían preservados y la venganza de Dios ejecutada en nombre de ellos. Por este motivo, ellos sólo debían pensar en agradarle, por muy aflictivo e inconsciente que pudiese ser en cuanto a ellos el mundo. Es el día del juicio de los impíos, y no el día en que los justos serán arrebatados al cielo. Enoc y Abraham tipifican más este segundo día; Noé y Lot tipifican aquellos que serán preservados para vivir sobre la Tierra. Solamente hay opresores de quienes será vengado el remanente. El versículo 31 enseña que debían pensar sólo en el juicio, y mantenerse alejados, como hombres, de todo vínculo. Separados de todo, su única esperanza estaría en Dios en tal momento.

El Señor reanuda luego, en el versículo 9 del capítulo 18, la descripción de esos caracteres que eran propios del reino, para poder entrar ahora siguiéndole a Él. A partir del versículo 3537, se aproxima históricamente la gran transición.

Luego, el versículo 8, pone fin a la advertencia profética con respecto a los últimos días. El Señor más tarde continúa considerando los caracteres propios del estado de cosas introducidas por gracia. La propia justicia está lejos de ser recomendada como entrada al reino. El pecador más desgraciado, confesando su pecado, es justificado delante de Dios antes que los practicantes de justicia. El que se exaltase, sería abatido, y el que se humillase sería enaltecido. ¡Qué modelo y testimonio de esta verdad fue el mismo Señor Jesucristo!

El espíritu de un niño –sencillo, creyendo todo lo que le cuentan, confidente, desestimándose a sus propios ojos, debiendo ser todo oídos– era el apto para el reino de Dios. ¿Qué otra cosa iba a admitir Él?

Nuevamente, los principios del reino, establecido por el rechazo de Cristo, chocaban de plano con las bendiciones temporales vinculadas a la obediencia a la ley, tan excelente como era esta ley en su esfera. En el hombre, no había ningún bien: solamente Dios era bueno. El joven que había cumplido la ley en su caminar exterior, es llamado a dejar todo para seguir al Señor. Jesús conocía sus circunstancias y su corazón, y metió el dedo en la llaga de su codicia, que le animaba en el aprovisionamiento de riquezas. Tenía que vender todo lo que poseía y seguir a Jesús; entonces poseería un tesoro en el cielo. El joven se marchó triste. Las riquezas que, según la opinión de los hombres, parecían ser una señal del favor de Dios, no fueron más que un obstáculo cuando para el corazón el cielo estaba en juego. A continuación, el Señor anuncia que quienquiera que abandonase cualquier cosa apreciada a causa del reino de los cielos, recibiría mucho más en este mundo, y en el venidero, vida eterna. Podemos destacar que es solamente el principio el que es presentado aquí en referencia al reino.

Finalmente el Señor, de camino a Jerusalén, explica a Sus discípulos de forma sucinta y en privado que Él iba a ser entregado para ser maltratado y muerto, para resucitar más tarde. Era la consumación de todo lo que escribieron los profetas. Pero los discípulos no entendieron nada.

Si el Señor quería que aquellos que le siguieran tomaran la cruz, no podía por menos de llevarla Él mismo. Fue delante de Sus ovejas en esta senda de abnegación y devoción, para preparar el camino. Marchó solo. Fue un sendero que Su pueblo no había hollado aún, ni siquiera podían hasta que Él no lo hubiera hollado primero.

La historia de Su último acercamiento a Jerusalén y de Su relación con ella, comienza ahora (vers. 35). Aquí se presenta Él novedosamente como el Hijo de David, y por última vez, poniendo sobre la conciencia de la nación Sus derechos a este título, al tiempo que manifestando la consecuencias de Su rechazo.

Próximo a Jericó38, el lugar de maldición, avista a un ciego que cree en Su título de Hijo de David. De la misma manera que éste, aquellos que poseían esa fe recibieron su vista para seguirle, y vieron cosas aún mayores que aquéllas.

CAPÍTULOS 19-20

En Jericó, Él despliega la gracia a pesar del espíritu farisaico. No obstante, es como hijo de Abraham que señala a Zaqueo, el cual –en una posición falsa como publicano– poseía una tierna conciencia y un corazón generoso³⁹. Su posición, a los ojos de Jesús, no le robó el carácter de hijo de Abraham –si esto hubiera tenido efecto, ¿quién es el que se habría salvado?– ni afectó al camino a esa salvación que había venido para salvar a los perdidos. La salvación entró con Jesús en la casa de este hijo de Abraham. Él trajo salvación, quienquiera que fuese heredero de ella.

No obstante, Él no les oculta Su partida, y el carácter que el reino asumiría debido a Su ausencia. Para ellos, Jerusalén y la esperanza de la venida del reino llenaban sus mentes. El Señor entonces les explica lo que tendría lugar. Él se marchaba para recibir un reino y volver. Entretanto, confía algunos de Sus bienes –los dones del Espíritu– a Sus siervos para comerciar con ellos durante Su ausencia. La diferencia entre esta parábola y aquella en el Evangelio de Mateo es ésta: Mateo presenta la soberanía y sabiduría del dador, el cual hace variados Sus dones según la aptitud de Sus siervo. En Lucas tiene que ver más particularmente con la responsabilidad de los siervos, quienes reciben cada uno la misma suma, y el uno gana con ella, en interés de su maestro, más que el otro.

Por consiguiente, no se dice, como en Mateo, «Entra en el gozo de tu Señor», lo mismo para todos, y lo más excelente; sino que a uno le es dada autoridad sobre diez ciudades, y al otro sobre cinco –es decir, unas acciones en el reino conforme a su labor. El siervo no pierde lo que ha ganado, aunque fuera para su maestro. Goza de ello. No sucede lo mismo con el siervo que no sacó partido de su talento. Lo que le fue confiado a él es ofrecido al que había ganado diez.

Aquello que ganamos espiritualmente aquí, en inteligencia espiritual y en el conocimiento de Dios en poder, no se pierde en el otro mundo. Por el contrario, recibimos más, y la gloria de la herencia nos es dada equitativamente a nuestra obra. Todo es gracia.

Había aún otro elemento en la historia del reino. Los ciudadanos –los judíos– no sólo rechazan al rey, sino que cuando éste se fue

para recibir el reino, le envían un mensajero para decirle que no querían que reinara sobre ellos. Así, los judíos, cuando Pedro les pone delante su pecado declarándoles que si se arrepentían Jesús volvería, y con Él los tiempos de refrigerio, rechazan este testimonio, y, por así decirlo, envían a Esteban después de Jesús para que testificase que los judíos no tenían nada a ganar con Él. Cuando Él regrese en gloria, la nación perversa será juzgada ante Sus ojos. Enemigos declarados de Cristo, recibirán el premio de su rebelión.

Él declaró lo que era el reino –aquello que iba a ser. Ahora viene para presentarlo por última vez en Su propia Persona a los habitantes de Jerusalén, según la profecía de Zacarías. Esta notable escena ha sido considerada en su aspecto general al estudiar Mateo y Marcos, pero algunas circunstancias especiales requieren aquí que se les preste atención. Todo se reúne en torno a Él a Su entrada. Los discípulos y los fariseos son contrastados. Jerusalén está en el día de su visitación, pero es ignorante de ello.

Algunas expresiones considerables son pronunciadas por Sus discípulos, movidos por el Espíritu de Dios, en esta ocasión. Si hubieran guardado silencio, las piedras se habrían partido proclamando la gloria del Rechazado. El reino, en sus exitosas aclamaciones, no es simplemente el reino es su aspecto terrenal. En Mateo es: «Hosanna al Hijo de David», y «Bendito el que viene en nombre del Señor; Hosanna en las alturas». Esto es realmente cierto; pero aquí tenemos algo más. El Hijo de David desaparece. Él es realmente el Rey, el cual viene en nombre del Señor, pero no es ya el remanente de Israel el que busca la salvación en nombre del Hijo de David, reconociendo Su título. Es «Paz en el cielo y gloria en lo más alto». El reino depende de que la paz sea establecida en los lugares celestiales. El Hijo de David, exaltado en alto y triunfante sobre Satanás, ha reconciliado los cielos. La gloria de la gracia en Su Persona, es establecida para la eterna y suprema gloria del Dios de amor. El reino sobre la Tierra no es sino una consecuencia de esta gloria que la gracia estableció. El poder que echó a Satanás formó la paz en el cielo. Al comienzo, en Lucas 2:14 tenemos, en la gracia manifestada «Gloria a Dios en lo más alto, y sobre la Tierra paz, buena voluntad (de Dios) para con los hombres». Para establecer el reino, es hecha la paz en el cielo, y la gloria de Dios es establecida plenamente en lo más alto.

Se observará aquí que, aproximándose Él a Jerusalén, el Señor llora sobre la ciudad. No es ahora como en Mateo donde, al disertar con los judíos les señala aquello que, habiendo rechazado y matado a los profetas –Emanuel también, el Señor, quien habría querido con frecuencia reunir bajo Sus alas a sus hijos, tras ser ignominiosamente rechazado– quedaba ahora abandonada a su desolación hasta Su regreso. Fue la hora de su visitación, y no la conoció. ¡Si solamente hubiera oído, como ahora, la llamada del testimonio de su Dios! Es entregada en manos de los gentiles, sus enemigos, los cuales no le dejarán una piedra sobre otra. Al no haber conocido esta visitación de Dios en gracia, en la Persona de Jesús, ella es puesta aparte –el testimonio no continúa–, dando lugar a un nuevo orden de cosas. Así, la destrucción de Jerusalén por Tito es prominente aquí. Es el carácter moral del templo también, de lo que habla aquí el Señor. El Espíritu no pone en claro que tiene que ser el templo de Dios para todas las naciones. Es simplemente (cap. 20:16) la viña dada a otros. Ellos cayeron sobre la piedra de tropiezo entonces; cuando ésta caiga sobre ellos –al venir Jesús en juicio–, los reducirá al polvo.

En Su respuesta a los saduceos, son añadidas tres cosas importantes a la que se menciona en Mateo. En primer lugar, no era solamente la condición de aquellos que resucitan, y la certidumbre de la resurrección; es una época, la cual una cierta clase sólo hallada digna de ella obtendrá una separada resurrección de los justos (vers. 35). En segundo lugar, esta clase está compuesta por los hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección (vers. 36). Seguidamente, mientras esperan esta resurrección, sus almas sobrevivirán a la muerte; todos vivirán para Dios, aunque ahora puedan estar ocultos de las miradas de los hombres (vers. 38).

La parábola de la fiesta de bodas es omitida aquí. En el capítulo 14 de este Evangelio, la hallamos con elementos característicos, una misión en las calles de la ciudad, a los menospreciados de las naciones, que no está en Mateo, quien nos da el juicio de Jerusalén como contrapartida antes de anunciar la evangelización de los gentiles. Todo esto es característico. En Lucas es gracia, una condición moral del hombre frente a Dios, y el orden nuevo de cosas fundamentado sobre el rechazo de Cristo. No me entretendré en estos puntos que Lucas relata ya en línea con Mateo. Coinciden naturalmente en los grandes hechos concernientes al rechazo del Señor por los judíos, y en sus consecuencias.

Si comparamos Mateo 23 y Lucas 20:45-47, veremos enseguida la diferencia. En Lucas, el Espíritu nos da en tres versículos aquello que moralmente sitúa a los escribas aparte. En Mateo, toda su posición con respecto a la dispensación es la que se desarrolla; ya sea que tuviera un lugar, mientras continuase Moisés, o con referencia a la culpabilidad de ellos ante Dios en ese lugar.

CAPÍTULO 21

El discurso del Señor en el capítulo 21 manifiesta el carácter del Evangelio de una manera peculiar. El espíritu de gracia, en contraposición al judaico, es contemplado en el relato de la ofrenda de la viuda pobre. Pero la profecía del Señor requiere una atención más detallada. El versículo 6, como vimos al final del capítulo 19, habla sólo de la destrucción de Jerusalén como permanecía en aquel entonces. Esto es también cierto de la cuestión de los discípulos. Ellos no veían nada sobre el final del siglo. El Señor aborda después las obligaciones y las circunstancias de Sus discípulos antes de esa hora. En el versículo 8 se dice: «El tiempo está cerca», lo cual no hallamos en Mateo. Profundiza más detalladamente con respecto al ministerio de ellos durante este período, animándolos con promesas de un auxilio necesario. La persecución sería enviada a ellos para dar un testimonio. Desde la mitad del versículo 11 al final del 19, tenemos detalles relativos a Sus discípulos que no hallamos en el correspondiente pasaje de Mateo. Presentan el estado general de cosas en el mismo sentido, añadiendo la condición de los judíos, de aquellos que particularmente recibieron la Palabra, más o menos exteriormente. Toda la corriente del testimonio, rendido en relación con Israel, pero apelativo a las naciones, es hallado en Mateo al final del versículo 14. En Lucas, es el servicio futuro de los discípulos hasta el momento cuando el juicio de Dios ponga fin a aquello que prácticamente terminó por el rechazo de Cristo. Consecuentemente, el Señor no dice nada en el versículo 20 sobre la abominación desoladora mencionada por Daniel, pero habla sobre el sitio de Jerusalén, y su desolación que se aproximaba –no del final del siglo, como en Mateo. Éstos fueron los días de la venganza de los judíos, quienes se habían coronado en rebelión cuando rechazaron al Señor. Por lo tanto, Jerusalén sería hollada por los gentiles hasta que los tiempos de éstos se cumplieran, es decir, los tiempos destinados a la soberanía de los imperios gentiles conforme al consejo de Dios revelado en las profecías de Daniel. Éste es el intervalo en que ahora vivimos nosotros. Hay una pausa en este discurso. Su principal asunto está terminado, pero existen todavía algunos acontecimientos de las últimas escenas que han de ser revelados, los cuales cerrarán la historia de esta supremacía gentil.

Vemos también que, aunque sea el comienzo del juicio, del que Jerusalén no se levantará hasta que todo sea consumado, y el cántico de Isaías 40 sea dirigido a ella, la gran tribulación no es mencionada aquí. Hay una gran angustia y cólera sobre el pueblo, como fue realmente el caso del sitio de Jerusalén por Tito; y los judíos fueron conducidos igualmente cautivos. No se dice tampoco: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días». Sin embargo, sin ser designada la época, después de hablar de los tiempos de los gentiles, el fin del siglo se acerca. Hay señales en el cielo, angustia en la Tierra, un frenético movimiento de las olas de la

población humana. El corazón del hombre, alarmado por la profecía, atisba las calamidades que, aunque no puede verlas, le amenazan, pues todas las influencias que gobiernan a los hombres son conmovidas. Luego ellos verán al Hijo del Hombre, una vez rechazado de la Tierra, viniendo del cielo con las enseñanzas de Jehová, con poder y gran gloria –el Hijo del Hombre, de quien este Evangelio ha hablado continuamente. Allí acaba la profecía. No tenemos aquí la reunión conjunta de los israelitas escogidos, los cuales fueron dispersados, y de los que habla Mateo.

Lo que viene a continuación consiste en una exhortación, a fin de que el día de angustia pueda ser como señal de liberación a la fe de aquellos que, confiando en el Señor, obedecen la voz de Su siervo. La «generación» –una palabra ya explicada cuando consideramos Mateo– no pasaría hasta que todo fuera cumplido. La duración del tiempo que transcurrió desde entonces, y que debe transcurrir hasta el fin, es algo oscuro. Las cosas celestiales no se miden con fechas. Asimismo, ese momento está escondido en el conocimiento del Padre. Hasta que el cielo y la Tierra pasen, pero no las palabras de Jesús. Luego les explica que, mientras morasen en la Tierra, deberían ser vigilantes para que sus corazones no se abrumaran por cosas que los hundirían en este mundo, en medio del cual habrían de ser testigos. Aquel día vendría como lazo sobre todos aquellos que hacían de ese lugar su morada y estaban en él arraigados. Ellos tenían que orar y velar, a fin de escapar de todas estas cosas, para permanecer en presencia del Hijo del Hombre. Éste es todavía el gran asunto de nuestro Evangelio. Estar con Él, como aquellos que escaparon de la Tierra, para estar entre los 144.000 sobre el monte de Sión, será un cumplimiento de esta bendición, pero el lugar no es mencionado; así que, suponiendo que aquellos a quienes se dirigía personalmente fueran fieles a Él, la esperanza despertada por Sus palabras se cumpliría de manera más excelente ante Su celestial presencia en el día de gloria.

CAPÍTULO 22

Este capítulo comienza con los detalles del fin de la vida de nuestro Señor. Los principales sacerdotes, temerosos del pueblo, procuran matarle. Judas, bajo la influencia de Satanás, se ofrece como instrumento para que ellos le prendieran en ausencia de la multitud. El día de la Pascua se acerca, y el Señor prosigue aquello relativo a Su obra de amor en estas inmediatas circunstancias. Daré nota de los puntos pertinentes al carácter de este Evangelio, del cambio que se produjo en relación inmediata y directa con la muerte del Señor. Así, Él deseó comer esta última Pascua con Sus discípulos porque no la comería más hasta que se cumpliera en el reino de Dios, es decir, por Su muerte. No bebe más vino hasta que el reino de Dios venga. No dice hasta que lo bebiera nuevo en el reino de Su Padre, sino sólo que Él no lo bebería hasta que viniera el reino; precisamente como son considerados los tiempos de los gentiles como algo presente, así también el cristianismo, el reino como es ahora, no el milenio. Observemos también qué expresión tan emotiva de amor tenemos aquí. Su corazón necesitaba este último testimonio de afecto antes de dejarlos.

El nuevo pacto está basado sobre la sangre bebida aquí en figura. Del último pacto, se prescinde ya. Se requería la sangre para establecer el nuevo. Al mismo tiempo, el pacto mismo no fue establecido, sino que todo fue efectuado de la parte de Dios. La sangre no fue vertida para consolidar un pacto de juicio como lo fue el primero, sino que fue vertida para aquellos que recibieran a Jesús, mientras esperaban el momento en que el pacto mismo sería establecido con Israel en gracia.

Los discípulos, creyendo las palabras de Cristo, ignoran y preguntan entre sí cuál de ellos sería el que le podía traicionar, una sorprendente expresión de ingenuidad elevada por cada cual –pues ninguno, excepto Judas, tenía una mala conciencia–, que marcó la inocencia de ellos. Al mismo tiempo, pensando en el reino de una forma carnal, se disputaban ocupar el primer lugar en él; y esto, en presencia de la cruz, a la mesa donde el Señor les estaba dando las últimas promesas de Su amor. Sinceridad de corazón la había, pero ¡qué corazón para albergar sinceridad! Por lo que respectaba a Él, había tomado el lugar más humilde, y éste –como el más excelente para el amor– era sólo Suyo. Ellos tenían que seguirle tan de cerca como pudieran. Su gracia reconoce que así lo habían hecho, como siendo Él el deudor de ellos en su cuidado durante Su tiempo de dolor sobre la Tierra. Él lo recordaba. En el día de Su reino, tendrían doce tronos, como cabezas de Israel, entre quienes le hubieran seguido.

Pero ahora había la cuestión de pasar por la muerte; y, habiéndole seguido hasta aquí, ¡qué oportunidad del enemigo para zarandearlos desde el momento que no pudiesen seguir al Señor como hombres vivos sobre la Tierra! Todo lo relativo a un Mesías vivo, se había alejado de su vista, y la muerte estaba allí. ¿Quién podía pasar por ella? Satanás iba a aprovecharse de ello, deseando tenerlos cerca para pasarlos por el tamiz. Jesús no desea ahorrarles a Sus discípulos el ser zarandeados. No era posible, pues Él debía pasar por la muerte, y su esperanza estaba puesta en Él. No podían evitarlo. La carne debía ser sometida a la prueba de la muerte. Pero Él oró por ellos para que la fe de aquel, que menciona especialmente, no faltase. El ardoroso Simón se expuso más que nadie al peligro al que una falsa confianza en la carne podía arrojarle, y en el cual ésta no podría sostenerle. Siendo no obstante el objeto de esta gracia de parte del Señor, su caída proveería el medio de su fortaleza. Conociendo la carne, así como la perfección de la gracia, estaría capacitado para fortalecer a sus hermanos. Pedro afirmó que podía hacer cualquier cosa –las mismas en las que fracasaría totalmente. El Señor rápidamente le advierte de lo que iba a hacer.

Jesús toma ocasión para prevenirlos de que todo cambiaría. Durante Su presencia aquí abajo, el verdadero Mesías, Emanuel, les había resguardado de todas las dificultades. Cuando les envió por todo Israel, no les faltó de nada. Pero ahora –pues el reino no venía aún en poder– ellos estarían, como Él, expuestos al desprecio y a la violencia. Humanamente hablando, tendrían que cuidar de sí mismos. Pedro, siempre sincero, tomando al pie de la letra las palabras del Señor, fue dejado para que se mostraran sus pensamientos exhibiendo dos espadas. El Señor le detuvo con una palabra, enseñándole que era inútil ir más lejos. No les era posible entonces. En cuanto a Él, prosigue con perfecta tranquilidad Sus hábitos diarios.

Abrumado en espíritu por lo que pronto vendría, exhorta a los discípulos a que orasen para no entrar en tentación, que cuando llegara el momento de ser alcanzados por la prueba, si caminaban con Él se mostrara en ellos la obediencia a Dios, y no que fuera esta prueba un instrumento para alejarse de Él. Existen tales momentos, si Dios permite que lleguen, en los que todo es sometido bajo la prueba a través del poder del enemigo.

La dependencia del Señor como Hombre, se manifiesta entonces de manera extraordinaria. La escena toda de Getsemaní y de la cruz, en Lucas, es el perfecto Hombre sujeto. Al orar, se sujeta a la voluntad de Su Padre. Un ángel le fortalece; era su servicio al Hijo del Hombre⁴⁰. Más tarde, en profunda batalla, Él ora con más fervor: el Hombre dependiente, es perfecto en toda Su dependencia. La profundidad del conflicto hace más profunda Su relación con Su Padre. Los discípulos se afligieron ante la sombra sólo de lo que llevó a Jesús a orar. Se refugiaron en el olvidadizo sueño mientras el Señor, con paciente gracia, repetía Su advertencia, llegando después la multitud. Confiando Pedro nuevamente tras esta advertencia, habiendo dormido en la hora de la tentación cuando el Señor oraba, se desconcierta ante la perspectiva de ver a Jesús dejándose llevar como oveja al matadero, y después, ¡ay!, niega cuando Jesús confiesa la verdad. Obediente como era Jesús a la voluntad de Su Padre, muestra llanamente que Su poder no le había abandonado. Sana la heri-

da que Pedro infligió al siervo del sumo sacerdote, y luego permite que se lo lleven, haciéndoles observar que era su hora y el poder de las tinieblas. ¡Triste y terrible asociación!

En toda esta escena contemplamos la completa dependencia del Hombre, el poder de la muerte sentido como prueba en toda su intensidad; pero aparte de aquello que sucedía en Su alma y ante de Su Padre, en lo cual vemos la realidad de estas dos cosas, había la más perfecta tranquilidad, la más suave calma para con los hombres⁴¹ –gracia que nunca se contradice. Así, cuando Pedro le negó como Él lo predijo, le mira en el momento preciso. Todo el desfile de Su ignominiosa prueba no distrae Sus pensamientos, y Pedro se deprime ante esa mirada. Cuando le preguntan, tiene poco que decir. Su hora había llegado. Sujeto a la voluntad de Su Padre, aceptó la copa de Su mano. Sus jueces no hicieron sino cumplir esa voluntad, trayéndole la copa. No da ninguna respuesta a la pregunta de si Él era el Cristo. Ya no era momento para decirlo. Ellos no iban a creerle –no le hubieran respondido si Él les hubiera hecho preguntas que habrían producido como respuesta la verdad; ni tampoco le hubiesen dejado marchar. Pero Él ofrece el testimonio más sencillo del lugar que, desde esa hora, tomó el Hijo del Hombre. Esto es lo que reiteradamente ha surgido a lo largo de este Evangelio. Él se iba a sentar a la diestra del poder de Dios. Vemos también que es el lugar que ocupa en el presente⁴². Sacaron inmediatamente la siguiente conclusión: «¿Eres tú, pues, el Hijo de Dios?» Él da testimonio de esta verdad, y todo termina; deja pendiente la pregunta de si Él era el Mesías –esta ocasión había pasado para Israel. Él iba a sufrir. Es el Hijo del Hombre, pero a partir de ahora solamente para entrar en la gloria; y Él es el Hijo de Dios. Todo había terminado con Israel en cuanto a su responsabilidad. La gloria celestial del Hijo del Hombre, la gloria personal del Hijo de Dios pronto iba a brillar; y Jesús (cap. 23) es conducido a los gentiles para que todo sea consumado.

CAPÍTULO 23

Los gentiles, no obstante, no son presentados en este Evangelio como siendo voluntariamente culpables. Vemos, sin lugar a dudas, una indiferencia que resulta ser una flagrante injusticia en un caso como éste, y una insolencia sin excusa. Pero Pilato hace lo que puede para entregar a Cristo, y Herodes, decepcionado, se lo envía de vuelta sin haberle juzgado. La voluntad está completamente de lado de los judíos. Ésta es la característica de esta parte de la historia en el Evangelio de Lucas. Pilato hubiera preferido no haberse preocupado de este superfluo crimen, y subestimó a los judíos; pero éstos resolvieron crucificar a Jesús, y pidieron que Barrabás les fuera soltado –un hombre sedicioso y un homicida (véase vers. 20-25)⁴³.

Jesús, entonces, mientras era conducido al Calvario, anunció a las mujeres, quienes lamentaban por Él con naturales sentimientos, que todo había terminado para Jerusalén, que ellas tenían que dolerse por su propia suerte y no por la Suya; pues vendrían días en los que tendrían que llamar felices a aquellas que nunca fueron madres –días en los cuales buscarían refugiarse en vano del terror y del juicio. Porque si con Él, el verdadero árbol verde, habían sido hechas estas cosas, ¿qué no harían con el árbol seco del judaísmo sin Dios? Sin embargo, en el momento de Su crucifixión, el Señor intercede a favor del desdichado pueblo. Ellos no supieron lo que hacían –intercesión, la cual es la notable respuesta dada por el Espíritu Santo venido del cielo, en el discurso de Pedro a los judíos. Los gobernantes entre los judíos, completamente ciegos, así como el pueblo, echan en cara al Señor que no pudiese salvarse a Sí mismo de la cruz –ignorando que era imposible que lo hiciera si Él era un Salvador, y que todo había sido arrebatado de ellos porque Dios establecía otro orden de cosas basadas en la expiación, en el poder de la vida eterna por la resurrección. ¡Temible ceguera de la que los soldados eran simples imitadores, conforme a la malignidad de la naturaleza humana! Pero el juicio de Israel estaba en su boca, y –de parte de Dios– sobre la cruz. Era el Rey de los judíos quien colgaba de allí –humillado ciertamente, pues un ladrón suspendido a Su lado le increpaba–, pero en el lugar al cual el amor le llevó para la salvación presente y eterna de las almas. Esto fue manifestado en aquel mismo momento. Los insultos que le reprocharon por no querer salvarse de la cruz, recibieron respuesta de Él en la suerte del ladrón convertido, el cual se reunió con Él en el Paraíso ese mismo día.

Esta historia es una extraordinaria prueba del cambio al que nos conduce este Evangelio. El Rey de los judíos, porque lo confesaron ellos, no les es liberado, sino que es crucificado. ¡Qué final para las esperanzas de este pueblo! Pero al mismo tiempo, un vulgar ladrón, convertido por gracia en el borde mismo de la muerte, entra directamente en el Paraíso. Un alma eternamente salvada. No es el reino, sino un alma –fuera del cuerpo– dichosa con Cristo. Y observemos aquí la manera como la presentación de Cristo hace relucir la maldad del corazón humano. Ningún ladrón osaría burlarse, o reprender a otro ladrón estando a punto de morir. Pero en el momento en que es Cristo quien está allí, esto tiene lugar.

Añadiría algunas palabras más sobre la condición del otro ladrón, y sobre lo que le contestó Cristo. Vemos toda señal de conversión y la fe más notable. El temor de Dios, el principio de la sabiduría, esta aquí; la conciencia, es recta y despierta. No le dice a su compañero «y justamente», sino «nosotros justamente...»; conocimiento de la inmaculada justicia de Cristo como hombre, el reconocimiento de Él como el Señor, cuando Sus propios discípulos le abandonaron y le negaron, y cuando no quedó rastro de Su gloria ni de la dignidad de Su Persona. Era tenido por el hombre, como uno igual a él mismo. Su reino era un motivo de escarnio para todos. Pero el pobre ladrón es enseñado por Dios; y todo se simplifica. Está seguro de que Cristo tendrá el reino como si estuviera reinando en gloria. Todo su deseo es de que Cristo le recordara entonces, ¡y qué confianza en Cristo se muestra aquí a través del conocimiento de Él, pese a su reconocida culpa! Ello muestra que Cristo llenó su corazón, el modo en que, confiando en la brillante gracia, quitó toda vergüenza humana, pues ¿a quién la gusta que se le recuerde al borde mismo de la muerte? Una enseñanza divina es la que se muestra aquí de manera singular. ¿No sabemos nosotros, por instrucción divina, que Cristo era sin pecado, y que para estar seguros de Su reino existe una fe que se eleva sobre todas las circunstancias? Él ladrón es de consolación para Jesús en la cruz, y le hace pensar –al responder a su fe– en el Paraíso que le aguardaba cuando hubiera consumado la obra que Su Padre le dio a realizar. Observemos el estado de santificación en que se hallaba este pobre hombre por la fe. En todas las agonías de la cruz, y creyendo que Jesús es el Señor, no busca ningún alivio de Sus manos, sino que le pide que le recuerde en Su reino. Se ocupa de un pensamiento: el de tener su porción con Jesús. Cree que el Señor volverá; cree en el reino, mientras el Rey es rechazado y crucificado, y, en cuanto al hombre, no había ya ninguna esperanza. Pero la respuesta de Jesús va más lejos de la revelación propia de este Evangelio, y añade aquello que introduce, no el reino, sino la vida eterna, la felicidad del alma. El ladrón pidió a Jesús que le recordara cuando volviera en Su reino. El Señor le contestó que no sería necesario esperar ese día de gloria manifiesta, la cual sería visible al mundo, sino que aquel mismo día estaría con Él en el Paraíso. ¡Precioso testimonio y perfecta gracia! El Jesús crucificado era más que un Rey, era un Salvador. El pobre malhechor fue testigo de ello, y el gozo y el consuelo del corazón del Señor –las primicias del amor que les había puesto juntos en el lugar donde, si el pobre ladrón pagaba por el fruto de sus pecados como hombre, el Señor de gloria estaba a su lado soportando el fruto de estos pecados de parte de Dios, tratado Él mismo como un malhechor en la misma condenación. A través de una obra ignorada por el hombre, excepto por la fe, los pecados de Su compañero fueron quitados para siempre, dejaron de existir, siendo sólo su

recuerdo aquel que la gracia se había llevado, y la cual había limpiado su alma de ellos haciéndole apto en ese momento para entrar en el Paraíso como el compañero de Cristo.

El Señor, pues, habiendo consumado todas las cosas, y aún lleno de vigor, encomienda Su espíritu al Padre. Se lo encomienda a Él, como el último acto de que formó parte Su vida entera –la perfecta energía del Espíritu Santo actuando en perfecta confianza en Su Padre, y sujeto a Él. Encomienda Su espíritu a Su Padre y expira, pues era la muerte lo que tenía delante de Sí, una muerte en una fe absoluta que confiaba en Su Padre –muerte con Dios por la fe, y no la muerte que separaba de Dios. Entretanto, la naturaleza se alteró –reconoció la partida del mundo de Aquel que la había creado. Todo fueron tinieblas. Pero por otro lado, Dios se revela –el velo del templo es rasgado en dos de arriba abajo. Dios se ocultaba en densas tinieblas –el camino al lugar santísimo no había sido aún manifestado. Pero ahora ya no existía ese velo. Aquello que ha quitado el pecado por el perfecto amor resplandece ahora, mientras la santidad de la presencia de Dios es un gozo para el corazón, y no un tormento. Lo que nos introduce en la presencia de la santidad perfecta sin velo, fue lo que quitó el pecado que nos prohibía estar allí. Nuestra comunión es con Él a través de Cristo, santos y sin culpa delante de Él en amor.

El pobre centurión, estremecido por todo lo que sucedió, confiesa –tal es el poder de la cruz sobre la conciencia– que este Jesús al que crucificó era ciertamente el Hombre justo. Digo la conciencia, porque no pretendo decir que ese poder fuera más lejos en el caso del centurión. Vemos el mismo efecto en los espectadores: se marcharon golpeándose el pecho. Percibieron que algo solemne había tenido lugar, que ellos mismos se habían comprometido fatalmente con Dios.

Pero el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, preparó todo para la sepultura de Su Hijo, quien le había glorificado entregándose a la muerte. Él fue con los ricos en Su muerte. José, un hombre justo, que no había tolerado el pecado de su pueblo, dispone el cuerpo del Señor en una tumba que nunca fue ocupada antes. Fue la preparación antes del sábado, pero este día se acercaba. En el momento de Su muerte, las mujeres –fieles, aunque ignorantes de su aflicción por Él mientras vivía aún– ven dónde se puso el cuerpo y fueron a preparar lo necesario para el embalsamamiento. Lucas solamente habla en términos generales de estas mujeres, por lo tanto entraremos en detalles en otro momento, siguiendo nuestro Evangelio como se presenta.

CAPÍTULO 24

Vienen las mujeres y hallan la piedra removida, viendo que el sepulcro no contenía ya el cuerpo de Aquel a quien habían amado. Desconcertadas ante esto, ven a dos ángeles cerca de ellas que les preguntan por qué buscaban al que vive de entre los muertos, y les recuerdan las claras palabras que Jesús les habló en Galilea. Se van y cuentan todas estas cosas a los discípulos, los cuales no pueden creer lo que dicen. Pero Pedro corre al sepulcro, y viendo que todo está en orden se marcha preguntándose lo que había sucedido allí. En esta actitud no había fe en las palabras de Jesús, ni en lo que las Escrituras habían predicho. En el viaje a Emaús, el Señor relaciona las Escrituras con todo lo que le sucedió a Él, mostrándole a sus mentes pululando aún el pensamiento de un reino terrenal, que conforme a ellas, los consejos revelados de Dios, el Cristo tenía que sufrir y entrar en Su gloria, un Cristo rechazado y celestial. Espolea la ardiente atención que siente el corazón cada vez que es tocado. Luego se revela a Sí mismo al partir el pan –la señal de Su muerte; no que esto fuera la Eucaristía, aunque este acto particular estaba relacionado con este acontecimiento. Sus ojos fueron abiertos, y Él desaparece. Fue el verdadero Jesús; pero en resurrección. Aquí, Él explicó todo lo que las Escrituras habían dicho, y se presentó en vida con el símbolo de Su muerte. Los dos discípulos regresaron a Jerusalén.

El Señor ya se hubo mostrado a Simón –una aparición de la que no tenemos detalles. Pablo también hace referencia a esta aparición como la primera, cuando habla de los apóstoles. Mientras los dos discípulos explicaban aquello que les había sucedido, Jesús se presentó en medio de ellos. Pero sus mentes no estaban aún hechas a esta verdad, y Su presencia les alarma. No pueden comprender la idea de la resurrección del cuerpo. El Señor se vale de su confesión –muy natural, humanamente hablando– para nuestra bendición, dándoles las pruebas más sensatas de que era Él, el Resucitado, en cuerpo y alma, el mismo que antes de morir. Les manda que le tocan, y come ante la vista de ellos⁴⁴. Era realmente Él mismo.

Quedaba una cosa importante –la base de la verdadera fe: las palabras de Cristo y el testimonio de las Escrituras. Esto es lo que les pone delante de ellos. Pero aún eran necesarias dos cosas. Primero, necesitaban la capacidad para entender la palabra. Así, Él les abre el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y los declara testigos que no sólo pudieron decir: «Es así, pues lo hemos visto», sino «Así debe haber sido, pues así lo ha dicho Dios en Su Palabra»; y el testimonio de Cristo mismo fue cumplido en Su resurrección.

Pero ahora la gracia tenía que ser predicada –Jesús rechazado por los judíos, inmolado y resucitado para la salvación de las almas, habiendo hecho la paz, y otorgando vida conforme al poder de la resurrección, la obra que purificaba del pecado ya efectuada, y el perdón garantizado en este otorgamiento. La gracia debía predicarse entre todas las naciones, es decir, arrepentimiento y perdón a los pecadores. Empezando por este lugar, con el cual la paciente gracia de Dios manifestaba todavía un vínculo a través de la intercesión de Jesús, pero que solamente podía ser alcanzado por soberana gracia, y en donde el pecado más gravoso obtenía el perdón más necesario por un testimonio, el cual, viniendo del cielo, debía ser para Jerusalén como para con todo el mundo. Ellos tenían que predicar el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando en Jerusalén. El judío, aunque era un hijo de ira, como los demás, debía ser reconocido en el mismo terreno. El testimonio poseía una autoridad más alta, aunque fuera dicho «al judío primero».

En segundo lugar, se necesitaba algo más para el cumplimiento de esta misión, es decir, poder. Debían esperar en Jerusalén hasta que fueran investidos de poder desde lo alto. Jesús enviaría al Espíritu Santo que había prometido, de quien los profetas también hablaban.

Al tiempo que bendecía a Sus discípulos, el cielo y la gracia celestial caracterizaron a Su relación para con ellos. Jesús partió de ellos ascendiendo al cielo, y ellos regresaron gozosos a Jerusalén.

Se habrá observado que la narrativa de Lucas es aquí muy general; contiene los grandes principios sobre los cuales se basan las doctrinas y las pruebas de la resurrección. La incredulidad del corazón natural descrito tan gráficamente en los relatos más simples y conmovedores; el apego de los discípulos a sus propias esperanzas del reino, y la dificultad con la que la doctrina de la Palabra tomó posesión de sus corazones, aunque, en proporción a la comprensión de ella, aquellos se abrieron a ella con gozo; la Persona de Jesús resucitada, todavía un Hombre, el misericordioso que ellos conocieron; la doctrina de la Palabra, el ofrecimiento de esta comprensión de la Palabra; el poder del Espíritu Santo ofrecido –todo esto pertenecía a la verdad y al orden eterno de cosas hechas manifiestas.

Jerusalén todavía era reconocida como el primer objeto de la gracia sobre la Tierra, conforme a las dispensaciones de Dios para con ella; no obstante, no fue, como lugar, el punto de contacto y relación entre Jesús y Sus discípulos. Él no los bendijo desde Jerusalén,

aunque en los tratos de Dios con la Tierra ellos debían esperar allí el don del Espíritu Santo. Ellos mismos y sus relaciones con Él son llevados fuera a Betania. Desde allí se propuso presentarse como Rey a Jerusalén. Fue allí donde la resurrección de Lázaro tuvo lugar. Allí, aquella familia, la cual representa el carácter del remanente –vinculada a Su Persona, ahora rechazada, con mejores esperanzas –recibió a Jesús del modo más sorprendente. Fue hasta allí donde se retiró cuando Su testimonio a los judíos finalizó, a fin de que su corazón descansara por unos momentos entre aquellos que había amado, y quienes, por gracia, le amaban a Él. Fue allí donde estableció el vínculo –en lo que a las circunstancias se refiere– entre el remanente asociado a Su Persona y el cielo. Desde allí, Él asciende.

Jerusalén sólo es el punto de partida público del ministerio de ellos, así como había sido la última escena de Su testimonio. Para ellos, eran Betania y el cielo los relacionados en la Persona de Jesús. Desde allí era el testimonio para venir a por la misma Jerusalén. Esto es tanto más sorprendente cuando lo comparamos con Mateo. Allí Él se va a Galilea, el lugar de asociación con el remanente judío, y no hay ninguna ascensión, y la misión es exclusivamente para las naciones. Es una revelación a ellos de todo, lo que antes era destinado sólo a los judíos y prohibido de ser descubierto fuera de ellos.

En el texto me he ceñido al pasaje. Añado ahora aquí más explicaciones, para relacionar este Evangelio con los otros.

Hay dos partes distintas en los sufrimientos de Cristo: primero, aquello que Él sufrió de los intentos de Satanás –como Hombre en conflicto con el poder del enemigo, quien tiene dominio sobre la muerte, pero en el sentido de que se tenía en vista lo que era de Dios– y ello en comunión con Su Padre, presentándole a Él Sus peticiones; y en segundo lugar, aquello que Él padeció para expiar el pecado, cuando llevó nuestros pecados y fue hecho maldición por nosotros, la copa que la voluntad de Su Padre le había dado a beber.

Cuando hablemos sobre el Evangelio de Juan, entraré más detalladamente en el carácter de las tentaciones, pero ahora quisiera llamar la atención sobre el comienzo de Su vida pública, en la cual el tentador se esforzó en hacer desviar a Jesús ofreciéndole a la vista las seducciones de todo aquello que, como privilegio, le pertenecía a Él, todo lo que podía ser agradable a Cristo como Hombre, respecto a lo cual Su voluntad obraría. El enemigo fue derrotado por la perfecta obediencia de Cristo. Él hubiera querido que Cristo, como Hijo, hubiese salido del lugar que había tomado como siervo. Bendito sea Dios, fracasó. Cristo, por simple obediencia, ató al hombre fuerte en cuanto a esta vida, y al regresar después en el poder del Espíritu a Galilea despojó sus bienes. Quitar el pecado y llevarlos todos ellos, era otra cuestión. En Getsemaní regresa, valiéndose del temor de la muerte para angustiar el corazón del Señor. Él debía gustar la muerte; y la muerte no era sólo el poder de Satanás sino el juicio de Dios sobre el hombre, si éste quería ser librado de ella, pues era la porción del hombre. Y Él solo, por haber bajado a la muerte, pudo romper sus cadenas. Él devino Hombre para que el hombre pudiera ser liberado y glorificado incluso. La angustia de Su alma fue completa. «Mi alma se halla angustiada, hasta la muerte». Así, su alma fue lo que el alma de un hombre debía de experimentar ante la presencia de la muerte, cuando Satanás lanza todo su poder en ella, con la copa del juicio de Dios todavía sin vaciar. Sólo Él fue perfecto en ella. Era una parte de Su perfección sometida a prueba, en todo lo que era posible para el hombre. Pero con lágrimas y grandes súplicas, Él hace Sus peticiones a Aquel que tenía poder para salvarle de la muerte. Por momentos aumentaba Su agonía: al presentársela a Dios, se volvía más aguda. Éste es el caso en nuestros pequeños conflictos. Pero así, todo queda zanjado conforme a la perfección delante de Dios. Su alma penetra en ella con Dios; Él ora con más fervor. Es ahora evidente que esta copa –que Él pone ante los ojos de Su Padre cuando Satanás se la presenta a Él como el poder de la muerte en Su alma– debe ser bebida. Beberla no es otra cosa que perfecta obediencia, en lugar del poder de Satanás. Pero debe ser bebida en realidad; y sobre la cruz Jesús, el Salvador de nuestras almas, entra en la segunda fase de Sus sufrimientos. Baja a la muerte en el juicio de Dios, la separación del alma de la luz de Su semblante. Todo aquello que un alma gozaba, la comunión con Dios, podía sufrir que se le privase de ella, y el Señor sufrió según la medida perfecta de la comunión que fue interrumpida. Aun así, dio gloria a Dios: «Pero tú eres santo, tú que habitas las alabanzas de Israel». La copa –voy a omitir los insultos y escarnios de los hombres, pudiendo pasarlos por alto– fue bebida. ¿Quién podría contar los horrores de este sufrimiento? Los verdaderos dolores de la muerte, entendidos como Dios los entendía, sentidos divinamente por un Hombre que dependía de esa presencia como hombre. Pero todo es consumando; y lo que Dios demandaba del pecado fue hecho –agotado, Él fue glorificado por ello; de manera que sólo le queda bendecir a quienquiera que viene a Él por Cristo, quien está vivo y fue muerto, y que vive para siempre Hombre, para siempre Dios.

Los sufrimientos de Cristo en Su cuerpo –reales como lo fueron–, los insultos y los reproches de los hombres, no fueron más que el prólogo de Su aflicción, la cual, privándole como Hombre de todo consuelo, le condujo plenamente al lugar de juicio bajo pecado, a Sus sufrimientos⁴⁵ en relación con el juicio del pecado, cuando el Dios que hubiera sido Su pleno alivio fue, al abandonarle, la fuente de dolor que dejó todo lo demás velado y olvidado.

NOTAS

1 Es decir, en cuanto al contenido del Evangelio. En el capítulo noveno, comienza Su último viaje a Jerusalén; y a partir de entonces hasta la última parte del decimotercero, donde (vers. 31) es contemplada Su subida a esa ciudad, el evangelista ofrece principalmente una serie de instrucciones morales, y los caminos de Dios en gracia que ahora se introducían. En el versículo 35 del capítulo 18, tenemos al ciego de Jericó ya visto como el comienzo de Su última visita a Jericó.

2 La unión de la motivación y la inspiración, las cuales los paganos han intentado velar como razón de choque, es hallada en casi cada página de la Palabra. Además, las dos cosas son sólo incompatibles para la mente cerrada de aquellos que no conocen los caminos de Dios. ¿No puede Dios dar motivación, y con ella ocupar al hombre en alguna tarea para guiarle, absoluta y perfectamente, en todo lo que haga? Incluso si se tratara de un pensamiento humano –lo cual no creo que sea en absoluto– si Dios lo aprobara, ¿no podría velar Él sobre su ejecución para que los resultados fueran totalmente conforme a Su voluntad?

3 Las expresiones «halló favor» (eures charin) y «muy favorecida» (kecharitome) no tienen en absoluto el mismo significado. Personalmente, ella halló favor, así que no debía mostrar temor; pero Dios había otorgado esta gracia sobre ella soberanamente, este inmenso favor, de ser la madre del Señor. En esto, ella fue el objeto del favor soberano de Dios.

4 Nehemías 9:36, 37.

5 No dudo de que la única traducción correcta de este pasaje sea «el censo fue primeramente hecho cuando Cirene era gobernador de Siria». El Espíritu Santo toma cuenta de esta circunstancia para mostrar que, cuando el propósito divino fue llevado a cabo, el decreto no fue llevado a cabo históricamente sino más tarde. Demasiado tiempo de estudio ha sido invertido en lo que creo que es simple y claro en el texto.

6 Es decir, como un infante. Él no apareció, como el primer Adán, saliendo en su perfección de las manos de Dios. Él nace de una mujer, el Hijo del Hombre, lo cual no hizo Adán.

7 Esta cita conduce a un glorioso conocimiento, tanto de lo que estaba antes haciendo, como de nuestra bendición. El interés especial de Dios está en los hijos de los hombres; la sabiduría (Cristo es la sabiduría de Dios) era el deleite diario de Jehová, gozándose de las partes habitables de Su Tierra, antes de la creación, de manera que era el consejo, y Su delicia en los hijos de los hombres. Su encarnación es la plena prueba de ello. En Mateo tenemos a nuestro Señor tomando Su lugar con el remanente cuando esto es totalmente revelado, y es tomando el Hijo este lugar como Hombre y siendo ungido por el Espíritu Santo que toda la Trinidad es plenamente revelada. Ésta es una gloriosa manifestación de los caminos de Dios.

8 Ésta es la misma palabra que la que se dice de Cristo «en quien tengo complacencia». Es hermoso ver la inrrivaldada celebración de estos santos seres, del anticipo de otra raza a este exaltado lugar por la encarnación del Verbo. Era la gloria de Dios, y ello les bastaba. Esto es muy hermoso.

9 Él tomó este lugar con el remanente fiel en un acto que los distinguía de los impenitentes, pero que era el verdadero lugar del pueblo, el primer acto de la vida espiritual. El remanente con Juan, es el judío veraz tomando su verdadero lugar con Dios. Éste es en el que Cristo entra con ellos.

10 Obsérvese aquí que Cristo no tiene ningún objeto en el cielo donde fijar Su atención, como Esteban; pues Él es el objeto del cielo. Así lo fue para Esteban por el Espíritu Santo, cuando los cielos le fueron abiertos al santo. Su Persona siempre es claramente evidente, incluso cuando sitúa a Su pueblo en el mismo lugar que Él, o se relaciona con ellos. Para más detalles, véase Mateo.

11 No estoy hablando aquí de la unión de la Iglesia con Cristo en el cielo, sino que Él tomara Su lugar con el remanente, el cual acude a Dios por medio de la gracia, conducido por la eficacia de Su Palabra y por el poder del Espíritu. Ésta es la razón por la que entiendo que hallamos a toda la gente bautizada, y después a Jesús que viene y es asociado con ellos.

12 Véase aquí que, como ungido por el Espíritu Santo y conducido por Él, se va para ser tentado, y regresa en su poder. Ninguno se perdió, y este poder se mostró igual en el aparente resultado negativo de vencer, como en la manifestación milagrosa de poder más tarde sobre los hombres.

13 Si alguien tocaba a un leproso, era impuro. Pero aquí la gracia de Dios obra, y el Jesús inmaculado toca al leproso –Dios en gracia, no mancillado, pero como Hombre que tocó a los mancillados para limpiarlos.

14 El llamamiento de Pedro es más general en este sentido, en que está más relacionado con la Persona de Cristo. No obstante, aunque era un pescador de hombres –una palabra utilizada evidentemente en contraste con la pesca que le mantenía ocupado–, él ejerció su ministerio más particularmente con respecto a Israel. Pero era el poder en la Persona de Cristo que gobernaba su corazón; de manera que era fundamentalmente la nueva cosa, pero hasta ahora en su relación con Israel, al tiempo que continuaba más allá. Es al final del capítulo 7 y en el capítulo 8 donde entramos en el terreno más lejano de los estrechos límites de Israel.

15 Comparar Job 33, 36 y Santiago 5:14, 15 –el primero, fuera de las dispensaciones, y Santiago, bajo la cristiandad. En Israel, es el Señor mismo en gracia soberana.

16 Cristo, nacido bajo la ley, estaba sujeto a ellas. Pero esto es algo diferente. Aquí se trata de un poder divino que actúa en gracia.

17 Aquí también el Señor, al presentar las razones por las que los discípulos no debían obedecer las ordenanzas y las instituciones de Juan y de los fariseos, era algo que los relacionaba con los dos principios ya señalados –Su posición en medio de Israel, y el poder de la gracia que traspasaba sus límites. El Mesías, Jehová mismo, estaba entre ellos, en esta gracia –pese a su fracaso bajo la ley y a su sometimiento a los gentiles–, conforme a aquello que Jehová llamaba por Su nombre: «Yo soy el Señor que te ha curado». Cuando menos, Él estaba allí en la supremacía de la gracia por causa de la fe. Aquellos que entonces le reconocieran como el Mesías, el esposo de Israel, ¿podían ayunar mientras Él estuviese con ellos? Él los dejaría, y entonces no habría duda de que era el tiempo indicado para ayunar.

18 Éste es un aspecto importante. Una parte en el descanso de Dios es el privilegio único de los santos –del pueblo de Dios. El hombre no lo poseía en la caída, aun así el reposo de Dios siguió siendo la porción especial del Su pueblo. Tampoco lo poseía bajo la ley. Pero cada diferente institución, en la ley, va acompañada de una intensificación del sábado, la expresión formal del reposo del primer Adán, y esto Israel lo va a disfrutar al final de la historia del mundo. Hasta entonces, como el Señor dijo de manera bendita: «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo». Para nosotros, el día de reposo no es el séptimo día, el final de la semana de este mundo; sino el primer día, el día después del sábado, el principio de una nueva semana, una nueva creación, el día de la resurrección de Cristo, el comienzo de un nuevo estado para el hombre, para cuya consumación espera toda la creación que nos rodea; sólo estamos ante Dios en Espíritu como Cristo lo está. De ahí que el sábado, el séptimo día, el descanso de la primera creación sobre el terreno humano y legal, es siempre tratado con rechazo en el Nuevo Testamento, aunque no dejado aparte hasta que no acontezca el juicio, pero como una ordenanza que murió con Cristo en la tumba, en donde Él la sufrió –sólo fue hecha para el hombre como un favor. El día del Señor es nuestro día, y el bendito entusiasmo externo del reposo celestial.

19 Quizá deba destacar aquí que, donde se sigue un orden cronológico en Lucas, es el mismo que en Marcos y en el de los sucesos, no como en Mateo, donde están puestos correlativamente para presentar el objeto del Evangelio. Sólo ocasionalmente introduce él una circunstancia que puede haber sucedido en otro tiempo para ilustrar el asunto históricamente relatado. Pero en el capítulo 9, Lucas llega al último viaje a Jerusalén (vers. 51), y a partir de entonces, continúan una serie de instrucciones morales hasta el capítulo 18:31, principalmente, si no todo, durante el período de este viaje, pero en la mayoría de las partes tiene poco que decir respecto a las fechas.

20 Propiamente «un lugar plano» sobre el monte, topou pedinou.

21 Esto, no obstante, no se refiere intrínsecamente a la naturaleza, pues en Cristo no había pecado. Ni la palabra que se emplea para perfecto tiene este sentido. Es uno completamente instruido a fondo, formado por la enseñanza de su maestro, omnibus numeris absolutus. Él será como él, como su maestro, en todo lo que él fue formado por él. Cristo era la perfección; y nosotros crecemos a Él en todas las cosas hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Col. 1:28).

22 Hemos visto que éste es precisamente el asunto del Espíritu Santo en nuestro Evangelio.

23 Para explicar la expresión «Quedan perdonados sus muchos pecados, por eso muestra mucho amor», debemos distinguir entre la gracia revelada en la Persona de Jesús, y el perdón que anunció a aquellos a los cuales había alcanzado la gracia. El Señor es capaz de dar a conocer este perdón, y se lo revela a la pobre mujer. Pero fue aquello que ella vio en Jesús mismo lo cual, en gracia, hizo que sintiera su corazón deshecho y que éste produjera el amor que ella tenía para Él —el ver lo que Él era para los pecadores como ella. Sólo piensa en Él: se ha apoderado de su corazón como para dificultar la entrada a otras influencias. Al oír que Él estaba allí, entra en la casa de este hombre orgulloso sin pensar en otra cosa sino en que Jesús está ahí. Su presencia contestaba a, o evitaba, toda pregunta. Ella vio lo que Él era para cada pecador, y que el más miserable y desgraciado hallaba un recurso en Él. Ella sintió sus pecados de la manera en que esta gracia perfecta, la cual abre el corazón y gana su confianza, hace sentirlos; y ella amó mucho. La gracia en Cristo ha producido este resultado. Ella amó a razón de Su amor. Ésta es la razón por la que el Señor dice: «Quedan perdonados sus muchos pecados, que son muchos, por eso muestra mucho amor». No fue porque su amor lo mereciera, sino porque el Señor reveló el glorioso hecho de que los pecados —fueran éstos numerosos y abominables— de una cuyo corazón se volvió a Dios, fueron perdonados totalmente. Existen muchos cuyos corazones están vueltos a Dios y que aman a Jesús, y que no conocen esto. Jesús se pronuncia sobre el caso de ellos con autoridad —los despide en paz. Es una revelación —una respuesta— a las necesidades y afectos producidos en el corazón penitente por la gracia manifestada en la Persona de Cristo.

Si Dios se revela en este mundo, y con tal amor, debe necesariamente poner a un lado en el corazón cualquier otra consideración. Y así, sin ser consciente de ello, esta pobre mujer fue la única que actuó en consecuencia en esas circunstancias, pues apreció toda la importancia de Aquel que estaba allí. Estando presente un Dios Salvador, ¿qué importancia tenían Simón y su casa? Jesús hizo que todo lo demás quedara olvidado. Recordemos esto.

El principio de la caída del hombre fue la pérdida de confianza en Dios, a través de la sugerencia seductora de Satanás de que Dios se privaba de otorgar al hombre aquello que lo haría semejante a Él. Perdida esta confianza, el hombre intenta, ejercitando su propia voluntad, hacerse él mismo feliz: la codicia y el pecado vienen en consecuencia, y Cristo es Dios en amor infinito, que se gana nuevamente la confianza del corazón humano. La eliminación de la culpa, y el poder de vivir para Dios, son otra cosa que hallan su lugar propio a través de Cristo, mientras que aquí se produce el perdón en otro lugar distinto. Pero la pobre mujer, por gracia, sintió que había un corazón en el que poder confiar, aparte de cualquier otro; pero éste era el de Dios.

«Dios es amor» y «Dios es luz». Éstos son los dos nombres esenciales de Dios, y en cada caso verdadero de conversión, se hallan ambos. En la cruz se encuentran; el pecado es presentado totalmente a la luz, pero en aquella luz por la que se conoce plenamente el pecado. Así que en el corazón, la luz manifiesta el pecado, esto es Dios como la luz lo revela, pero la luz está ahí por el amor perfecto. El Dios que manifiesta los pecados está ahí en amor perfecto para revelarlos. Cristo fue esto en este mundo. Revelándose, debía ser las dos cosas: Cristo fue amor en el mundo, pero la luz de éste. Lo mismo sucede con el corazón. El amor mediante la gracia otorga confianza, y así la luz penetra felizmente, y en la confianza en el amor, y desnudándose el yo en la luz, el corazón ha hallado plenamente el corazón de Cristo: lo mismo pasa con esta pobre mujer. Esto es donde el corazón del hombre y Dios siempre y solamente se encuentran. El fariseo no tenía ninguno de los dos. Poseído por tinieblas, no se encontraban en él el amor ni la luz. Tenía a Dios manifestado en carne y en su casa, pero no vio nada —sólo comprobó que Él no era un profeta. Es una escena maravillosa en la que vemos estos tres corazones. El del hombre como tal, descansando en la pretendida justicia humana, el de Dios, y el del pobre pecador —que es satisfecho completamente como lo fue el de la mujer. ¿Quién era el hijo de la sabiduría? Para responder a ello, haré un comentario.

Y adviértase que aunque Cristo no dijo nada al respecto, sino que pasó por alto este desliz, no fue por ello insensible al descuido que hizo que se olvidaran para con Él las formas de cortesía más comunes. Para Simón, Él era nada más que un pobre predicador con pretensiones susceptibles de juicio, y ciertamente no un profeta. Para la pobre mujer, era Dios en amor, que llevó su corazón al unísono con el Suyo en cuanto a los pecados de ella y respecto a sí misma, pues el amor fue confiado. Véase también que, en este apego a Jesús es donde se halla la verdadera luz; aquí, la verdadera revelación del evangelio; a María Magdalena, en referencia al privilegio más alto de los santos.

24 Obsérvese también aquí que, no es solamente en el caso de los actos milagrosos o en aquel del testimonio de la gloria de Su Persona en respuesta a Su oración, que se ofrecen estas oraciones. Su conversación con los discípulos con referencia al cambio en las dispensaciones de Dios —en las que Él habla de Sus sufrimientos, y les prohíbe delatarle como el Cristo—, es introducida por Su oración cuando estaba en un lugar desierto con ellos. Que Su pueblo fuese abandonado por un momento, era lo que tenía su corazón en vilo, así como la gloria. Además, derrama Su corazón ante Dios, cualquiera que fuese el asunto que le ocupa conforme a los caminos de Dios.

25 Es la manifestación del reino, no de la Iglesia en los lugares celestiales. Supongo que las palabras «entraron» deben de referirse a Moisés y Elías. Pero la nube cubrió a los discípulos. Aun así, nos vamos más lejos de esta manifestación. La palabra «cubrió» es la misma que la utilizada en la LXX para la nube que venía y cubría el tabernáculo. Leemos en Mateo que era una nube esplendorosa. Era la Shekinah de gloria que había estado con Israel en el desierto —me permito decir la casa del Padre. Su voz salió de dentro, y en ella entraron ellos. Es en Lucas donde vemos que esta nube espanta a los discípulos. Dios hablaba con Moisés desde ella; pero aquí ellos entran en ella. Así, además del reino, está el propio lugar de habitación de los santos. Esto lo hallamos en Lucas solamente. Tenemos el reino, Moisés y Elías en la misma gloria con el Hijo, y otros en la carne sobre la Tierra, pero también la habitación celestial de los santos.

26 Si Jesús toma a los discípulos para que vieran la gloria del reino, y la entrada de los santos a la gloria excelente donde el Padre estaba, Él descendió también y se encaró a la muchedumbre de este mundo y al poder de Satanás, donde nosotros tenemos que caminar.

27 Estos tres pasajes señalan, sucesivamente, un egoísmo sutil cada vez menos detectable por el hombre: egoísmo personal abiertamente manifestado, y el que se viste de la apariencia de celo por el Señor, pero que no se asemeja a Él.

28 Obsérvese que, cuando actúa la voluntad del hombre, éste no siente las dificultades, con lo cual no está cualificado para la obra. Cuando hay una llamada real, es entonces que se sienten los obstáculos.

29 En el versículo 25 de este capítulo, como en el capítulo 13:34, tenemos ejemplos del orden moral en Lucas, del que hemos hablado. Los testimonios del Señor están perfectamente en orden. Son de una ayuda infinita al comprender toda la relación del pasaje, y su posición aquí arroja gran luz sobre su significado. No se trata aquí del orden histórico. La posición tomada por Israel —por los discípulos—, y por todos, a través del rechazo de Cristo, es el tema que toca el Espíritu Santo. Estos pasajes se refieren a este rechazo, mostrando claramente la condición del pueblo que fue visitado por Jesús, su verdadero carácter, los consejos de Dios al introducir las cosas celestiales mediante la caída de Israel, y la relación entre el rechazo de Cristo y la introducción de estas cosas celestiales, de la vida

eterna y del alma.

No obstante, la ley no fue quebrantada. De hecho, su lugar fue ocupado por la gracia, la cual, fuera de la ley, hizo aquello que no podía acometerse a través de aquélla. Veremos esto a medida que avancemos en nuestro capítulo.

30 Hay que destacar aquí que el Señor nunca utilizó la palabra vida eterna al hablar del efecto de la obediencia. «El don de Dios es vida eterna». Si hubieran obedecido, esa vida habría sido infinita, pero de hecho y en verdad, ahora que el pecado había entrado, la obediencia no era la vía para la posesión de vida eterna, y el Señor no lo manifiesta.

31 El deseo de tener una forma de oración dada por el Señor, ha llevado a corromper el texto aquí, reconocido por todos quienes han investigado en serio tocante a él –siendo el objeto conformar la oración aquí a aquella presentada en Mateo. Es así: «Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos el pan de cada día y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación.»

32 Obsérvese aquí que el corazón persigue su tesoro. No es como dicen los hombres, que donde está tu corazón está tu tesoro, sino «donde esté vuestro tesoro, también estará vuestro corazón».

33 Aquí tenemos la porción celestial de aquellos que esperan al Señor durante Su ausencia. Es el carácter del verdadero discípulo en su aspecto celestial, así como el servicio es su lugar sobre la Tierra.

Nótese también que el señor fue un Siervo aquí abajo. Según Juan 13, Él deviene un siervo cuando asciende al cielo, un Abogado, para lavar nuestros pies. En este lugar, Él se hace siervo para nuestra bendición en el cielo. En Éxodo 21, si el siervo que había cumplido su servicio no deseaba marcharse, era presentado a los jueces, y era sujetado a la puerta por una lesna que le perforaba el oído como señal de perpetua servidumbre. Jesús llevó a cabo Su servicio perfectamente para Su Padre al final de Su vida sobre la Tierra. En el Salmo 40, Su «oídos fueron horadados» –es decir, un cuerpo preparado, el cual es la posición de obediencia: comparar Filipenses 2. Esto es la encarnación. Ahora, Su servicio había concluido en Su vida sobre la Tierra como Hombre, pero Él nos amó demasiado –amó a Su Padre demasiado en el carácter de siervo– como para abandonar este carácter; y en Su muerte, Su oído, según Éxodo 21, fue perforado, y Él devino un siervo para siempre –un Hombre para siempre– para lavarnos los pies: y a partir de aquí en el cielo, cuando nos tomará a Sí mismo conforme al pasaje que estamos considerando. ¡Qué gloriosa escena del amor de Cristo! 33

34 Cuán bendito es ver aquí, sea cual fuere el mal en el hombre, que después de todo cada cosa lleva al cumplimiento de los consejos de Su gracia. La incredulidad del hombre hizo retener el amor divino en el corazón de Cristo, sin ser debilitado, por cierto, pero incapaz de mostrarse y expresarse. Pero su efecto pleno sobre la cruz lo hizo mostrarse sin obstáculo alguno, en la gracia que reina por la justicia, hacia los más ruines. Es un pasaje de lo más singular y bendito.

35 Resumamos en esta nota el contenido de estos dos capítulos, para entender mejor su enseñanza. En el primero (12) el Señor habla como quien quiere desvincular de este mundo los pensamientos de todos –habla a los discípulos atrayéndolos hacia Aquel que tenía poder sobre el alma así como sobre el cuerpo, y les anima con el conocimiento del fiel cuidado de su Padre, y de Sus propósitos para darles el reino. Mientras, habían de ser extranjeros y peregrinos, sin mostrarse ansiosos ante lo que sucedía alrededor –a la multitud les habla mostrándoles que el hombre más dichoso no podía asegurar lo largos que iban a ser sus días. Pero Él añade algo positivo. Sus discípulos habían de esperarle cada día, constantemente. No sólo el cielo sería su porción, sino que allí también poseerían todas las cosas. Ésta es la parte celestial de la Iglesia al regreso del Señor. Sirviéndole hasta que vuelva –un servicio que precisa una vigilancia incesante, llegando entonces Su turno de venir a servirlos. Seguidamente tenemos su herencia, y el juicio de la Iglesia profesante y del mundo. Su enseñanza creó división, en lugar de establecer el reino en poder. Pero había de morir. Esto nos lleva a otro asunto: el juicio actual de los judíos. Ellos estaban en el camino, con Dios, hacia el juicio (cap. 13). El gobierno de Dios no se manifestaría identificando a los impíos en Israel mediante la acción de juicios aislados. Todos perecerían si no se arrepentían. El Señor estaba cuidando de la higuera para el año final, y si el pueblo de Dios no producía fruto, echaba a perder Su vergel. El fingir obediencia a la ley, opuesto a la presencia de un Dios en medio de ellos, –Aquel que les había dado la ley–, era hipocresía. El reino no iba a ser establecido manifestándose el poder del Rey sobre la Tierra, sino que tenía que crecer de una minúscula semilla hasta que deviniera un enorme sistema de poder, y una doctrina la cual, como sistema, penetraría toda la masa. Sobre la pregunta que se le hizo de si el remanente era numeroso, Él insiste en que hay que entrar por la puerta estrecha de la conversión, y de la fe en Él mismo, pues muchos procurarían entrar en el reino y no podrían: una vez que el Maestro de la casa se hubiera levantado y cerrado la puerta –es decir, Cristo siendo rechazado de en medio de Israel–, en balde dirían que Él estuvo en sus ciudades. Los hacedores de maldad no entrarían en el reino. El Señor está hablando aquí totalmente acerca de los judíos. Ellos verían a los patriarcas, los profetas –incluso gentiles de todas partes– en el reino, y ellos estarían fuera. A pesar de haberse consumado el rechazo de Cristo, la destitución de Él no dependió de la voluntad del hombre ni del falso rey que procuraba, con la información de los fariseos, librarse de Él. Los propósitos de Dios, y, ¡ay!, la maldad del hombre, se consumaron a la par. Jerusalén tenía que llenar la medida de su iniquidad, y no podía ser que un profeta muriese si no era en sus recintos. Pero más tarde, el someter a prueba al hombre en su responsabilidad, concluye en el rechazo de Jesús. Él habla en un lenguaje conmovedor y magnífico, como Jehová mismo. ¡Cuántas veces este Dios de bondad hubiera querido juntar a los hijos de Sion bajo Sus alas, y no quisieron! Hasta donde dependía de la voluntad humana, fue una completa separación y desolación. Y de hecho fue así. Todo había terminado para Israel con respecto a Jehová, pero no para Jehová con respecto Israel. Era la parte del profeta confiarse en la fidelidad de su Dios –sabiendo que no podía fallar y que, si los juicios venían, lo harían por un poco de tiempo– y decir: «¿Hasta cuándo?» (Isaías 6:11; Salmo 79:5). La angustia es total cuando no se tiene fe, sin haber nadie a quien decir «¿Hasta cuándo?» (Salmo 74:9). Pero aquí, el mismo gran Profeta es rechazado. Pese a afirmar Sus derechos de gracia, como Jehová, les declara, sin haberles preguntado, el fin de su desolación: «De ningún modo me veréis, hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor». Esta repentina manifestación de los derechos de Su divinidad, en gracia además, cuando acerca de su responsabilidad todo se hallaba perdido a pesar de su providencial cultura, supera en belleza. Es Dios mismo el que aparece al fin de todas Sus relaciones. Vemos de esta recapitulación que el capítulo 12 nos da la porción celestial de la iglesia, el cielo, y la vida futura: el capítulo 13 añade –con los versículos 54-59 del capítulo 12– el gobierno de Israel y el de la Tierra, con la forma exterior de aquello que los sustituiría aquí abajo.

36 Los capítulos 15 y 16 presentan la soberana energía de la gracia, sus frutos y sus consecuencias, en contraste con toda la aparente bendición terrenal, y el gobierno de Dios sobre la Tierra en Israel, así como el viejo pacto. El capítulo 14, antes de abordar esta completa revelación, nos muestra el lugar que debemos ocupar en un mundo como éste, teniendo en cuenta la justicia galardadora, el juicio que se ejecutará cuando Él vuelva. La propia exaltación en este mundo conduce a la humillación. La propia humillación –ocupando el lugar más bajo conforme a lo que somos, por una parte, y por otra, actuando en amor– conduce a la exaltación de parte de Aquel que juzga moralmente. Después de esto, hemos presentado ante nosotros la responsabilidad que emana de la presentación de la

gracia, y aquello que es tan difícil en un mundo como éste. En una palabra, existiendo ahí el pecado, la propia exaltación ministra en favor de éste; es egoísmo, y el amor del mundo en el que se desenvuelve. Uno se hunde moralmente al estar lejos de Dios. Cuando el amor está en acción, representamos a Dios a los hombres de este mundo. Sin embargo, es en sacrificio de todo que devenimos Sus discípulos.

37 El caso del ciego en Jericó es, como ya vimos, el comienzo –en todos los Evangelios sinópticos– de los últimos sucesos de la vida de Cristo.

38 En Lucas, la llegada a Jericó es afirmada como un hecho general, en contraste con Su viaje general, que tiene en vista desde el capítulo 9:51. En realidad, fue saliendo de Jericó que Él vio al ciego. El hecho general es todo lo que tenemos aquí, para dar a toda la historia, a Zaqueo y a todo, su lugar moral.

39 No dudo de que Zaqueo se presenta ante Jesús de la manera que él era habitualmente, antes de que Jesús viniera a él. No obstante, la salvación vino ese día a su casa.

40 Existen elementos del más profundo interés que aparecen al comparar este Evangelio con otros en este pasaje. Son elementos que muestran el carácter de este Evangelio del modo más sorprendente. En Getsemaní, tenemos el conflicto del Señor manifestado más plenamente en Lucas que en cualquier otra parte; pero en la cruz vemos Su superioridad en los sufrimientos que aguantaba. No se hace ninguna expresión de ellos. Está sobre ellos. No es como en Juan, el lado divino de esta escena. Allí, en Getsemaní, no vemos ninguna agonía, pero cuando se nombra a Sí mismo, ellos retroceden y caen al suelo. Sobre la cruz, no es «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», sino que entrega Su espíritu a Dios. Esto no es así en Lucas. En Getsemaní tenemos al Hombre de dolores, un Hombre sintiendo hondamente lo que se presentaba ante Él, y mirando a Su Padre. «Agonizando, oraba encarecidamente». En la cruz, tenemos a Uno que como Hombre se sujetó a la voluntad de Su Padre, en la tranquilidad que sobre todo dolor y sufrimiento sobrepasaba todo. Les dice a las enlutadas mujeres que no llorasen por Él, el árbol verde, sino por ellas mismas, pues se acercaba el juicio. Él ora por aquellos que le crucificaban; habla paz y gozo celestial al pobre ladrón que se convirtió; Él se dirigía al Paraíso antes de que viniera el reino. Lo mismo se ve especialmente sobre el hecho de Su muerte. No es como en Juan, donde dio Su espíritu, sino: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». El encomienda Su espíritu en la muerte, como un Hombre que conoce y cree en Dios Su Padre, a Aquel a quien así conocía. En Mateo tenemos el abandono de Dios y el significado de ello. Este carácter del Evangelio, que revela a Cristo distinguiéndole como Hombre perfecto, y como el Hombre perfecto, está lleno del más profundo interés. Él pasó por sus dolores con Dios, y después en perfecta paz de alma se sobrepuso a ellos; la confianza en Su Padre, perfecta, incluso a la muerte –una senda no penetrada por el hombre hasta entonces, y para no serlo nunca por parte de los santos. Si el Jordán se desbordaba en el tiempo de la cosecha, el arca en la profundidad del río lo convertía en una vía seca hacia la herencia del pueblo de Dios.

41 Es muy extraordinario ver el modo en que Cristo afrontó, conforme a la perfección divina, cada circunstancia en la que estuvo. Éstas sólo hacían que exhibir esta perfección. Él las sintió todas, y no fue gobernado por ninguna, pero las afrontó –siempre Él. Esto verdaderamente cierto fue mostrado espléndidamente aquí abajo. Ora con el más pleno sentimiento de lo que se le aproximaba –la copa que tenía que beber–, se vuelve y les avisa, y reprende tiernamente a Pedro, como caminando por Galilea, sobre la flaqueza de la carne; vuelve después a sumirse en una agonía más profunda con Su Padre. La gracia le hizo predispuesto para con Pedro, la agonía en la presencia de Dios; Él fue todo gracia para con Pedro –en agonía ante la perspectiva de la copa.

42 La palabra «desde ahora en adelante», debería decir «desde a partir de ahora». Es decir, que desde aquel momento ellos no le verían más en humillación, sino como el Hijo del Hombre en poder.

43 Esta culpa voluntariosa de los judíos también se destaca con rigor en el Evangelio de Juan, es decir, su culpa nacional. Pilato los trata con desprecio; y allí es cuando dicen «No tenemos más rey que César».

44 ¡Nada es más conmovedor que la manera en que Él cultivó su confianza como Aquel a quien habían conocido, el Hombre, un verdadero hombre –aunque con un cuerpo espiritual– como lo había sido antes! «Tocadme, y ved que yo mismo soy». Bendito sea Dios, para siempre Hombre, el mismo que fue conocido en amor vivo en medio de nuestras flaquezas.

45 El Salmo 22 es Su apelación a Dios desde la violencia y la impiedad del hombre, hallándose Él abandonado y hecho pecado ante Sus ojos, pero perfecto. Cristo sufrió todo del hombre –hostilidad, injusticia, deserción, negación, traición, y después, confiando en Dios, abandono. ¡Pero qué espectáculo del Hombre justo que puso Su confianza en Aquel tener que declarar abiertamente a todos, al final de Su vida, que Él fue abandonado por Dios!